

Lecturas



tout terriblement

Guillaume Apollinaire

Índice

Exposiciones y argumentaciones.....	3
Adolescentes.....	4
La adolescencia cautiva.....	4
Un problema.....	5
Racismo silencioso.....	6
A modo de autobiografía.....	6
Juzgar a la vista de todos.....	7
Riesgos del cierre relámpago.....	7
Aplastamiento de las gotas.....	8
Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj.....	8
Instrucciones para dar cuerda al reloj.....	8
Perro de San Bernaldo.....	9
Narraciones.....	11
Joneyed y el barbero.....	12
La falta de memoria del amor.....	12
Música para sordos.....	12
La esclava.....	12
El coco.....	13
El elefante encadenado.....	13
La medalla.....	13
El destino en una moneda.....	14
No cambies.....	14
El águila real.....	14
La mirada del amor.....	15
Ascender.....	15
Diógenes.....	15
Levantarse y ser visto.....	15
El contrato soñado.....	16
Nasruddin ha muerto.....	16
Gritar para quedar a salvo... e incólume.....	16
Los expertos.....	17
La sopa de la sopa del ganso.....	17
Codicia.....	17
Los siete tarros de oro.....	18
Ricos.....	18
El pescador satisfecho.....	18
El diamante.....	19
Una moneda de ¡ay!.....	19
Un sabio.....	19
La rana que quería ser una rana auténtica.....	20
La intrusa.....	20
El campesinito en el cielo.....	21
Los años de vida.....	21
Lázaro.....	22
La mano.....	23
Episodio de las uvas.....	24
Episodio del jarrillo de vino.....	24
La cabeza de toro.....	25
Esta noche en Samarcanda.....	25
Patán de los Monos.....	26
Tema para un tapiz.....	27
Historia verídica.....	27
Continuidad de los parques.....	27
Lo que sucedió a una zorra con un cuervo que tenía un pedazo de queso en el pico.....	28
Lo que aconteció a una mujer llamada doña Truhana.....	29
Los dos reyes y los dos laberintos.....	30
Tom Sawyer, pintor de vallas.....	31
Los clavos.....	32
La pata de mono.....	35
Los regalos perfectos.....	44
El corazón delator.....	47
Teatro.....	50
El príncipe feliz.....	51
Farsa y justicia del corregidor.....	63
Sancho Panza en la insula Barataria.....	70
Poesía.....	80
Greguerías.....	81
Jaikús.....	82
Fábulas.....	84
Poemas.....	86

Exposiciones y argumentaciones



ADOLESCENTES

Se dice que los niños cuando pasan a ser adolescentes, a partir de los doce o trece años, pierden gran parte de cuanto hasta ese momento les había servido como referencia (valores, ideas, criterios, etc.) y ello les acarrea cierta desorientación y la pérdida de la seguridad en sí mismos.

Los modelos de comportamiento, que hasta entonces habían encarnado sus padres, parientes y profesores, pasan a ser sustituidos por los que tiene su grupo (aquél con el que se sienten identificados o su pandilla): escala de valores, intereses, creencias, aspiraciones, principios éticos, criterios para enjuiciar el comportamiento, etc. La aprobación o el rechazo que le tribute ese grupo, que solo lo aceptará si se comporta como espera de él, hará aumentar o disminuir su confianza en sí mismo.

El joven que quiere sentirse miembro de un colectivo procurará, si no ajustar su personalidad para acomodarse a las nuevas actitudes, al menos simular la conducta que aprueben los miembros de su “tribu”.

Quienes rodean al adolescente pueden apreciar entonces algunos cambios en su personalidad: se comporta de otra forma, varía su actitud ante ciertos modos de vestir, aprecia lo que antes despreciaba, habla de otra manera...

La influencia del grupo puede ser positiva: propone nuevos valores al individuo, lo obliga a ser más crítico consigo mismo, lo estimula para comportarse de forma adecuada...; y todo ello se convierte en un aliciente para ganarse la consideración de los demás.

Sin embargo, también puede resultar muy negativa, si el adolescente tiene poco criterio y se deja llevar con facilidad por los otros. La búsqueda del aprecio del grupo puede inducirlo a traicionar sus propios principios y conducirlo a una inversión de valores: tomar por bueno lo que es rechazable éticamente (la violencia, el consumo de drogas, la delincuencia...) o lo que está reñido con las nobles creencias que la sociedad le ha transmitido y ha costado siglos de civilización consolidar. Por evitar el rechazo del grupo puede llegar a hacer lo que no desea o lo que no es coherente con las propias creencias.

Algunos jóvenes temen perder el aprecio de los demás, sin darse cuenta de que a veces ese aprecio no merece la pena.

LA ADOLESCENCIA CAUTIVA

La violencia junto al consumo de drogas, el abuso del alcohol y los embarazos prematuros, están minando la salud de la juventud en Estados Unidos. Pero no todos los medios son lícitos para combatirla.

La ciudad de Washington, una de las más violentas de la Unión, ha dado un primer paso que traspasa los límites de la razón y de la libertad. Si el Tribunal Supremo no lo impide declarando la medida inconstitucional, se impondrá el toque de queda a los menores de diecisiete años como medio de atajar la delincuencia entre adolescentes. Los menores no podrán salir a la calle después de la doce de la noche los viernes y sábados, ni después de las once los demás días. La norma prevé la imposición de penas de multa de hasta quinientos dólares a los padres o tutores y de veinticinco horas de trabajos comunitarios al infractor.

Una sociedad incapaz de transmitir los valores fundamentales a los adolescentes los encierra. Olvida que sin libertad no hay mérito ni responsabilidad. La adolescencia cautiva es una adolescencia deshumanizada.

José Antonio Marina

UN PROBLEMA

El fracaso escolar sigue aumentando en los países occidentales. La falta de motivación tanto de alumnos como de profesores es uno de los factores que más influyen, pero últimamente se destaca el importante papel que juega la familia. Prevenirlo y atajarlo a tiempo es la mejor manera de evitarlo.

En el fracaso escolar están implicadas todas las estructuras sociales. Sus efectos afectan, no solo a los adolescentes, sino a los padres y maestros y a la sociedad en general. Según un informe de la OCDE, este problema afecta al 26% de los estudiantes españoles, frente al 20% de los europeos. En España, uno de cada cuatro alumnos no acaba la Educación Secundaria Obligatoria (ESO); de este porcentaje, más del 50% se encuentra en las zonas marginales o más desfavorecidas.

Las causas

Entre los alumnos con fracaso escolar se repiten una serie de características que podrían calificarse como causas o posibles factores de riesgo:

Antecedentes personales de dificultades escolares.

Poco interés por el estudio.

Conflictos frecuentes con profesores y compañeros.

Incorrecta autoevaluación: un suspenso siempre es injusto para el alumno, la culpa es del profesor.

Conflictos familiares, especialmente el divorcio de los padres.

Los escolares olvidan que se estudia para la vida, no para aprobar el examen, y que la falta de conocimientos se paga muy caro en la edad adulta.

Mala utilización de las técnicas de estudio.

La importancia de la familia

La familia desempeña un papel esencial tanto en el inicio del fracaso escolar como en su tratamiento. Los expertos están de acuerdo en que los padres han pasado de dar siempre la razón al profesor a quitársela en favor de su hijo.

La coordinación es imprescindible para que no se produzca fracaso escolar.; Es necesario:

Mantener una buena relación con el colegio.

No sobre proteger al niño si es evidente su bajo rendimiento en la escuela.

No agobiarlos con continuos reproches ni desanimarlos.

No proyectar en el hijo su sentimiento de fracaso emocional ante los resultados de los exámenes.

No comparar nunca el expediente académico con el de los hermanos.

Recuperar lo perdido

Un adolescente que abandona los estudios tiene muchas menos posibilidades de acceder a un puesto de trabajo digno. Aunque solo sea por eso, debemos animar a nuestros hijos a intentar continuar estudiando, al menos la Enseñanza Secundaria Obligatoria.

Además de coordinar actividades conjuntas con los profesores, es recomendable que:

Los adolescentes recuperen el hábito de hacer deberes como condición indispensable para mejorar sus notas.

La familia recomiende la lectura comprensiva, tomar apuntes de las explicaciones, elaborar esquemas, saber diferenciar entre las ideas principales y las secundarias y animarles a preguntar en clase las dudas que surdan, porque son aspectos básicos para aprobar.

Los padres animen a sus hijos al estudio y les proporcionen un entorno adecuado: silencio, luz, y espacio suficiente y confortable.

RACISMO SILENCIOSO

Hace unos meses, un amigo y yo solicitamos sendos puestos de profesores de inglés en un mismo centro. Tras la entrevista, mantenida en inglés, la directora dijo que me llamaría en una semana. Pasaron casi ocho semanas sin noticias. Poco después, al encontrarme con mi amigo por casualidad, me dijo que fue contratado el día después de la entrevista. ¿La razón? Aunque la directora era consciente de que yo tenía más experiencia y conozco el idioma mejor que él (ella misma me lo dijo), por ser hijo de padres nativos, él es alto, blanco y atractivo, y yo de color. Para él fue el puesto de trabajo.

Y yo me pregunto: ¿es esto digno de una sociedad democrática? ¿O acaso la buena imagen que se requiere para un trabajo va unida solo a la raza blanca? Es vergonzoso que hoy día los empresarios tengan tendencias racistas a la hora de contratar a alguien, dejando a un lado su habilidad profesional. Y no solo los empresarios: la gran mayoría de la gente que se considera culta, liberal y progresista, da por hecho que la raza blanca y el buen físico equivalen a la inteligencia y profesionalidad. Cuando una minoría lucha por una oportunidad, ¿dónde están la cultura y el nivel del que la sociedad alardea para abrirle las puertas?

Todo esto es un disfraz que oculta realmente la mentalidad retrógrada e hipócrita de la gente. La libertad que tanto se vocea no proviene sólo de un sistema de gobierno, sino sobre todo de la actitud de respeto, tolerancia e igualdad por parte de la sociedad hacia otras personas, sea cual sea su raza o físico. Mientras a una persona no se la juzgue por su carácter, por su inteligencia y por sus habilidades, no se podrá hablar nunca de una sociedad libre.

A MODO DE AUTOBIOGRAFÍA

He oído decir que, al igual que los cuentos tradicionales, el Juego de la Oca representa una determinada concepción de la vida; que es una descripción de los trabajos y los días que nos toca pasar en este mundo, una descripción y una metáfora.

Cuál sea esta concepción lo puede ver cualquiera que recuerde el tablero y las reglas del juego, pues tanto el tablero como las reglas muestran que la vida es, fundamentalmente, un viaje lleno de dificultades donde, a partes iguales, y siempre que los dados -los hados- nos sean un poco favorables, es posible avanzar y llegar con bien hasta ese estanque final donde nos espera la Gran Oca Madre.

No hay nada mejor, para el jugador que va de viaje, que dar con su ficha en una de las viñetas que llevan oca, ya que ese jugador puede entonces saltar de oca a oca y tirar porque le toca; y seguir avanzando.

Nada es peor, en cambio, que el caer en viñetas como la cuarenta y dos -el laberinto- o en la cincuenta y dos -la de la cárcel- o en la cincuenta y ocho, que es la que lleva la calavera. Caer en cualquiera de estas viñetas supone un retraso en el camino, o incluso su suspensión o su abandono.

Diré, de paso, que no es trivial que el juego-metáfora del que estoy hablando recurra justamente a la oca, y no a cualquier otro animal. Y es que la oca sabe andar por la tierra, sabe andar por el agua, sabe andar por el aire, siendo por ello el animal que la tradición ha elegido para simbolizar la sabiduría, lo bien hecho, la perfección.

El mensaje del juego es, por lo tanto, tan simple como difícil de seguir. Se trataría de hacer bien las cosas, día a día, oca a oca; solamente esa continuidad garantizaría la sabiduría y la perfección finales.

Bernardo Atxaga

JUZGAR A LA VISTA DE TODOS

Por poco que nos conozcamos y que estemos dispuestos a aceptar lo que somos, tenemos que reconocer que, sin llegar a estar dentro de las salas de la Audiencia, en la vida que se desarrolla en pisos, oficinas, calles, coches, en esta vida común y corriente de cada uno, no paramos de juzgar, de culpar y absolver a nuestros semejantes, y, seguramente, más de culpar que de absolver.

En privado eso está claro: juzgar resulta de lo más sencillo, no supone ningún quebradero de cabeza. Nos pasamos el día juzgando a los demás, opinando, alabando o condenando, y lo hacemos apoyados en pequeños indicios, en levísimas razones, en argumentos que nos molestamos en explicarnos a nosotros mismos, porque la intuición nos parece, cuando estamos a solas, en nuestra vida privada, un riel bastante seguro.

Y tampoco parece que la gente dude demasiado a la hora de expresar sus juicios en público. No hay sino asistir a un espectáculo, un partido de fútbol o una corrida de toros, para comprobarlo. Las mujeres siempre hemos tenido justa o injusta fama de cotillas (de despiadadas cotillas) pero hay que ver cómo dictaminan los hombres (puesto que los hombres constituyen la mayor parte del público tanto en el fútbol como en los toros) en estos acontecimientos. ¡Con qué indiscutible autoridad, sin el menor asomo de duda, se expresan! Y levantan la mano y gesticulan, y elogian y condenan con convicción y presteza, como si estuvieran insuflados de divina sabiduría.

En suma, que ni en privado ni en público, la gente, todos nosotros, se recata de juzgar, aun sabiendo o sospechando que estos juicios puedan causar daños concretos. La historia de la humanidad está llena de ejemplos de daños irreparables causados por un mero rumor, una invención que señalaba a un falso culpable, y han ocurrido verdaderos dramas, verdaderas injusticias y crueldades por esta razón: por los juicios rápidos, frívolos, infundados, unas veces, y claramente malintencionados, otras, que se emiten en susurros o a gritos fuera de las salas de la Audiencia.

Soledad Puértolas

RIESGOS DEL CIERRE RELÁMPAGO

El British Medical Journal informa sobre una nueva clase de accidente que pueden sufrir los niños. Dicho accidente es causado por el empleo de cierre relámpago en lugar de botones en la bragueta de los pantalones (escribe nuestro corresponsal de medicina).

El peligro está en que el prepucio quede atrapado por el cierre. Ya se han registrado dos casos. En ambos hubo que practicar la circuncisión para liberar al niño.

El accidente tiene más probabilidades de ocurrir cuando el niño va solo al retrete. Al tratar de ayudarlo, los padres pueden empeorar las cosas tirando del cierre en sentido equivocado, pues el niño no está en condiciones de explicar si el accidente se ha producido al tirar del cierre hacia arriba o hacia abajo. Si el niño ya ha sido circuncidado, el daño puede ser mucho más grave.

El médico sugiere que cortando la parte inferior del cierre con alicates o tenazas se pueden separar fácilmente las dos mitades. Pero habrá que practicar una anestesia local para extraer la parte incrustada en la piel.

Periódico *The Observer*, Londres

APLASTAMIENTO DE LAS GOTAS

Yo no sé, mirá, es terrible cómo llueve. Llueve todo el tiempo, afuera tupido y gris, aquí contra el balcón con goterones cuajados y duros, que hacen plaf y se aplastan como bofetadas uno detrás de otro qué hastío. Ahora aparece una gotita en lo alto del marco de la ventana, se queda temblequeando contra el cielo que la triza en mil brillos apagados, va creciendo y se tambalea, ya va a caer y no se cae, todavía no se cae. Está prendida con todas las uñas, no quiere caerse y se la ve que se agarra con los dientes mientras le crece la barriga, ya es una gotaza que cuelga majestuosa y de pronto zup ahí va, plaf, deshecha, nada, una viscosidad en el mármol. Pero las hay que se suicidan y se entregan en seguida, brotan en el marco y ahí mismo se tiran, me parece ver la vibración del salto, sus piernitas desprendiéndose y el grito que las emborracha en esa nada del caer y aniquilarse. Tristes gotas, redondas inocentes gotas. Adiós gotas. Adiós.

PREÁMBULO A LAS INSTRUCCIONES PARA DAR CUERDA AL RELOJ

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. Te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia a comparar tu reloj con los demás relojes. No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.

INSTRUCCIONES PARA DAR CUERDA AL RELOJ

Allá en el fondo está la muerte, pero no tenga miedo. Sujete el reloj con una mano, tome con dos dedos la llave de la cuerda, remóntela suavemente. Ahora se abre otro plazo, los árboles despliegan sus hojas, las barcas corren regatas, el tiempo como un abanico se va llenando de sí mismo y de él brotan el aire, las brisas de la tierra, la sombra de una mujer, el perfume del pan.

¿Qué más quiere, qué más quiere? Átelo pronto a su muñeca, déjelo latir en libertad, imítelo anhelante. El miedo herrumbra las áncoras, cada cosa que pudo alcanzarse y fue olvidada va corroyendo las venas del reloj, gangrenando la fría sangre de sus pequeños rubíes. Y allá en el fondo está la muerte si no corremos y llegamos antes y comprendemos que ya no importa.

Julio Cortázar

PERRO DE SAN BERNALDO

Sienpre que viene el tiempo fresco, o sea al medio del otonio, a mí me da la loca de pensar ideas de tipo eséntrico y esótico, como ser por egenplo que me gustaría venirme golondrina para agarrar y volar a los paíx adonde haiga calor, o de ser hormiga para meterme bien adentro de una cueva y comer los produptos guardados en el verano o de ser una bívora como las del solójicO, que las tienen bien guardadas en una jaula de vidro con calefacción para que no se queden duras de frío, que es lo que les pasa a los pobre seres humano que no pueden comprarse ropa con lo cara questá, ni pueden calentarse por la falta del querosén, la falta del carbón, la falta de lenia, la falta de petrólio y tamién la falta de plata, porque cuando uno anda con biyuya ensima puede entrar a cualquier boliche y mandarse una buena grapa que hay que ver lo que calienta, aunque no conbiene abusar, porque del abuso entra el visio y del visio la dejeneradés tanto del cuerpo como de las taras moral de cada cual, y cuando se viene abajo por la pendiente fatal de la falta de buena condupta en todo sentido, ya nadie ni nadies lo salva de acabar en el más espantoso tacho de basura del desprastijio humano, y nunca le van a dar una mano para sacarlo de adentro del fango enmundo entre el cual se rebuelca, ni más ni meno que si fuera un cóndoR que cuando joven supo correr y volar por la punta de las altas montañas, pero que al ser viejo cayó parabajo como bombardero en picada que le falia el motor moral. ¡Y ojalá que lo que estoy escribiendo le sirbalguno para que mire bien su comportamiento y que no searrepienta cuando es tarde y ya todo se haiga ido al como por culpa suya!

Mirando de adentro para fuera por la ventana de mi piesa que da a la calie y al ver pasar en la calie a la jente que se apreta de frío encentra de las paré o de atajarse el agua de la yubia con el diario que es el pan espiritual de los que no son analfabetos, yo pienso que me gustaría ser perro de saN bemaldO para ir aconpaniando a las persona débil y darles ayudas, como ser alcansarles a cada cual la cantinplora con aguardiente anisado, darles el botiquín para que se curen alguna herida que tengan, y lanberles afetuosamente con mi lengua la cara y las mano para que reasionen y entren en calor con todo el organismo del interior del cuerpo y puedan seguir caminando por la vida en busca de lo que cada cual tiene que buscar.

La madre de mibuelita, o sea mi rebuelita, antes cuando yo era chico me contaba cuentos con la vida de los perro de saN bemaldO que élia vio de chica en su paíx, y tanto menpresionaron de oírla que muchas vez mi viejo le dijo que no me contara más, porque a mí me dio por caminar en 4 patas y de andar ladrando a los vesinos...

De los cuento de mi rebuelita, del que más me acuerdo es de una carabana de incursionistas que agarraron y subieron para arriba de una montania con él odgeto de ganar el canpionato de ascensión en altura. Párese que subieron y subieron y subieron y subieron y cuando estaban quién sabe a cuántos mil de metros de alto agarró y vino una tormenta de nieve y viento que los tapó por arriba y les hiso perder el rumbo y lasesperansas de salvarse.

¿Pero creen ustede que se murieron, por siacaso? ¡Qué graso error! Resulta que cuando en la hospedería de abajo se dieron cuenta de que los de arriba estaban jorobados, prepararon un lindo perro de saN bemaldO y le digieren: —¡Busque, busque! ¡Vaya a salvar a la jente que sestá muriendo. ¡Corra, corra!...

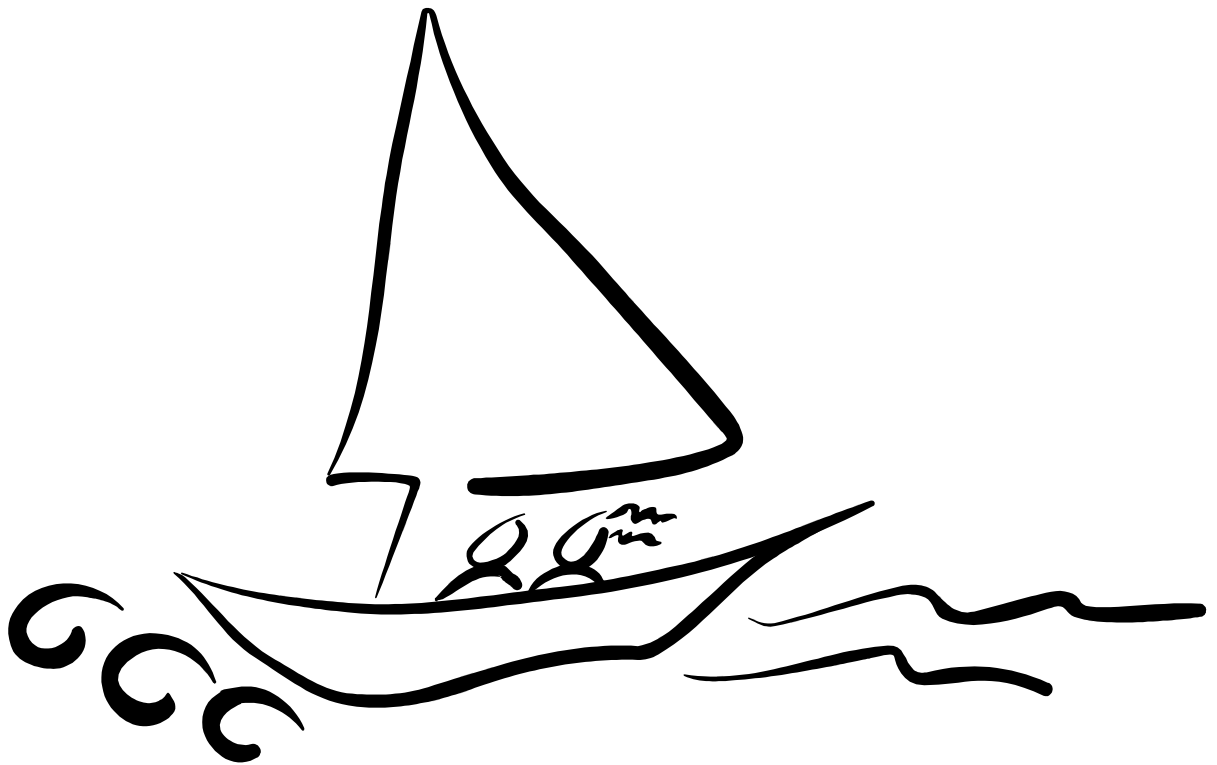
¡Lo ques la indiosincrancia de esas humildes bestia! Ahí adonde ni yo ni nadies es capas de olfatear en la nieve y encontrar la pista de los incursionistas, el noble perro desinteresado les olió las güelias y salió a los ladrido para la parte de arriba de la montania. Pasó una hora, pasó dos, pasó 3, y 4, y 5, pero a la final volvió el rejio perro trayendo arriba de su lomo a uno de los que naufragaron entre la nieve. Lo dejó en el suelo y salió corriendo otra vez, y de nuevo volvió trayendo a otro..., y así, ni corto ni peresoso, trajo a ventidós persona de anbos

sexos, entre hombres y mugeres, ¡y cuando vino con el último, y se dio cuenta de que podía darse la satisfacción del deber cumplido, le dio un desmayo al pobre perro que se había jugado la vida para salvar la de sus semejantes! Del efuerzo que hizo, párese que se le rebentó adentro alguna cosa al pobre animal, porque nunca más pudo funcionar bien y justo a los 8 día de su gran hasania se fue al otro mundo. Pero contaba mi rebuelita que aquellas jente nunca se olvidaron del noble apto que hizo el perro y entre todos hisieron una buena colepta y le lebataron un monumento de perro abajo de la montania, con una chapa de bronse con el nombre del perro escrito y la firma de las ventidós persona que salvó cuate lo que cuate...

Yo no es que estea deseando un munumento, pero siempre que me acuerdo del cuento me gustaría venirme perro salvador de jente. ¡Debe ser de lindo que los diario se ocupen de uno y que uno pueda ler las cosas de elojio que a uno le disen!

César Bruto

Narraciones



JONEYED Y EL BARBERO

El santo Joneyed acudió a La Meca vestido de mendigo. Estando allí, vio cómo un barbero afeitaba a un hombre rico. Al pedirle al barbero que le afeitara a él, el barbero dejó inmediatamente al hombre rico y se puso a afeitarse a Joneyed. Y al acabar no quiso cobrarle. En realidad, lo que hizo fue dar además a Joneyed una limosna.

Joneyed quedó tan impresionado que decidió dar al barbero todas las limosnas que pudiera recoger aquel día.

Sucedió que un acaudalado peregrino se acercó a Joneyed y le entregó una bolsa de oro. Joneyed se fue aquella tarde a la barbería y ofreció el oro al barbero.

Pero el barbero le gritó: «¿Qué clase de santo eres? ¿No te da vergüenza pretender pagar un servicio hecho con amor?».

LA FALTA DE MEMORIA DEL AMOR

«¿Por qué no dejas nunca de hablar de mis pasados errores?», le preguntó el marido a su mujer. «Yo pensaba que habías perdonado y olvidado».

«Y es cierto. He perdonado y olvidado», respondió la mujer. «Pero quiero estar segura de que tú no olvides que yo he perdonado y olvidado».

MÚSICA PARA SORDOS

Yo antes estaba completamente sordo. Y veía a la gente, de pie y dando toda clase de vueltas. Lo llamaban baile. A mí me parecía absurdo... hasta que un día oí la música. Entonces comprendí lo hermosa que era la danza.

LA ESCLAVA

Un rey musulmán se enamoró locamente de una joven esclava y ordenó que la trasladaran a palacio. Había proyectado desposarla y hacerla su mujer favorita. Pero, de un modo misterioso, la joven cayó gravemente enferma el mismo día en que puso sus pies en el palacio.

Su estado fue empeorando progresivamente. Se le aplicaron todos los remedios conocidos, pero sin ningún éxito. Y la pobre muchacha se debatía ahora entre la vida y la muerte.

Desesperado, el rey ofreció la mitad de su reino a quien fuera capaz de curarla. Pero nadie intentaba curar una enfermedad a la que no habían encontrado remedio los mejores médicos del reino.

Por fin se presentó un 'hakim' que pidió le dejaran ver a la joven a solas. Después de hablar con ella durante una hora, se presentó ante el rey que aguardaba ansioso su dictamen. «Majestad», dijo el 'hakim', «la verdad es que tengo un remedio infalible para la muchacha. Y tan seguro estoy de su eficacia que, si no tuviera éxito, estaría dispuesto a ser decapitado. Ahora bien, el remedio que propongo se ha de ver que es sumamente doloroso..., pero no para la muchacha, sino para vos, Majestad».

«Di qué remedio es ése», gritó el rey, «y le será aplicado, cueste lo que cueste». El 'hakim' miró compasivamente al rey y le dijo: «La muchacha está enamorada de uno de vuestros criados. Dadle vuestro permiso para casarse con él y sanará inmediatamente».

¡Pobre rey...! Deseaba demasiado a la muchacha para dejarla marchar. Pero la amaba demasiado para dejarla morir.

EL COCO

Desde lo alto de un cocotero, un mono arrojó un coco sobre la cabeza de un sufí. El hombre lo recogió, bebió el dulce jugo, comió la pulpa y se hizo una escudilla con la cáscara.

EL ELEFANTE ENCADENADO

Cuando yo era chico me encantaban los circos, y lo que más me gustaba de los circos eran los animales. También a mí como a otros, después me enteré, me llamaba la atención el elefante. Durante la función, la enorme bestia hacia despliegue de su tamaño, peso y fuerza descomunal... pero después de su actuación y hasta un rato antes de volver al escenario, el elefante quedaba sujeto solamente por una cadena que aprisionaba una de sus patas clavada a una pequeña estaca clavada en el suelo. Sin embargo, la estaca era solo un minúsculo pedazo de madera apenas enterrado unos centímetros en la tierra. Y aunque la cadena era gruesa y poderosa me parecía obvio que ese animal capaz de arrancar un árbol de cuajo con su propia fuerza, podría, con facilidad, arrancar la estaca y huir. El misterio es evidente: ¿Qué lo mantiene entonces? ¿Por qué no huye? Cuando tenía 5 o 6 años yo todavía en la sabiduría de los grandes. Pregunté entonces a algún maestro, a algún padre, o a algún tío por el misterio del elefante. Alguno de ellos me explicó que el elefante no se escapaba porque estaba amaestrado. Hice entonces la pregunta obvia: -Si está amaestrado, ¿por qué lo encadenan? No recuerdo haber recibido ninguna respuesta coherente. Con el tiempo me olvidé del misterio del elefante y la estaca... y sólo lo recordaba cuando me encontraba con otros que también se habían hecho la misma pregunta. Hace algunos años descubrí que por suerte para mí alguien había sido lo bastante sabio como para encontrar la respuesta: El elefante del circo no se escapa porque ha estado atado a una estaca parecida desde muy, muy pequeño. Cerré los ojos y me imaginé al pequeño recién nacido sujeto a la estaca. Estoy seguro de que en aquel momento el elefantito empujó, tiró, sudó, tratando de soltarse. Y a pesar de todo su esfuerzo, no pudo. La estaca era ciertamente muy fuerte para él. Juraría que se durmió agotado, y que al día siguiente volvió a probar, y también al otro y al que le seguía... Hasta que un día, un terrible día para su historia, el animal aceptó su impotencia y se resignó a su destino. Este elefante enorme y poderoso, que vemos en el circo, no se escapa porque cree - pobre- que **NO PUEDE**. Él tiene registro y recuerdo de su impotencia, de aquella impotencia que sintió poco después de nacer. Y lo peor es que jamás se ha vuelto a cuestionar seriamente ese registro. Jamás... jamás... intentó poner a prueba su fuerza otra vez...

LA MEDALLA

Había una madre que no conseguía que su hijo pequeño dejara de jugar y regresara a casa antes del anochecer. De modo que, para asustarle, le dijo que el camino que llevaba a su casa era frecuentado por unos espíritus que salían tan pronto como se ponía el sol. Desde aquel momento ya no tuvo problemas para hacer que el niño regresara a casa temprano.

Pero, cuando creció, el muchacho tenía tanto miedo a la oscuridad y a los espíritus que no había modo de sacarle de casa por la noche. Entonces su madre le dio una medalla y le convenció de que, mientras la llevara consigo, los espíritus no podrían hacerle ningún mal en absoluto. Ahora el muchacho ya no tiene miedo alguno a adentrarse en la oscuridad fuertemente asido a su medalla.

EL DESTINO EN UNA MONEDA

El gran general japonés Nobunaga decidió atacar, a pesar de que sólo contaba con un soldado por cada diez enemigos. El estaba seguro de vencer, pero sus soldados abrigaban muchas dudas.

Cuando marchaban hacia el combate, se detuvieron en un santuario sintoísta. Después de orar en dicho santuario, Nobunaga salió afuera y dijo: «Ahora voy a echar una moneda al aire. Si sale cara, venceremos; si sale cruz, seremos derrotados. El destino nos revelará su rostro».

Lanzó la moneda y salió cara. Los soldados se llenaron de tal ansia de luchar que

no encontraron ninguna dificultad para vencer. Al día siguiente, un ayudante le dijo a Nobunaga: «Nadie puede cambiar el rostro del destino».

«Exacto», le replicó Nobunaga mientras le mostraba una moneda falsa que tenía cara por ambos lados.

NO CAMBIES

Durante años fui un neurótico. Era un ser angustiado, deprimido y egoísta. Y todo el mundo insistía en decirme que cambiara. Y no dejaban de recordarme lo neurótico que yo era.

Y yo me ofendía, aunque estaba de acuerdo con ellos, y deseaba cambiar, pero no acababa de conseguirlo por mucho que lo intentara.

Lo peor era que mi mejor amigo tampoco dejaba de recordarme lo neurótico que yo estaba. Y también insistía en la necesidad de que yo cambiara.

Y también con él estaba de acuerdo, y no podía sentirme ofendido con él. De manera que me sentía impotente y como atrapado.

Pero un día me dijo: «No cambies. Sigue siendo tal como eres. En realidad no importa que cambies o dejes de cambiar. Yo te quiero tal como eres y no puedo dejar de quererte».

Aquellas palabras sonaron en mis oídos como música: «No cambies. No cambies. No cambies... Te quiero...».

Entonces me tranquilicé. Y me sentí vivo. Y, ¡oh, maravilla!, cambié.

EL AGUILA REAL

Un hombre se encontró un huevo de águila. Se lo llevó y lo colocó en el nido de una gallina de corral. El aguilucho fue incubado y creció con la nidada de pollos. Durante toda su vida, el águila hizo lo mismo que hacían los pollos, pensando que era un pollo. Escarbaba la tierra en busca de gusanos e insectos, piando y cacareando. Incluso sacudía las alas y volaba unos metros por el aire, al igual que los pollos. Después de todo, ¿no es así como vuelan los pollos?

Pasaron los años y el águila se hizo vieja. Un día divisó muy por encima de ella, en el límpido cielo, una magnífica ave que flotaba elegante y majestuosamente por entre las corrientes de aire, moviendo apenas sus poderosas alas doradas.

La vieja águila miraba asombrada hacia arriba «¿Qué es eso?», preguntó a una gallina que estaba junto a ella. «Es el águila, el rey de las aves», respondió la gallina. «Pero no pienses en ello. Tú y yo somos diferentes de él». De manera que el águila no volvió a pensar en ello. Y murió creyendo que era una gallina de corral.

LA MIRADA DEL AMOR

El rey estaba enamorado de Sabrina: una mujer de baja condición a la que el rey había hecho su última esposa.

Una tarde, mientras el rey estaba de cacería, llegó un mensajero para avisar que la madre de Sabrina estaba enferma. Pese a que existía la prohibición de usar el carruaje personal del rey (falta que era pagada con la cabeza), Sabrina subió al carruaje y corrió junto a su madre.

A su regreso, el rey fue informado de la situación.

-¿No es maravillosa?-dijo-Esto es verdaderamente amor filial. No le importó su vida para cuidar a su madre. ¡Es maravillosa!

Cierto día, mientras Sabrina estaba sentada en el jardín del palacio comiendo fruta, llegó el rey. La princesa lo saludó y luego le dio un mordisco al último durazno que quedaba en la canasta.

-¡Parecen ricos!-dijo el rey.

-Lo son- dijo la princesa y alargando la mano le cedió a su amado el último durazno.

-¡Cuánto me ama!-comentó después el rey-, Renunció a su propio placer para darme el último durazno de la canasta, ¿no es fantástica?

Pasaron algunos años y vaya a saber por qué, el amor y la pasión desaparecieron del corazón del rey.

Sentado con su amigo más confidente, le decía:

-Nunca se portó como una reina...¿acaso no desafió mi investidura usando mi carruaje? Es más, recuerdo que un día me dio a comer una fruta mordida.

ASCENDER

Entra el primer candidato: «¿Entiende usted que esto no es más que un simple 'test' que queremos hacerle antes de darle el trabajo que usted ha solicitado?». «Sí».

«Perfectamente. ¿Cuántas son dos y dos?». «Cuatro».

Entra el segundo candidato: «¿Está usted listo para el 'test'?». «Sí».

«Perfectamente. ¿Cuántas son dos y dos?». «Lo que diga el jefe».

El segundo candidato consiguió el trabajo.

DIÓGENES

Estaba el filósofo Diógenes cenando lentejas cuando le vio el filósofo Aristipo, que vivía confortablemente a base de adular al rey.

Y le dijo Aristipo: «Si aprendieras a ser sumiso al rey, no tendrías que comer esa basura de lentejas». A lo que replicó Diógenes: «Si hubieras tú aprendido a comer lentejas, no tendrías que adular al rey».

LEVANTARSE Y SER VISTO

Cuando Krushev pronunció su famosa denuncia de la era staliniana, cuentan que uno de los presentes en el Comité Central dijo: «¿Dónde estabas tú, camarada Krushev, cuando fueron asesinadas todas esas personas inocentes?».

Krushev se detuvo, miró en torno por toda la sala y dijo: «Agradecería que quien lo ha dicho tuviera la bondad de ponerse en pie».

La tensión se podía mascar en la sala. Pero nadie se levantó.

Entonces dijo Krushev: «Muy bien, ya tienes la respuesta, seas quien seas. Yo me encontraba exactamente en el mismo lugar en que tú estás ahora».

EL CONTRATO SOÑADO

Eran las nueve de la mañana y Nasruddin seguía completamente dormido. El sol estaba en todo lo alto, los pájaros gorjeaban en las ramas y el desayuno de Nasruddin se estaba enfriando. De manera que su mujer le despertó. Nasruddin se espabiló furiosísimo: «¿Por qué me despiertas precisamente ahora?», gritó. «¿No podías haber aguardado un poco más?».

«El sol está en todo lo alto», replicó su mujer, «los pájaros gorjean en las ramas y tu desayuno se está enfriando»

«¡Qué mujer más estúpida!», dijo Nasruddin. «¡El desayuno es una bagatela, comparado con el contrato por valor de cien mil piezas de oro que estaba a punto de firmar!».

De modo que se dio la vuelta y se arrebujó entre las sábanas durante un largo rato, intentando recobrar el sueño y el contrato que su mujer había hecho añicos.

NASRUDDIN HA MUERTO

Se hallaba en cierta ocasión Nasruddin -que tenía su día filosófico- reflexionando en alta voz: «Vida y muerte... ¿quién puede decir lo que son?». Su mujer, que estaba trabajando en la cocina, le oyó y dijo:

«Los hombres sois todos iguales, absolutamente estúpidos. Todo el mundo sabe que cuando las extremidades de un hombre están rígidas y frías, ese hombre está muerto».

Nasruddin quedó impresionado por la sabiduría práctica de su mujer. Cuando, en otra ocasión, se vio sorprendido por la nieve, sintió cómo sus manos y sus pies se congelaban y se entumecían. «Sin duda estoy muerto», pensó. Pero otro pensamiento le asaltó de pronto: «¿Y qué hago yo paseando, si estoy muerto? Debería estar tendido, como cualquier muerto respetable». Y esto fue lo que hizo.

Una hora después, unas personas que iban de viaje pasaron por allí y, al verle tendido junto al camino, se pusieron a discutir si aquel hombre estaba vivo o muerto. Nasruddin deseaba con toda su alma gritar y decirles: «Estáis locos. ¿No veis que estoy muerto? ¿No veis que mis extremidades están frías y rígidas?». Pero se dio cuenta de que los muertos 'no deben hablar. De modo que refrenó su lengua.

Por fin, los viajeros decidieron que el hombre estaba muerto y cargaron sobre sus hombros el cadáver para llevarlo al cementerio y enterrarlo. No habían recorrido aún mucha distancia cuando llegaron a una bifurcación. Una nueva disputa surgió entre ellos acerca de cuál sería el camino del cementerio. Nasruddin aguantó cuanto pudo, pero al fin no fue capaz de contenerse y dijo: «Perdón, caballeros, pero, el camino que lleva al cementerio es el de la izquierda. Ya sé que se supone que los muertos no deben hablar, pero he roto la norma sólo por esta vez y les aseguro que no volveré a decir una palabra».

GRITAR PARA QUEDAR A SALVO... E INCÓLUME

Una vez llegó un profeta a una ciudad con el fin de convertir a sus habitantes. Al principio la gente le escuchaba cuando hablaba, pero poco a poco se fueron apartando, hasta que no hubo nadie que escuchara, las palabras del profeta.

Cierta día, un viajante le dijo al profeta: «¿Por qué sigues predicando? ¿No ves que tu misión es imposible?».

Y el profeta le respondió:

«Al principio tenía la esperanza de poder cambiarlos. Pero si ahora sigo gritando es únicamente para que no me cambien ellos a mí».

LOS EXPERTOS

Un cuento Sufí:

Un hombre a quien se consideraba muerto fue llevado por sus amigos para ser enterrado. Cuando el féretro estaba a punto de ser introducido en la tumba, el hombre revivió inopinadamente y comenzó a golpear la tapa del féretro. Abrieron el féretro y el hombre se incorporó. «¿Qué estáis haciendo?», dijo a los sorprendidos asistentes. «Estoy vivo. No he muerto».

Sus palabras fueron acogidas con asombrado silencio. Al fin, uno de los deudos acertó a hablar: «Amigo, tanto los médicos como los sacerdotes han certificado que habías muerto. Y ¿cómo van a haberse equivocado los expertos?». Así pues, volvieron a atornillar la tapa del féretro y lo enterraron debidamente.

LA SOPA DE LA SOPA DEL GANSO

En cierta ocasión un pariente visitó a Nasruddin, llevándole como regalo un ganso.

Nasruddin cocinó el ave y la compartió con su huésped.

No tardaron en acudir un huésped tras otro, alegando todos ser amigos de un amigo «del hombre que te ha traído el ganso». Naturalmente; todos ellos esperaban obtener comida y alojamiento a cuenta del famoso ganso.

Finalmente, Nasruddin no pudo aguantar más. Un día llegó un extraño a su casa y dijo: «Yo soy un amigo del amigo del pariente tuyo que te regaló un ganso». Y, al igual que los demás, se sentó a la mesa, esperando que le dieran de comer. Nasruddin puso ante él una escudilla llena de agua caliente.

«¿Qué es esto?», preguntó el otro. «Esto», dijo Nasruddin, «es la sopa de la sopa del ganso que me regaló mi amigo».

CODICIA

Cavando, para montar un cerco que separara mi terreno del de mi vecino, me encontré enterrado en mi jardín, un viejo cofre lleno de monedas de oro.

A mí no me interesó por la riqueza, me interesó por lo extraño del hallazgo, nunca he sido ambicioso y no me importan demasiado los bienes materiales, pero igual desenterré el cofre.

Saqué las monedas y las lustré. Estaban tan sucias las pobres...

Mientras las apilaba sobre mi mesa prolijamente, las fui contando...

Constituían en sí mismas una verdadera fortuna. Solo por pasar el tiempo, empecé a imaginar todas las cosas que se podrían comprar con ellas.

Pensaba en lo loco que se pondría un codicioso que se topara con semejante tesoro. Por suerte, por suerte... no era mi caso...

Hoy vino un señor a reclamar las monedas, era mi vecino. Pretendía sostener en un miserable que las monedas las había enterrado su abuelo, y que por lo tanto le pertenecían a él.

Me dio tanto fastidio que lo maté...

Si no lo hubiera visto tan desesperado por tenerlas, se las hubiera dado, porque si hay algo que a mí no me importa son las cosas que se compran con dinero, eso sí, no soporto a la gente codiciosa...

LOS SIETE TARROS DE ORO

Al pasar un barbero bajo un árbol embrujado, oyó una voz que le decía: «¿Te gustaría tener los siete tarros de oro?». El barbero miró en torno suyo y no vio a nadie. Pero su codicia se había despertado y respondió anhelante: «Sí, me gustaría mucho». «Entonces ve a tu casa en seguida», dijo la voz, «y allí los encontrarás».

El barbero fue corriendo a su casa. Y en efecto: allí estaban los siete tarros, todos ellos llenos de oro, excepto uno que sólo estaba medio lleno. Entonces el barbero no pudo soportar la idea de que un tarro no estuviera lleno del todo. Sintió un violento deseo de llenarlo; de lo contrario, no sería feliz.

Fundió todas las joyas de la familia en monedas de oro y las echó en el tarro. Pero éste seguía igual que antes: medio lleno. ¡Aquello le exasperó! Se puso a ahorrar y a economizar como un loco, hasta el punto de hacer pasar hambre a su familia. Todo inútil. Por mucho oro que introdujera en el tarro, éste seguía estando medio lleno.

De modo que un día pidió al Rey que le aumentara su sueldo. El sueldo le fue doblado y reanudó su lucha por llenar el tarro. Incluso llegó a mendigar. Y el tarro engullía cada moneda de oro que en él se introducía, pero seguía estando obstinadamente a medio llenar.

El Rey cayó en la cuenta del miserable y famélico aspecto del barbero. Y le preguntó: «¿Qué es lo que te ocurre? Cuando tu sueldo era menor, parecías tan feliz y satisfecho.

Y ahora que te ha sido doblado el sueldo, estás destrozado y abatido. ¿No será que tienes en tu poder los siete tarros de oro?». El barbero quedó estupefacto: «¿Quién os lo ha contado, Majestad?», preguntó.

El Rey se rió. «Es que es obvio que tienes los síntomas de la persona a quien el fantasma ha ofrecido los siete tarros.

Una vez me los ofreció a mí y yo le pregunté si el oro podía ser gastado o era únicamente para ser, atesorado; y él se esfumó sin decir una palabra. Aquel oro no podía ser gastado. Lo único que ocasiona es el vehemente impulso de amontonar cada vez más. Anda, ve y devuélveselo al fantasma ahora mismo y volverás a ser feliz».

RICOS

El marido: «¿Sabes, querida? Voy a trabajar duro y algún día seremos ricos».

La mujer: «Ya somos ricos, querido. Nos tenemos el uno al otro. Tal vez algún día también tengamos dinero».

EL PESCADOR SATISFECHO

El rico industrial del Norte se horrorizó cuando vio a un pescador del Sur tranquilamente recostado contra su barca y fumando una pipa.

«¿Por qué no has salido a pescar?», le preguntó el industrial.

«Porque ya he pescado bastante por hoy», respondió el pescador.

«¿Y por qué no pescas más de lo que necesitas?», insistió el industrial. «¿Y qué iba a hacer con ello?», preguntó a su vez el pescador.

«Ganarías más dinero», fue la respuesta. «De ese modo podrías poner un motor a tu barca. Entonces podrías ir a aguas más profundas y pescar más peces. Entonces ganarías lo suficiente para comprarte unas redes de nylon, con las que obtendrías más peces y más dinero. Pronto ganarías para tener dos barcas... y hasta una verdadera flota. Entonces serías rico, como yo».

«¿Y qué haría entonces?», preguntó de nuevo el pescador.

«Podrías sentarte y disfrutar de la vida», respondió el industrial.

«¿Y qué crees que estoy haciendo en este preciso momento?», respondió el satisfecho pescador.

EL DIAMANTE

El sannyasi había llegado a las afueras de la aldea y acampó bajo un árbol para pasar la noche.

De pronto llegó corriendo hasta él un habitante de la aldea y le dijo: «¡La piedra! ¡La piedra! ¡Dame la piedra preciosa!».

«¿Qué piedra?», preguntó el sannyasi. «La otra noche se me apareció en sueños el Señor Shiva», dijo el aldeano, «y me aseguró que si venía al anochecer a las afueras de la aldea, encontraría a un sannyasi que me daría una piedra preciosa que me haría rico para siempre». El sannyasi rebuscó en su bolsa y extrajo una piedra. «Probablemente se refería a ésta»; dijo, mientras entregaba la piedra al aldeano.

«La encontré en un sendero del bosque hace unos días. Por supuesto que puedes quedarte con ella».

El hombre se quedó mirando la piedra con asombro. ¡Era un diamante! Tal vez el mayor diamante del mundo, pues era tan grande como la mano de un hombre. Tomó el diamante y se marchó.

Pasó la noche dando vueltas en la cama, totalmente incapaz de dormir.

Al día siguiente, al amanecer, fue a despertar al sannyasi y le dijo: «Dame la riqueza que te permite desprenderte con tanta facilidad de este diamante».

UNA MONEDA DE ¡AY!

Un caballero tenía un criado nuevo, un mozo llamado Pedro que parecía un poco tonto. Para burlarse de él, le dio dos monedas y le dijo:

- Pedro, vete al mercado y cómprame una moneda de uvas y otra de ¡ay!

El pobre mozo compró las uvas, pero cada vez que pedía una moneda de ¡ay! todos se reían y mofaban de él.

Al darse cuenta de la burla de su amo, puso las uvas en el fondo de una bolsa y sobre las uvas un manojo de ortigas.

Cuando regresó a su casa, le dijo su amo:

- "¿Lo traes todo?"

Contestó el mozo:

- "Sí, señor, está todo en la bolsa."

El caballero, extrañado, metió rápidamente la mano y al tocar las ortigas, exclamó:

- "¡Ay!"

A lo que dijo el mozo:

- "Debajo están las uvas, señor."

UN SABIO...

Cuenta una leyenda que había dos niños patinando sobre una laguna congelada. Era una tarde nublada y fría; pero los niños jugaban sin preocupación; cuando, de pronto, el hielo se rompió y uno cayó al agua.

El otro niño viendo que su amiguito se ahogaba debajo del hielo, tomó una piedra y empezó a golpear con todas sus fuerzas hasta que logró quebrarlo y así salvar a su amigo.

Cuando llegaron los bomberos y vieron lo que había sucedido, se preguntaron:

-¿Cómo lo hizo? ¡El hielo está muy grueso, es imposible que lo haya podido quebrar con esa piedra y sus manos tan pequeñas!

En ese instante apareció un anciano sabio y dijo:

-Yo sé cómo lo hizo.

-¿Cómo? - Le preguntaron al anciano.

Y él contestó:

-No había nadie a su alrededor que le dijera que no se podía hacer.

LA RANA QUE QUERÍA SER UNA RANA AUTÉNTICA

Augusto Monterroso

Había una vez una Rana que quería ser una Rana auténtica, y todos los días se esforzaba en ello.

Al principio se compró un espejo en el que se miraba largamente buscando su ansiada autenticidad.

Unas veces parecía encontrarla y otras no, según el humor de ese día o de la hora, hasta que se cansó de esto y guardó el espejo en un baúl.

Por fin pensó que la única forma de conocer su propio valor estaba en la opinión de la gente, y comenzó a peinarse y a vestirse y a desvestirse (cuando no le quedaba otro recurso) para saber si los demás la aprobaban y reconocían que era una Rana auténtica.

Un día observó que lo que más admiraban de ella era su cuerpo, especialmente sus piernas, de manera que se dedicó a hacer sentadillas y a saltar para tener unas ancas cada vez mejores, y sentía que todos la aplaudían.

Y así seguía haciendo esfuerzos hasta que, dispuesta a cualquier cosa para lograr que la consideraran una Rana auténtica, se dejaba arrancar las ancas, y los otros se las comían, y ella todavía alcanzaba a oír con amargura cuando decían que qué buena Rana, que parecía Pollo.

LA INTRUSA

Pedro Orgambide

Ella tuvo la culpa, señor Juez. Hasta entonces, hasta el día que llegó, nadie se quejó de mi conducta. Puedo decirlo con la frente bien alta. Yo era el primero en llegar a la oficina y el último en irme. Mi escritorio era el más limpio de todos. Jamás me olvidé de cubrir la máquina de calcular, por ejemplo, o de planchar con mis propias manos el papel carbónico. El año pasado, sin ir muy lejos, recibí una medalla del mismo gerente.

En cuanto a ésa, me pareció sospechosa desde el primer momento. Vino con tantas ínfulas a la oficina. Además ¡qué exageración! recibirla con un discurso, como si fuera una princesa. Yo seguí trabajando como si nada pasara. Los otros se deshacían en elogios. Alguno deslumbrado, se atrevía a rozarla con la mano. ¿Cree usted que yo me inmuté por eso, Señor Juez? No. Tengo mis principios y no los voy a cambiar de un día para el otro. Pero hay cosas que colman la medida.

La intrusa, poco a poco, me fue invadiendo. Comencé a perder el apetito. Mi mujer me compró un tónico, pero sin resultado. ¡Si hasta se me caía el pelo, señor, y soñaba con ella!

Todo lo soporté, todo. Menos lo de ayer. "González - me dijo el Gerente - lamento decirle que la empresa ha decidido prescindir de sus servicios". Veinte años, Señor Juez, veinte años tirados a la basura.

Supe que ella fue con la alcahuetería. Y yo, que nunca dije una mala palabra, la insulté. Sí, confieso que la insulté, señor Juez, y que le pegué con todas mis fuerzas. Fui yo quien le dio con el hierro. Le gritaba y estaba como loco.

Ella tuvo la culpa. Arruinó mi carrera, la vida de un hombre honrado, señor. Me perdí por una extranjera, por una miserable computadora, por un pedazo de lata, como quien dice.

EL CAMPESINITO EN EL CIELO

Murió una vez un pobre y piadoso campesinito y llegó a las puertas del cielo. Pero al mismo tiempo vino allí un señor que había sido muy rico y que también quería entrar en el cielo. Entonces se acercó San Pedro con las llaves y dejó pasar al señor; mas, según parece, no vio al campesinito y le cerró tranquilamente las puertas. Entonces oyó el campesinito cómo el señor era recibido con gran regocijo en el cielo y cómo se tocaba música y se cantaba. Por fin se hizo el silencio. San Pedro se acercó otra vez a las puertas del cielo, las abrió e hizo pasar también al campesinito. El campesinito pensó que se tocaría música y se cantarían, pero cuando entró reinaba el silencio. Fue recibido con cariño, naturalmente, y los ángeles le rodearon, pero nadie cantó. Entonces el campesinito preguntó a San Pedro por qué no se le recibía como al rico, añadiendo que, según veía, en el cielo eran tan parciales como en la tierra. A lo que respondió San Pedro:

-No, no es así; tú nos eres tan querido como los demás y gozarás de todos los placeres del cielo, igual que ese rico señor; pero date cuenta: campesinitos tan pobres como tú llegan al cielo todos los días; un señor tan rico, sin embargo, llega sólo cada cien años.

LOS AÑOS DE VIDA

Cuando Dios creó el mundo y quiso determinar los años de vida de todas las criaturas vino el burro y le pregunto:

-Señor, ¿cuánto he de vivir?

-Treinta años -respondió Dios-. ¿Estás conforme?

-¡Oh, Señor! -repuso el burro-, es demasiado tiempo. Tened en cuenta mi penosa existencia: transportando pesadas cargas de la mañana a la noche, llevando sacos de trigo al molino para que otros se coman el pan; ¡siendo animado y reanimado sólo a golpes y patadas! ¡Perdonadme una parte de ese tiempo tan largo!

Entonces se apiadó el Señor y le concedió dieciocho años. El burro se fue ya consolado, y compareció el perro ante el.

-¿Cuánto tiempo quieres vivir? -le pregunto Dios-; al burro le parecieron demasiado treinta años, pero quizá tu te conformes con ellos.

-Señor respondió el perro-, ¿es esa vuestra voluntad? Pensad que con lo mucho que tengo que correr no aguantarán tanto tiempo mis patas; y cuando haya perdido la fuerza para ladrar y los dientes para morder, ¿qué otra cosa podré hacer salvo ir gruñendo de un rincón para otro?

Dios vio que tenía razón y le otorgó doce años. Entonces vino el mono.

-Tú si que aceptarás con gusto vivir treinta años -le dijo el Señor-, no trabajarás como el burro y el perro y estarás siempre contento.

-¡Oh, Señor! -respondió-; eso parece, pero no es así. Si llueven gachas de mijo, no tengo cuchara. Tengo que estar haciendo siempre travesuras y muecas para hacer reír a la gente, y cuando me tiran una manzana y la muerdo, resulta que está agria. Con cuánta frecuencia se oculta la tristeza tras la payasada! No podré soportar treinta años seguidos de una vida así.

Dios se mostró piadoso y le concedió diez años.

Finalmente se presentó el hombre: estaba alegre, sano y fresco, y pidió a Dios que le asignara sus años.

-Treinta años habrás de vivir- dijo el Señor-; ¿te bastan?

-¡Que tiempo tan corto! –exclamó el hombre-. Una vez que haya construido mi casa y que el fuego arda en mi propio hogar; una vez que los árboles que haya plantado florezcan y den fruto; cuando empiece a disfrutar alegremente de la vida..., ¡he de morir! ¡Oh, Señor, alargad mis años!

-Te añadiré los dieciocho años del burro -dijo Dios.

-No son suficientes -protestó el hombre.

-Tendrás también los doce del perro.

-Todavía es poco.

-Bien -dijo Dios-; todavía te daré los diez años del mono, pero no recibirás más.

El hombre se fue, aunque no quedó satisfecho. Así que el hombre vive setenta años. Los treinta primeros son sus años de hombre, y pasan rápidamente; durante ellos vive sano, contento, trabaja con ganas y acepta su vida con alegría. Les siguen los dieciocho del burro, transporta entonces una carga tras otra, llevando el trigo con que otros se alimentan, y golpes y patadas recibe como jornal por sus fieles servicios. Luego vienen los doce años del perro; va por los rincones gruñendo y no tiene dientes para morder. Y cuando ya ha apurado ese tiempo, aún le quedan los diez años del mono antes de acabar. Entonces es un mentecato y un extravagante que hace cosas graciosas y es el hazmerreír de los niños.

Hermanos Grimm

LÁZARO

Un tal Lázaro Vélez se incorporó en su tumba, se despojó lentamente de su sudario, abandonó el camposanto y empezó a caminar en dirección a su casa. A medida que iba siendo reconocido, los vecinos se acercaban a abrazarlo, le daban ropas para que cubriera su desnudez, lo felicitaban, le palmeaban la espalda huesuda.

Sin embargo, a medida que la voz se fue corriendo, la bienvenida ya no fue tan cálida. Un hombre que había ocupado su vacante en la sucursal de Correos, le increpó duramente: “Tu regreso no me alegra. Vas a reclamar tu puesto y quizá te lo den. O sea que yo me quedaré en la calle. Recuerda que en mi casa tengo cinco bocas que alimentar. Prefiero que te vayas.”

La viuda de Lázaro Vélez, que, pasado un tiempo prudencial, se había vuelto a casar, le increpinó: “¿Y ahora qué? ¿Acaso pretendes que me condenen por bigamia? Si quieres que sea feliz, desaparece de mi vida, por favor.”

Un sobrino, que en su momento había heredado sus cuatro vacas y sus seis ovejas, le reprochó airado: “No pretenderás que te devuelva lo que ahora es legalmente mío. Vete, viejo, y no molestes más.”

Lázaro Vélez resolvió no seguir avanzando. Más bien comenzó a retroceder, y a medida que desandaba el camino se iba despojando de las ropas que al principio le habían brindado.

Por fin, un viejo amigo que le reconoció y no le reprochó nada (quizá porque nada tenía) se acercó a preguntarle: “Y ahora, ¿a dónde irás?” Y Lázaro Vélez respondió: “A recuperar mi sudario.”

Mario Benedetti, “Lázaro”, en *Despistes y franquezas*

LA MANO

Un joven le pidió a un padre la mano de su hija y la recibió en una caja; era su mano izquierda.

PADRE: Me pediste su mano y ya la tienes. Pero, en mi opinión, querías otras cosas y las tomaste.

JOVEN: ¿Qué quiere usted decir con eso?

PADRE: ¿Tú qué crees que quiero decir? No me negarás que soy más honrado que tú, porque tú cogiste algo de mi familia sin pedirlo, mientras que cuando me pediste la mano de mi hija, yo te la di.

En realidad, el joven no había hecho nada deshonesto. Simplemente, el padre era suspicaz y mal pensado. El padre consiguió legalmente hacer responsable al joven del mantenimiento de su hija y le exprimió económicamente. El joven no pudo negar que tenía la mano de la hija... aunque, desesperado, la había enterrado ya, después de besarla. Pero la mano iba para dos semanas.

El joven quería ver a la hija, e hizo un esfuerzo, pero se encontró bloqueado por los comerciantes que la asediaban. La hija estaba firmando cheques con la mano derecha. Lejos de haberse desangrado, estaba lanzada a toda marcha.

El joven anunció en los periódicos que ella había abandonado el domicilio conyugal. Pero tenía que probar que lo hubiera compartido antes. Aún no era «un matrimonio», ni en el juzgado ni por la iglesia. Sin embargo, no había duda de que él tenía su mano y había firmado un recibo cuando le entregaron el paquete.

—Su mano, ¿para qué? —preguntó el joven a la Policía, desesperado y sin un céntimo—. Su mano está enterrada en mi jardín.

—¿Es que, encima, es un criminal? ¿No solamente desordenado en su manera de vivir, sino, además, un psicópata? ¿No le habrá usted cortado la mano a su mujer?

—¡No! ¡Y ni siquiera es mi mujer!

—¡Tiene su mano, pero no es su mujer! —se burlaron los hombres de la ley—. ¿Qué podemos hacer con él? No es razonable, puede que incluso esté loco.

—Encerradle en un manicomio. Además, está arruinado, por tanto tendrá que ser en una institución del Estado.

Así que encerraron al joven y, una vez al mes, la chica cuya mano había recibido venía a mirarle a través de la alambrada, como una esposa sumisa. Y, como la mayoría de las esposas, no tenía nada que decirle. Pero sonreía dulcemente. El trabajo de él comportaba una pequeña pensión que ella cobraba ahora. Ocultaba su muñón en un manguito.

Debido a que el joven llegó a estar tan asqueado de ella que no podía ni mirarla, le trasladaron a una sala más desagradable, privado de libros y de compañía, y se volvió loco de verdad.

Cuando se volvió loco, todo aquello que le había sucedido, el haber pedido y recibido la mano de su amada, se le hizo inteligible. Comprendió la horrible equivocación, crimen incluso, que había cometido al pedir algo tan bárbaro como la mano de una chica.

Habló con sus captores, diciéndoles que ahora comprendía su error.

—¿Qué error? ¿Pedir la mano de una chica? Lo mismo hice yo cuando me casé.

El joven, sintiendo entonces que estaba loco sin remedio, puesto que no podía establecer contacto con nada, se negó a comer durante muchos días y, al fin, se tumbó en la cama de cara a la pared y murió.

Patricia Highsmith

EPISODIO DE LAS UVAS

Y porque vea Vuestra Merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: "Más da el duro que el desnudo." Y venimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamos; donde no, a tercero día hacíamos San Juan.

Acaeció que, llegando a un lugar que llaman Almorox al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo de ellas en limosna. y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que a él se llegaba. Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

-Ahora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas de él tanta parte como yo. Partirlo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aun pasaba adelante: dos a dos y tres a tres, y como podía, las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y, meneando la cabeza, dijo:

-Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres.

-No comí -dije yo-; mas ¿por qué sospecháis eso? Respondió el sagacísimo ciego:

-¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas.

EPISODIO DEL JARRILLO DE VINO

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino, cuando comíamos, y yo muy de presto lo asía y daba un par de besos callados y tornábalo a su lugar. Mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta y, por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió, y desde en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas y tapábalo con la mano, y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él, y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor de ella, luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se

perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada, espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

-No diréis, tío, que os lo bebo yo -decía-, pues no lo quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente, y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido. Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía. Estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licor, sintió el desesperado ciego que ahora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

LA CABEZA DE TORO

Salimos de Salamanca y, llegando al puente, está a la entrada de él un animal de piedra que casi tiene forma de toro, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal y, allí puesto, me dijo:

-Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro de él.

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza junto a la piedra, afirmó recio la mano, diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

-Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Parecióme que, en aquel instante, desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: “Verdad dice este, que me cumple avivar el ojo y avisar, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer”.

Lazarillo de Tormes

ESTA NOCHE EN SAMARKANDA

(cuento Persa)

Farid al-Din 'Attar

Una mañana, el califa de una gran ciudad vio que su primer visir se presentaba ante él en un estado de gran agitación. Le preguntó por la razón de aquella aparente inquietud y el visir le dijo:

-Te lo suplico, deja que me vaya de la ciudad hoy mismo.

-¿Por qué?

-Esta mañana, al cruzar la plaza para venir a palacio, he notado un golpe en el hombro. Me he vuelto y he visto a la muerte mirándome fijamente.

-¿La muerte?

-Sí, la muerte. La he reconocido, toda vestida de negro con un chal rojo. Allí estaba, y me miraba para asustarme. Porque me busca, estoy seguro. Deja que me vaya de la ciudad ahora mismo. Cogeré mi mejor caballo y esta noche puedo llegar a Samarkanda.

-¿De verdad que era la muerte? ¿Estás seguro?

-Totalmente. La he visto como te veo a ti. Estoy seguro de que eres tú y estoy seguro de que era ella. Deja que me vaya, te lo ruego.

El califa, que sentía un gran afecto por su visir, lo dejó partir. El hombre regresó a su morada, ensilló el mejor de sus caballos y, en dirección a Samarkanda, atravesó al galope una de las puertas de la ciudad.

Un instante más tarde el califa, a quien atormentaba un pensamiento secreto, decidió disfrazarse, como hacía a veces, y salir de su palacio. Solo, fue hasta la gran plaza, rodeado por los ruidos del mercado, buscó a la muerte con la mirada y la vio, la reconoció. El visir no se había equivocado lo más mínimo. Ciertamente era la muerte, alta y delgada, vestida de negro, el rostro medio cubierto por un chal rojo de algodón. Iba por el mercado de grupo en grupo sin que nadie se fijase en ella, rozando con el dedo el hombro de un hombre que preparaba su puesto, tocando el brazo de una mujer cargada de menta, esquivando a un niño que corría hacia ella.

El califa se dirigió hacia la muerte. Ésta, a pesar del disfraz, lo reconoció al instante y se inclinó en señal de respeto.

-Tengo que hacerte una pregunta -le dijo el califa en voz baja.

-Te escucho.

-Mi primer visir es todavía un hombre joven, saludable, eficaz y probablemente honrado. Entonces, ¿por qué esta mañana cuando él venía a palacio, lo has tocado y asustado? ¿Por qué lo has mirado con aire amenazante?

La muerte pareció ligeramente sorprendida y contestó al califa:

-No quería asustarlo. No lo he mirado con aire amenazante. Sencillamente, cuando por casualidad hemos chocado y lo he reconocido, no he podido ocultar mi sorpresa, que él ha debido tomar como una amenaza.

-¿Por qué sorpresa? -preguntó el califa.

-Porque -contestó la muerte- no esperaba verlo aquí. Tengo una cita con él esta noche en Samarkanda.

PATÁN D LS MNS

Ocpemos sus ofcnas. Les squstraremos. Traermos nstros bcadillos y ntra mantqulla y drmmremos en el slo.

Alfred Bester, The Computer Connection

Hba una vz n ptito qu n sbía nadr bn. Smpre qudaba rzgado. Mm pta n sbía qu hcr cn 1. Hsta qu s cnsó y 1 abndnó. L ptito fu tnces adptdo pr n csne, pr no fncó. Tmbién 1 bndnó. La scidad prtetra de anmls lo entró lgo a una mna, qu s bía apdado del. ¡Y ahsí! El ptito apndió ensgda a trpr y andar pr ls rmas. Anqu a vces s caía, prque ss als n eran my prnsiles. Pr al fnal se cnvrtió en ¡Patán d ls mns! Un sctr llmado Dgar Re Brrgs quso scribr s bgrfía. A tles efcts alqulron na ofcna en Mnhttn, y trbjban dcéis hrs pr día. Patán hblba y Brrgs scribía a mquna. Cndo l bgrfía estvo lsta la llvron a una editrl. No gstó. La llvarn a otr. Tmpc fncó. Ndie la quería. Trtarn tnces de adptrla a cmic, pr tmbién frcsron. Hst qu un prdctor de cine se intrsó n la hstria. Se flmó. Se dstrbuyó. Se exhibió. Pr ndie ib a vrla. Fun fsco. Patán tnces senjó cn Brrgs.

—¿Pr qu mrda m heste hblar tnto? —le grtó.

—Bn, yo cr qu... —s dscipó 1 scritr.

—Yo stba lo ms bn, en lslva, en ls rmas.

—¿Qrs qu t Llve d vlta?

—N, grcs, prfro cminar —dj el pt, y empzó a andr, pro cmo él estba cstumbrdo a clgrse d ls rmas en la jngla, n pdo cmnar bn, y a cda pso qu dba, sus esfntres se rljban, y se cgaba.

Leo Masliah

TEMA PARA UN TAPIZ

El general tiene sólo ochenta hombres, y el enemigo cinco mil. En su tienda el general blasfema y llora. Entonces escribe una proclama inspirada, que palomas mensajeras derraman sobre el campamento enemigo. Doscientos infantes se pasan al general. Sigue una escaramuza que el general gana fácilmente, y dos regimientos se pasan a su bando. Tres días después el enemigo tiene sólo ochenta hombres y el general cinco mil. Entonces el general escribe otra proclama, y setenta y nueve hombres se pasan a su bando. Sólo queda un enemigo, rodeado por el ejército del general que espera en silencio. Transcurre la noche y el enemigo no se ha pasado a su bando. El general blasfema y llora en su tienda. Al alba el enemigo desenvaina lentamente la espada y avanza hacia la tienda del general. Entra y lo mira. El ejército del general se desbanda. Sale el sol.

HISTORIA VERÍDICA

A un señor se le caen al suelo los anteojos, que hacen un ruido terrible al chocar con las baldosas. El señor se agacha afligidísimo porque los cristales de anteojos cuestan muy caro, pero descubre con asombro que por milagro no se le han roto.

Ahora este señor se siente profundamente agradecido, y comprende que lo ocurrido vale por una advertencia amistosa, de modo que se encamina a una casa de óptica y adquiere en seguida un estuche de cuero almohadillado doble protección, a fin de curarse en salud. Una hora más tarde se le cae el estuche, y al agacharse sin mayor inquietud descubre que los anteojos se han hecho polvo. A este señor le lleva un rato comprender que los designios de la Providencia son inescrutables, y que en realidad el milagro ha ocurrido ahora.

CONTINUIDAD DE LOS PARQUES

Había empezado a leer la novela unos días antes. La abandonó por negocios urgentes, volvió a abrirla cuando regresaba en tren a la finca; se dejaba interesar lentamente por la trama, por el dibujo de los personajes. Esa tarde, después de escribir una carta a su apoderado y discutir con el mayordomo una cuestión de aparcerías, volvió al libro en la tranquilidad del estudio que miraba hacia el parque de los robles. Arrellanado en su sillón favorito, de espaldas a la puerta que lo hubiera molestado como una irritante posibilidad de intrusiones, dejó que su mano izquierda acariciara una y otra vez el terciopelo verde y se puso a leer los últimos capítulos. Su memoria retenía sin esfuerzo los nombres y las imágenes de los protagonistas; la ilusión novelesca lo ganó casi en seguida. Gozaba del placer casi perverso de irse desgajando línea a línea de lo que lo rodeaba, y sentir a la vez que su cabeza descansaba cómodamente en el terciopelo del alto respaldo, que los cigarrillos seguían al alcance de la mano, que más allá de los ventanales danzaba el aire del atardecer bajo los robles. Palabra a palabra, absorbido por la sórdida disyuntiva de los héroes, dejándose ir hacia las imágenes que se concertaban y adquirían color y movimiento, fue testigo del último encuentro en la cabaña del monte. Primero entraba la mujer, recelosa; ahora llegaba el amante, lastimada la cara por el chicotazo de una rama. Admirablemente restañaba ella la sangre con sus besos, pero él rechazaba las caricias, no había venido para repetir las ceremonias de una pasión secreta, protegida por un mundo de hojas secas y senderos furtivos. El puñal se entibiaba contra su pecho, y debajo latía la libertad agazapada. Un diálogo anhelante corría por las páginas como un arroyo de serpientes, y se sentía que todo está decidido desde siempre. Hasta esas caricias que enredaban el cuerpo del

amante como queriendo retenerlo y disuadirlo dibujaban abominablemente la figura de otro cuerpo que era necesario destruir. Nada había sido olvidado: coartadas, azares, posibles errores. A partir de esa hora cada instante tenía su empleo minuciosamente atribuido. El doble repaso despiadado se interrumpía apenas para que una mano acariciara una mejilla. Empezaba a anochecer.

Sin mirarse ya, atados rígidamente a la tarea que los esperaba, se separaron en la puerta de la cabaña. Ella debía seguir por la senda que iba al norte. Desde la senda opuesta él se volvió un instante para verla correr con el pelo suelto. Corrió a su vez, parapetándose en los árboles y los setos, hasta distinguir en la bruma malva del crepúsculo la alameda que llevaba a la casa. Los perros no debían ladrar, y no ladraron. El mayordomo no estaría a esa hora, y no estaba. Subió los tres peldaños del porche y entró. Desde la sangre galopando en sus oídos le llegaban las palabras de la mujer: primero una sala azul, después una galería, una escalera alfombrada. En lo alto, dos puertas. Nadie en la primera habitación, nadie en la segunda. La puerta del salón, y entonces el puñal en la mano, la luz de los ventanales, el alto respaldo de un sillón de terciopelo verde, la cabeza del hombre en el sillón leyendo una novela.

Julio Cortázar

LO QUE SUCEDIO A UNA ZORRA CON UN CUERVO QUE TENÍA UN PEDAZO DE QUESO EN EL PICO

Hablando otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, díjole así:

-Patronio, un hombre que se dice amigo mío me empezó a elogiar mucho, dándome a entender que yo tenía mucho mérito y mucho poder. Cuando me hubo halagado de esta manera todo lo que pudo, me propuso una cosa que a mí me parece que me conviene.

Entonces el conde le contó a Patronio lo que su amigo le proponía, que, aunque a primera vista se dijera provechoso, ocultaba un engaño, del que Patronio se apercibió. Por lo cual dijo al conde:

-Señor conde Lucanor, sabed que este hombre os quiere engañar, dándoos a entender que vuestros méritos y vuestro poder son mayores que en la realidad. Para que os podáis guardar del engaño que quiere haceros, me gustaría que supierais lo que sucedió al cuervo con la zorra.

El conde le preguntó qué le había sucedido.

-Señor conde -dijo Patronio-, el cuervo encontró una vez un pedazo muy grande de queso y se subió a un árbol para comer el queso más a gusto y sin que nadie le molestara. Estando así el cuervo pasó la zorra y, cuando vio el queso, empezó a pensar en la manera de poder quitárselo. Con este objeto dijo lo siguiente:

-Don Cuervo, hace ya mucho tiempo que he oído hablar de vuestras perfecciones y de vuestra hermosura. Aun que mucho os busqué, por voluntad de Dios o por desdicha mía, no os vi hasta ahora, que hallo que sois muy superior a lo que me decían. Para que veáis que no me propongo lisonjearos os diré, junto con lo que las gentes en vos alaban, aquellos defectos que os atribuyen. Todo el mundo dice que como el color de vuestras plumas, ojos, pico, patas y garras es negro, y este color no es tan bonito como otros colores, el ser todo negro os hace muy feo, sin darse cuenta de que se equivocan, pues aunque es verdad que vuestras plumas son negras, su negrura es tan brillante que tiene reflejos azules, como las plumas del pavo real, que es el ave más hermosa del mundo, y, aunque vuestros ojos son negros, el color negro es para los ojos mucho más hermoso que ningún otro, pues la propiedad de los ojos es ver, y como el negro hace ver mejor, los ojos negros son los mejores, por lo cual los ojos de la gacela, que son más oscuros que los de los otros animales, son muy alabados. Además, vuestro pico y vuestras garras son mucho más fuertes que los de

ninguna otra ave de vuestro tamaño. También tenéis, al volar, tan gran ligereza, que podéis ir contra el viento, por recio que sea, lo que ninguna otra puede hacer tan fácilmente como vos. Fuera de esto estoy convencida de que, pues en todo sois tan acabado y Dios no deja nada imperfecto, no os habrá negado el don de cantar mucho mejor que ningún otro pájaro. Pero, pues Dios me hizo la merced de que os viese, y contemplo en vos más perfecciones de las que oí, toda mi vida me tendría por dichosa si os oyese cantar.

Fijaos bien, señor conde, que aunque la intención de la zorra era engañar al cuervo, lo que dijo fue siempre verdad. Desconfiad de la verdad engañosa, que es madre de los peores engaños y perjuicios que pueden venirnos.

Cuando el cuervo vio de qué manera le alababa la zorra y cómo le decía la verdad, creyó que en todas las cosas se la diría y la tuvo por amiga, sin sospechar que esto lo hacía por quitarle el queso que tenía en el pico. Conmovido, pues, por sus elogios y por sus ruegos para que cantara, abrió el pico, con lo que cayó el queso en tierra. Cogiolo la zorra y huyó con él. De esta manera engañó al cuervo, haciéndole creer que era muy hermoso y que tenía más perfecciones de lo que era verdad.

Vos, señor conde Lucanor, pues veis que, aunque Dios os hizo merced en todo, ese hombre os quiere persuadir de que tenéis mucho más mérito y más poder, convenceos que lo hace para engañaros. Guardaos bien de él, que, haciéndolo, obraréis como hombre prudente.

Al conde agradó mucho lo que Patronio le dijo e hízolo así, y de esta manera evitó muchos daños. Como don Juan comprendió que este cuento era bueno, hízolo poner en este libro y escribió unos versos en que se expone abreviadamente su moraleja y que dicen así:

*Quien te alaba lo que tú no tienes,
Cuida que no te quite lo que tienes.*

LO QUE LE ACONTECIÓ A UNA MUJER LLAMADA DOÑA TRUHANA

Otra vez hablaba el conde Lucanor con Patronio de esta manera:

-Patronio, un hombre me propuso un negocio y me explicó que podría ser muy ventajoso. Y tanto provecho veo en él que, si Dios quiere que salga como él me dijo, obtendría muchos beneficios: pues tantas ganancias se derivan unas de otras, que al final son enormes.

Y le contó a Patronio todo el proceso. Cuando Patronio lo hubo entendido, respondió así al conde:

-Señor conde Lucanor, siempre oí decir que era sensato atenerse a ¡s cosas ciertas y no a las ilusiones, pues, muchas veces, a los que se tienen a estas últimas les sucede lo que le sucedió a doña Truhana.

Y el conde le preguntó por ello.

-Señor conde -dijo Patronio-, había una mujer llamada doña Truhana, más pobre que rica. Un día iba al mercado con una olla de miel en la cabeza. Y yendo por el camino empezó a pensar que vendería aquella olla de miel y que compraría una partida de huevos; de aquellos huevos nacerían gallinas y después las vendería; con el dinero obtenido, compraría ovejas, y así, comprando siempre con las ganancias que obtendría, ya se veía más rica que todas sus vecinas.

Así con la riqueza que ella creía tener, pensó en casar muy bien sus hijos e hijas y que ella iría por la calle bien rodeada de yernos y nueras y cómo todos hablarían de cómo había llegado a tanta ventura tan pobre como había sido.

Y pensando en esto, comenzó a reír con el gran placer que le producía su buena suerte, y al reír, se golpeó con la mano en la frente y la olla de la miel cayó a tierra y se rompió. Cuando vio la olla rota comenzó a lamentarse pensando que había perdido todo lo que pensaba que tendría si la olla no se le hubiese roto. Así, por poner su pensamiento en cosas ilusorias, no se cumplió nada de lo que pensaba.

Y vos, señor conde, si queréis que lo que os digan y lo que vos pensáis sea seguro, creed siempre en las cosas ciertas y reales y no en las dudosas o inseguras. Y si queréis probar, procurad no arriesgar nada confiando en obtener un provecho de algo que no es seguro.

Al conde le agradó mucho lo que le dijo Patronio, siguió su consejo y le fue muy bien.

Y como a don Juan le satisfizo mucho este ejemplo, hízolo poner en este libro y compuso estos versos:

*En las cosas seguras pensad
y las ilusiones vanas olvidad.*

Infante don Juan Manuel

LOS DOS REYES Y LOS DOS LABERINTOS

Cuentan los hombres dignos de fe (pero Alá sabe más) que en los primeros días hubo un rey de las islas de Babilonia que congregó a sus arquitectos y magos y les mandó construir un laberinto tan perplejo y sutil que los varones más prudentes no se aventuraban a entrar, y los que entraban se perdían. Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres. Con el andar del tiempo vino a su corte un rey de los árabes, y el rey de Babilonia (para hacer burla de la simplicidad de su huésped) lo hizo penetrar en el laberinto, donde vagó afrentado y confundido hasta la declinación de la tarde. Entonces imploró socorro divino y dio con la puerta. Sus labios no profirieron queja ninguna, pero le dijo al rey de Babilonia que él en Arabia tenía otro laberinto y que, si Dios era servido, se lo daría a conocer algún día. Luego regresó a Arabia, juntó sus capitanes y sus alcaides y estragó los reinos de Babilonia con tan venturosa fortuna que derribó sus castillos, rompió sus gentes e hizo cautivo al mismo rey. Lo amarró encima de un camello veloz y lo llevó al desierto. Cabalgaron tres días, y le dijo: "¡Oh, rey del tiempo y sustancia y cifra del siglo!, en Babilonia me quisiste perder en un laberinto de bronce con muchas escaleras, puertas y muros; ahora el Poderoso ha tenido a bien que te muestre el mío, donde no hay escaleras que subir, ni puertas que forzar, ni fatigosas galerías que recorrer, ni muros que te vedan el paso".

Luego le desató las ligaduras y lo abandonó en mitad del desierto, donde murió de hambre y de sed. La gloria sea con Aquel que no muere.

Jorge Luis Borges

TOM SAWYER, PINTOR DE VALLAS

Ben le miró fijamente un momento y dijo:

—¡Ji, ji! ¿Te han hecho polvo, eh?

No hubo contestación.

Tom examinó su último toque con la mirada de un artista, luego dio otro suave brochazo sobre la valla y se detuvo a contemplar el resultado. Ben se le acercó interesado. A Tom se le hacía la boca agua viendo la manzana que Ben llevaba en su mano, pero continuó con su trabajo.

En ese momento, dijo Ben:

—Hola, viejo amigo, así que hoy te ha tocado trabajar, ¿eh?

Tom giró la cabeza súbitamente y dijo:

—¡Ah, eres tú, Ben! No me había dado cuenta de que estabas aquí.

—Oye, yo me voy a nadar, ¿no te gustaría venirte a nadar conmigo? Aunque, bien pensado, a lo mejor prefieres quedarte aquí trabajando, ¿no? ¡Seguro que lo prefieres!

Tom contempló al muchacho durante un instante y dijo:

—¿A qué llamas tú trabajar?

—¿Cómo? ¿Lo que estás haciendo no es trabajar?

Tom reemprendió su tarea de pintar y contestó despreocupadamente:

—Bueno, tal vez sí o tal vez no, lo único que sé es que a Tom Sawyer, que soy yo, le gusta hacer esto.

—Venga, vamos, ¿me vas a decir ahora que te gusta pintar!

La brocha continuaba moviéndose.

—¿Gustarme? No veo por qué no habría de gustarme. ¿Acaso tiene un muchacho como yo todos los días la oportunidad de pintar una valla como esta?

Estas palabras iluminaron la escena con una luz nueva. Ben dejó de mordisquear su manzana.

Tom deslizaba con elegancia la brocha de atrás hacia delante, se retiraba para observar el efecto, añadía un toque aquí, otro toque allá, y volvía a examinar el efecto de sus brochazos.

Ben observaba cada movimiento y estaba cada vez más interesado en lo que veía, cada vez más absorto. De repente dijo:

—Oye, Tom, déjame pintar un poquito, anda.

Tom se lo pensó un instante. Estaba a punto de consentir; pero cambió por fin de opinión:

—No, no; creo que pintar esta valla es demasiado difícil para ti. Mra, tía Polly le tiene un cariño especial a esta valla porque está justamente en la parte delantera de la casa, ¿sabes? La verdad es que si fuese la valla trasera, no me importaría dejarte pintar, ni a ella tampoco le importaría que pintases; lo que pasa es que mi tía Polly cuida mucho de su valla, se tiene que pintar con muchísimo cuidado; creo que hay un muchacho entre mil, o quizás entre dos mil, que pueda pintarla de la manera en que ha de hacerse para que quede perfecta.

—¡No! ¿Seguro?

—Seguro.

—¡Venga! Déjame probar, aunque solo sea un poquito. Yo te dejaría a ti, si estuviera en tu lugar, Tom, amigo.

—Ben, ya me gustaría a mí dejarte..., te lo aseguro; lo que pasa es que tía Polly...

Fíjate, Jim quería pintar esta valla, pero ella no le dejó. ¿No te das cuenta de que me pones en un aprieto si me pides que te deje pintar? ¿Y si te pones a pintar y pasa algo?

—¡Narices! Pondré todo el cuidado del mundo. Venga, déjame que pruebe ahora. Si me dejas te daré el corazón de mi manzana.

—Bueno, está bien, pinta un poquito aquí... No, Ben, mejor todavía no. Tengo miedo de que no sepas...

—¡Te daré la manzana entera!

Tom le entregó la brocha con cara de no estar muy convencido, pero con toda la alegría de su corazón.

Mark Twain

LOS CLAVOS

Esta es la historia de un niño y su padre. La familia vivía en una hermosa casa que el padre había construido con sus propias manos cuando se casó. Siempre habían vivido felices en ella.

Pero desde hacía un tiempo, sin explicación aparente, el carácter del niño se había ido agriando hasta hacerse insoportable. El niño tomaba cualquier contratiempo por una trampa perpetrada por algún enemigo, casi siempre la persona más cercana. Si alguien contravenía su parecer o sus deseos, reaccionaba con extrema violencia, perdiendo los estribos y llegando a los insultos, incluso a los golpes.

Ambos padres, de acuerdo, lo habían intentado todo: el diálogo, las reprimendas, los castigos. Nada surtía efecto al igual que nada podía explicar aquel cambio tan oscuro. Simplemente, parecía que al chico se le había metido el diablo en el cuerpo y no había nada capaz de sacárselo.

Un día que el padre se encontraba solo, reflexionando, después de mucho cavilar, pareció encontrar una posible solución. Pero esta solución exigía un plan bien trazado, así como buenas dosis de firmeza, de paciencia y de cariño.

Lo primero que hizo fue esperar uno de los escasos y breves períodos en que su hijo permanecía en calma y se mostraba receptivo hacia los demás. Aprovechando este momento, tomó a su hijo de la mano y lo llevó a su habitación, habiéndose provisionado antes de un martillo y de una buena carga de clavos, gruesos, largos, fuertes y con cabeza.

Tras entrar con el muchacho en la habitación, cerró la puerta, una puerta magnífica, maciza, de madera de roble, que el padre había hecho con sus propias manos. Puso al niño frente a la puerta y abordó el asunto sin ambages:

- Hijo, los dos sabemos que desde hace un tiempo reaccionas de una manera muy agresiva ante las correcciones o los conflictos con los demás. Yo no sé el porqué; lo que sí sé es que esta manera de conducirte no puede hacerte feliz. Piénsalo y decide si harás lo que ahora te propongo. Cada vez que sientas uno de esos impulsos agresivos, trata de contenerte tan sólo por un momento, escapa de la situación, corre, ven a este lugar, y clava uno de estos clavos en la puerta. El día que consigas no tener que clavar ninguno, ven, y hablaremos.

En principio, el niño no hizo caso de la recomendación de su padre. Pero aquellas palabras le habían calado más hondo de lo que él creía: Realmente no era feliz, se sentía solo y siempre enfadado, desconfiando de todos.

Así que un día decidió probar suerte con el método de su padre. Vino el momento, uno de tantos, y el calor de la ira le fue subiendo hasta la cabeza como otras veces. Pero recordó las palabras de su padre y sin contemplaciones escapó corriendo, corriendo llegó a su casa, sin hablar con nadie se encerró en su habitación y lleno aún de furia contenida sacó los clavos y el martillo y atropellándose, golpeándose a cada instante los dedos y maldiciendo, logró clavar un clavo. Al terminar, sintió una gran sensación de alivio y notó como toda su ira se había desvanecido.

Tras esta primera experiencia, el muchacho repitió el método de su padre una y otra vez. Los primeros días los pasó casi enteros clavando clavos. Pero con el tiempo fue consiguiendo dominar sus impulsos, no sin un gran esfuerzo. Por fin el esperado día llegó. La noche había caído y el niño no había tenido que acudir ni una sola vez a clavar un clavo en la puerta de su cuarto.

Lleno de alegría, corrió a buscar a su padre, para darle la noticia. Éste dejó hablar a su hijo, y cuando el chico hubo terminado, volvió a tomarlo de la mano como la otra vez, y como la otra vez lo condujo a su habitación, cerrando la puerta tras de ambos y encarándose con ella. El espectáculo era impresionante. Dijérase que cientos de clavos, casi miles, cubrían lo que un día había sido una tabla magnífica de roble, que ya apenas se distinguía bajo las innumerables cabezas que se apiñaban, sin espacio alguno, unas junto a otras, unas sobre otras.

-Has aprendido a usar la parte del martillo que mete los clavos. Ahora debes aprender a usar la otra parte, la que los saca. Cuando hayas sacado todos los clavos que cubren la puerta, ven, y hablaremos.

Su padre había pronunciado esas palabras serenamente y había salido de la habitación dejándolo solo. El chiquillo se desmoronó sobre el suelo mirando fijamente a la puerta. La tarea que tenía por delante le pareció imposible de realizar. Los clavos que había metido hasta el final con tanto esfuerzo, ¿cómo podría sacarlos ahora?

Pero tras estos momentos de debilidad y de vacilación, comprendió que su padre no había empezado todo esto para nada, y decidió que no podía abandonar tras haber hecho un esfuerzo tan grande. Había que llegar hasta el final.

Tomó el martillo en su mano y la emprendió con el primero de los clavos; pero la cabeza estaba incrustada en la madera y la parte trasera del martillo resultaba inútil. Después de desesperarse, reflexionó un rato buscando un método, y por fin recordó un refrán que había oído: “Un clavo saca otro clavo”. Ahora sí, usando otro clavo para holgar el agujero, pudo sacar el que estaba dentro de la madera.

Con este impulso, se sintió más fuerte, y comenzó a sacar los clavos sin descanso. Sólo cuando la el hambre o la fatiga le vencían, consentía en parar para comer o dormir un poco, volviendo al trabajo tras la breve interrupción con ánimos renovados.

Así fue viendo como la puerta se iba viendo libre de los clavos que la cubrían, que dejaban un hoyo en el espacio que habían ocupado. De nuevo tras mucho esfuerzo, concluyó su tarea y corrió a buscar a su padre.

Este volvió a tomarlo de la mano por tercera vez, y por tercera vez lo llevó ante la puerta de su habitación. Otra vez el espectáculo era digno de verse. Lo que había sido una magnífica puerta maciza de roble era ahora una vieja tabla llena de agujeros de los que se desprendía las astillas, estaba prácticamente destrozada.

- Cada vez que hieres a alguien, si le miras con odio, si le insultas o si le pegas, le causas dolor y humillación. Es como si clavases un clavo en su corazón. Puedes después arrepentirte, acercarte y pedir perdón. Y puede que esa persona te perdone. Así sacarás el clavo que clavaste. Pero ese clavo de dolor habrá dejado allí

una marca imborrable, para siempre habrá dejado una horrible cicatriz en ese corazón que antes era tan hermoso y que nunca volverá a ser el mismo.

Al escuchar estas palabras pronunciadas por su padre y con la vista puesta en la puerta, llena de infinitos pequeños agujeros, el muchacho comprendió, y al comprender, sin saber cómo ocultó su rostro y comenzó a llorar. Las lágrimas caían de entre sus dedos y los sollozos se ahogaban entre sus manos. Entonces, su padre lo tomó, lo apretó contra su pecho y le dio un abrazo de amor.

Autor anónimo, versión de Álvaro Cid

LA PATA DE MONO (The Monkey's Paw)

Por
W.W. Jacobs

I

La noche era fría y húmeda, pero en la pequeña sala de Laburnum Villa los postigos estaban cerrados y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez. El primero tenía ideas personales sobre el juego y ponía al rey en tan desesperados e inútiles peligros que provocaba el comentario de la vieja señora que tejía plácidamente junto a la chimenea.

-Oigan el viento -dijo el señor White; había cometido un error fatal y trataba de que su hijo no lo advirtiera.

-Lo oigo -dijo éste moviendo implacablemente la reina-. Jaque.

-No creo que venga esta noche -dijo el padre con la mano sobre el tablero.

-Mate -contestó el hijo.

-Esto es lo malo de vivir tan lejos -vociferó el señor White con imprevista y repentina violencia-. De todos los suburbios, este es el peor. El camino es un pantano. No se qué piensa la gente. Como hay sólo dos casas alquiladas, no les importa.

-No te aflijas, querido -dijo suavemente su mujer-, ganarás la próxima vez.

El señor White alzó la vista y sorprendió una mirada de complicidad entre madre e hijo. Las palabras murieron en sus labios y disimuló un gesto de fastidio.

-Ahí viene -dijo Herbert White al oír el golpe del portón y unos pasos que se acercaban. Su padre se levantó con apresurada hospitalidad y abrió la puerta; le oyeron condolerse con el recién venido.

Luego, entraron. El forastero era un hombre fornido, con los ojos salientes y la cara rojiza.

-El sargento mayor Morris -dijo el señor White, presentándolo. El sargento les dio la mano, aceptó la silla que le ofrecieron y observó con satisfacción que el dueño de casa traía whisky y unos vasos y ponía una pequeña pava de cobre sobre el fuego.

Al tercer vaso, le brillaron los ojos y empezó a hablar. La familia miraba con interés a ese forastero que hablaba de guerras, de epidemias y de pueblos extraños.

-Hace veintiún años -dijo el señor White sonriendo a su mujer y a su hijo-. Cuando se fue era apenas un muchacho. Mírenlo ahora.

-No parece haberle sentado tan mal -dijo la señora White amablemente.

-Me gustaría ir a la India -dijo el señor White-. Sólo para dar un vistazo.

-Mejor quedarse aquí -replicó el sargento moviendo la cabeza. Dejó el vaso y, suspirando levemente, volvió a sacudir la cabeza.

-Me gustaría ver los viejos templos y faquires y malabaristas -dijo el señor White-.
¿Qué fue, Morris, lo que usted empezó a contarme los otros días, de una pata de mono o algo por el estilo?

-Nada -contestó el soldado apresuradamente-. Nada que valga la pena oír.

-¿Una pata de mono? -preguntó la señora White.

-Bueno, es lo que se llama magia, tal vez -dijo con desgana el militar.

Sus tres interlocutores lo miraron con avidez. Distraídamente, el forastero llevó la copa vacía a los labios: volvió a dejarla. El dueño de casa la llenó.

-A primera vista, es una patita momificada que no tiene nada de particular -dijo el sargento mostrando algo que sacó del bolsillo.

La señora retrocedió, con una mueca. El hijo tomó la pata de mono y la examinó atentamente.

-¿Y qué tiene de extraordinario? -preguntó el señor White quitándosela a su hijo, para mirarla.

-Un viejo faquir le dio poderes mágicos -dijo el sargento mayor-. Un hombre muy santo... Quería demostrar que el destino gobierna la vida de los hombres y que nadie puede oponérsele impunemente. Le dio este poder: Tres hombres pueden pedirle tres deseos.

Habló tan seriamente que los otros sintieron que sus risas desentonaban.

-Y usted, ¿por qué no pide las tres cosas? -preguntó Herbert White.

El sargento lo miró con tolerancia.

-Las he pedido -dijo, y su rostro curtido palideció.

-¿Realmente se cumplieron los tres deseos? -preguntó la señora White.

-Se cumplieron -dijo el sargento.

-¿Y nadie más pidió? -insistió la señora.

-Sí, un hombre. No sé cuáles fueron las dos primeras cosas que pidió; la tercera fue la muerte. Por eso entré en posesión de la pata de mono.

Habló con tanta gravedad que produjo silencio.

-Morris, si obtuvo sus tres deseos, ya no le sirve el talismán -dijo, finalmente, el señor

White-. ¿Para qué lo guarda?

El sargento sacudió la cabeza:

-Probablemente he tenido, alguna vez, la idea de venderlo; pero creo que no lo haré. Ya ha causado bastantes desgracias. Además, la gente no quiere comprarlo. Algunos sospechan que es un cuento de hadas; otros quieren probarlo primero y pagarme después.

-Y si a usted le concedieran tres deseos más -dijo el señor White-, ¿los pediría?

-No sé -contestó el otro-. No sé.

Tomó la pata de mono, la agitó entre el pulgar y el índice y la tiró al fuego. White la recogió.

-Mejor que se quemé -dijo con solemnidad el sargento.

-Si usted no la quiere, Morris, démela.

-No quiero -respondió terminantemente-. La tiré al fuego; si la guarda, no me eche la culpa de lo que pueda suceder. Sea razonable, tírela.

El otro sacudió la cabeza y examinó su nueva adquisición. Preguntó:

-¿Cómo se hace?

-Hay que tenerla en la mano derecha y pedir los deseos en voz alta. Pero le prevengo que debe temer las consecuencias.

-Parece de Las mil y una noches -dijo la señora White. Se levantó a preparar la mesa-. ¿No le parece que podrían pedir para mí otro par de manos?

El señor White sacó del bolsillo el talismán; los tres se rieron al ver la expresión de alarma del sargento.

-Si está resuelto a pedir algo -dijo agarrando el brazo de White- pida algo razonable.

El señor White guardó en el bolsillo la pata de mono. Invitó a Morris a sentarse a la mesa. Durante la comida el talismán fue, en cierto modo, olvidado. Atraídos, escucharon nuevos relatos de la vida del sargento en la India.

-Si en el cuento de la pata de mono hay tanta verdad como en los otros -dijo Herbert cuando el forastero cerró la puerta y se alejó con prisa, para alcanzar el último tren-, no conseguiremos gran cosa.

-¿Le diste algo? -preguntó la señora mirando atentamente a su marido.

-Una bagatela -contestó el señor White, ruborizándose levemente-. No quería aceptarlo, pero lo obligué. Insistió en que tirara el talismán.

-Sin duda -dijo Herbert, con fingido horror-, seremos felices, ricos y famosos. Para

empezar tienes que pedir un imperio, así no estarás dominado por tu mujer.

El señor White sacó del bolsillo el talismán y lo examinó con perplejidad.

-No se me ocurre nada para pedirle -dijo con lentitud-. Me parece que tengo todo lo que deseo.

-Si pagaras la hipoteca de la casa serías feliz, ¿no es cierto? -dijo Herbert poniéndole la mano sobre el hombro-. Bastará con que pidas doscientas libras.

El padre sonrió avergonzado de su propia credulidad y levantó el talismán; Herbert puso una cara solemne, hizo un guiño a su madre y tocó en el piano unos acordes graves.

-Quiero doscientas libras -pronunció el señor White.

Un gran estrépito del piano contestó a sus palabras. El señor White dio un grito. Su mujer y su hijo corrieron hacia él.

-Se movió -dijo, mirando con desagrado el objeto, y lo dejó caer-. Se retorció en mi mano como una víbora.

-Pero yo no veo el dinero -observó el hijo, recogiendo el talismán y poniéndolo sobre la mesa-. Apostaría que nunca lo veré.

-Habrá sido tu imaginación, querido -dijo la mujer, mirándolo ansiosamente.

Sacudió la cabeza.

-No importa. No ha sido nada. Pero me dio un susto.

Se sentaron junto al fuego y los dos hombres acabaron de fumar sus pipas. El viento era más fuerte que nunca. El señor White se sobresaltó cuando golpeó una puerta en los pisos altos. Un silencio inusitado y deprimente los envolvió hasta que se levantaron para ir a acostarse.

-Se me ocurre que encontrarás el dinero en una gran bolsa, en medio de la cama -dijo Herbert al darles las buenas noches-. Una aparición horrible, agazapada encima del ropero, te acechará cuando estés guardando tus bienes ilegítimos.

Ya solo, el señor White se sentó en la oscuridad y miró las brasas, y vio caras en ellas. La última era tan simiesca, tan horrible, que la miró con asombro; se rió, molesto, y buscó en la mesa su vaso de agua para echárselo encima y apagar la brasa; sin querer, tocó la pata de mono; se estremeció, limpió la mano en el abrigo y subió a su cuarto.

II

A la mañana siguiente, mientras tomaba el desayuno en la claridad del sol invernal, se rió de sus temores. En el cuarto había un ambiente de prosaica salud que faltaba la noche anterior; y esa pata de mono; arrugada y sucia, tirada sobre el aparador, no parecía terrible.

-Todos los viejos militares son iguales -dijo la señora White-. ¡Qué idea, la nuestra, escuchar esas tonterías! ¿Cómo puede creerse en talismanes en esta época? Y si consiguieras las doscientas libras, ¿qué mal podrían hacerte?

-Pueden caer de arriba y lastimarte la cabeza -dijo Herbert.

-Según Morris, las cosas ocurrían con tanta naturalidad que parecían coincidencias -dijo el padre.

-Bueno, no vayas a encontrarte con el dinero antes de mi vuelta -dijo Herbert, levantándose de la mesa-. No sea que te conviertas en un avaro y tengamos que repudiarte.

La madre se rió, lo acompañó hasta afuera y lo vio alejarse por el camino; de vuelta a la mesa del comedor, se burló de la credulidad del marido.

Sin embargo, cuando el cartero llamó a la puerta corrió a abrirla, y cuando vio que sólo traía la cuenta del sastre se refirió con cierto malhumor a los militares de costumbres intemperantes.

-Me parece que Herbert tendrá tema para sus bromas -dijo al sentarse.

-Sin duda -dijo el señor White-. Pero, a pesar de todo, la pata se movió en mi mano. Puedo jurarlo.

-Habrá sido en tu imaginación -dijo la señora suavemente.

-Afirmo que se movió. Yo no estaba sugestionado. Era... ¿Qué sucede?

Su mujer no le contestó. Observaba los misteriosos movimientos de un hombre que rondaba la casa y no se decidía a entrar. Notó que el hombre estaba bien vestido y que tenía una galera nueva y reluciente; pensó en las doscientas libras. El hombre se detuvo tres veces en el portón; por fin se decidió a llamar.

Apresuradamente, la señora White se quitó el delantal y lo escondió debajo del almohadón de la silla.

Hizo pasar al desconocido. Éste parecía incómodo. La miraba furtivamente, mientras ella le pedía disculpas por el desorden que había en el cuarto y por el guardapolvo del marido. La señora esperó cortésmente que les dijera el motivo de la visita; el desconocido estuvo un rato en silencio.

-Vengo de parte de Maw & Meggins -dijo por fin.

La señora White tuvo un sobresalto.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa? ¿Le ha sucedido algo a Herbert?

Su marido se interpuso.

-Espera, querida. No te adelantes a los acontecimientos. Supongo que usted no trae

malas noticias, señor.

Y lo miró patéticamente.

-Lo siento... -empezó el otro.

-¿Está herido? -preguntó, enloquecida, la madre.

El hombre asintió.

-Mal herido -dijo pausadamente-. Pero no sufre.

-Gracias a Dios -dijo la señora White, juntando las manos-. Gracias a Dios.

Bruscamente comprendió el sentido siniestro que había en la seguridad que le daban y vio la confirmación de sus temores en la cara significativa del hombre. Retuvo la respiración, miró a su marido que parecía tardar en comprender, y le tomó la mano temblorosamente. Hubo un largo silencio.

-Lo agarraron las máquinas -dijo en voz baja el visitante.

-Lo agarraron las máquinas -repitió el señor White, aturdido.

Se sentó, mirando fijamente por la ventana; tomó la mano de su mujer, la apretó en la suya, como en sus tiempos de enamorados.

-Era el único que nos quedaba -le dijo al visitante-. Es duro.

El otro se levantó y se acercó a la ventana.

-La compañía me ha encargado que le exprese sus condolencias por esta gran pérdida -dijo sin darse la vuelta-. Le ruego que comprenda que soy tan sólo un empleado y que obedezco las órdenes que me dieron.

No hubo respuesta. La cara de la señora White estaba lívida.

-Se me ha comisionado para declararles que Maw & Meggins niegan toda responsabilidad en el accidente -prosiguió el otro-. Pero en consideración a los servicios prestados por su hijo, le remiten una suma determinada.

El señor White soltó la mano de su mujer y, levantándose, miró con terror al visitante. Sus labios secos pronunciaron la palabra: ¿cuánto?

-Doscientas libras -fue la respuesta.

Sin oír el grito de su mujer, el señor White sonrió levemente, extendió los brazos, como un ciego, y se desplomó, desmayado.

En el cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, marido y mujer dieron sepultura a su muerto y volvieron a la casa transidos de sombra y de silencio.

Todo pasó tan pronto que al principio casi no lo entendieron y quedaron esperando alguna otra cosa que les aliviara el dolor. Pero los días pasaron y la expectativa se transformó en resignación, esa desesperada resignación de los viejos, que algunos llaman apatía. Pocas veces hablaban, porque no tenían nada que decirse; sus días eran interminables hasta el cansancio.

Una semana después, el señor White, despertándose bruscamente en la noche, estiró la mano y se encontró solo.

El cuarto estaba a oscuras; oyó cerca de la ventana, un llanto contenido. Se incorporó en la cama para escuchar.

-Vuelve a acostarte -dijo tiernamente-. Vas a coger frío.

-Mi hijo tiene más frío -dijo la señora White y volvió a llorar.

Los sollozos se desvanecieron en los oídos del señor White. La cama estaba tibia, y sus ojos pesados de sueño. Un despavorido grito de su mujer lo despertó.

-La pata de mono -gritaba desatinadamente-, la pata de mono.

El señor White se incorporó alarmado.

-¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué sucede?

Ella se acercó:

-La quiero. ¿No la has destruido?

-Está en la sala, sobre la repisa -contestó asombrado-. ¿Por qué la quieres?

Llorando y riendo se inclinó para besarlo, y le dijo histéricamente:

-Sólo ahora he pensado... ¿Por qué no he pensado antes? ¿Por qué tú no pensaste?

-¿Pensaste en qué? -preguntó.

-En los otros dos deseos -respondió en seguida-. Sólo hemos pedido uno.

-¿No fue bastante?

-No -gritó ella triunfalmente-. Le pediremos otro más. Búscala pronto y pide que nuestro hijo vuelva a la vida.

El hombre se sentó en la cama, temblando.

-Dios mío, estás loca.

-Búscala pronto y pide -le balbuceó-; ¡mi hijo, mi hijo!

El hombre encendió la vela.

-Vuelve a acostarte. No sabes lo que estás diciendo.

-Nuestro primer deseo se cumplió. ¿Por qué no hemos de pedir el segundo?

-Fue una coincidencia.

-Búscala y desea -gritó con exaltación la mujer.

El marido se volvió y la miró:

-Hace diez días que está muerto y además, no quiero decirte otra cosa, lo reconocí por el traje. Si ya entonces era demasiado horrible para que lo vieras...

-¡Tráemelo! -gritó la mujer arrastrándolo hacia la puerta-. ¿Crees que temo al niño que he criado?

El señor White bajó en la oscuridad, entró en la sala y se acercó a la repisa.

El talismán estaba en su lugar. Tuvo miedo de que el deseo todavía no formulado trajera a su hijo hecho pedazos, antes de que él pudiera escaparse del cuarto.

Perdió la orientación. No encontraba la puerta. Tanteó alrededor de la mesa y a lo largo de la pared y de pronto se encontró en el zaguán, con el maligno objeto en la mano.

Cuando entró en el dormitorio, hasta la cara de su mujer le pareció cambiada. Estaba ansiosa y blanca y tenía algo sobrenatural. Le tuvo miedo.

-¡Pídelo! -gritó con violencia.

-Es absurdo y perverso -balbuceó.

-Pídelo -repitió la mujer.

El hombre levantó la mano:

-Deseo que mi hijo viva de nuevo.

El talismán cayó al suelo. El señor White siguió mirándolo con terror. Luego, temblando, se dejó caer en una silla mientras la mujer se acercó a la ventana y levantó la cortina. El hombre no se movió de allí, hasta que el frío del alba lo traspasó. A veces miraba a su mujer que estaba en la ventana. La vela se había consumido; hasta casi apagarse. Proyectaba en las paredes y el techo sombras vacilantes.

Con un inexplicable alivio ante el fracaso del talismán, el hombre volvió a la cama; un minuto después, la mujer, apática y silenciosa, se acostó a su lado.

No hablaron; escuchaban el latido del reloj. Crujió un escalón. La oscuridad era opresiva; el señor White juntó coraje, encendió un fósforo y bajó a buscar una vela.

Al pie de la escalera el fósforo se apagó. El señor White se detuvo para encender otro; simultáneamente resonó un golpe furtivo, casi imperceptible, en la puerta de entrada.

Los fósforos cayeron. Permaneció inmóvil, sin respirar, hasta que se repitió el golpe. Huyó a su cuarto y cerró la puerta. Se oyó un tercer golpe.

-¿Qué es eso? -gritó la mujer.

-Un ratón -dijo el hombre-. Un ratón. Se me cruzó en la escalera.

La mujer se incorporó. Un fuerte golpe retumbó en toda la casa.

-¡Es Herbert! ¡Es Herbert! -La señora White corrió hacia la puerta, pero su marido la alcanzó.

-¿Qué vas a hacer? -le dijo ahogadamente.

-¡Es mi hijo; es Herbert! -gritó la mujer, luchando para que la soltara-. Me había olvidado de que el cementerio está a dos millas. Suéltame; tengo que abrir la puerta.

-Por amor de Dios, no lo dejes entrar -dijo el hombre, temblando.

-¿Tienes miedo de tu propio hijo? -gritó-. Suéltame. Ya voy, Herbert; ya voy.

Hubo dos golpes más. La mujer se libró y huyó del cuarto. El hombre la siguió y la llamó, mientras bajaba la escalera. Oyó el ruido de la tranca de abajo; oyó el cerrojo; y luego, la voz de la mujer, anhelante:

-La tranca -dijo-. No puedo alcanzarla.

Pero el marido, arrodillado, tanteaba el piso, en busca de la pata de mono.

-Si pudiera encontrarla antes de que eso entrara...

Los golpes volvieron a resonar en toda la casa. El señor White oyó que su mujer acercaba una silla; oyó el ruido de la tranca al abrirse; en el mismo instante encontró la pata de mono y, frenéticamente, balbuceó el tercer y último deseo.

Los golpes cesaron de pronto; aunque los ecos resonaban aún en la casa. Oyó retirar la silla y abrir la puerta. Un viento helado entró por la escalera, y un largo y desconsolado alarido de su mujer le dio valor para correr hacia ella y luego hasta el portón. El camino estaba desierto y tranquilo.

William Wymark Jacobs (1863-1943) nació en Londres el 8 de septiembre. Escribió 19 volúmenes de cuentos, la mayoría de los cuales tratan sobre aventuras de marineros. Su primer libro de cuentos "Many Cargoes" (1897), fue un éxito inmediato, y fue seguido de "The Skipper's Wooing"(1897), y "Sea Urchins"(1898). Irónicamente su más famosa obra "La pata del mono" (The Monkey's Paw, 1902) no trata de marineros ni de mar. W. W. Jacobs murió en 1943, a la edad de 80 años.

LOS REGALOS PERFECTOS

O'Henry

Un dólar y ochenta y siete centavos. Eso era todo. Un dólar y ochenta y siete centavos, reunidos uno a uno, a fuerza de regatear centavo tras centavo al almacenero, al verdulero, al carnicero, sintiendo las mejillas ardiendo con la vergüenza que significa esa mezquindad. Tres veces contó Delia esta pequeña suma. Un dólar y ochenta y siete centavos. ¡Y al otro día sería Navidad! Se echó, gimiendo, en su angosta cama, recordando aquella máxima en la que se explica que la vida está hecha de contrariedades, sinsabores y cosas por el estilo.

Dejemos a Delia entregada a estos pensamientos y dirijamos una mirada a su hogar: un piso amueblado por el que se pagaban ocho dólares semanales. En la puerta del vestíbulo había un buzón en el cual no se hubiera podido echar ninguna carta, y un timbre eléctrico del cual ningún dedo humano hubiera conseguido arrancar un sonido. Debajo de éste aparecía una tarjeta, que ostentaba el nombre de "James Dillingham Young". El "Dillingham" había sido desplegado a los cuatro vientos, durante aquel antiguo período de prosperidad en el que su poseedor ganaba treinta dólares semanales. Ahora, cuando el ingreso había sido disminuido a veinte dólares, las letras de "Dillingham" aparecían confusas, como si estuvieran pensando seriamente en irse contrayendo hasta convertirse en una modesta y vulgar "D". Pero, en cambio, a cualquier hora que Mr. James Dillingham Young llegara a su casa, Mrs. James Dillingham Young, a quien hemos presentado como Delia, lo llamaba "Jim" y lo abrazaba muy fuerte, lo cual era muy lindo.

Delia terminó de llorar y pasó el cisne por sus mejillas. Luego se paró al lado de la ventana y comenzó de nuevo a buscar una solución a su problema. Mañana sería Navidad y ella disponía solamente de un dólar y ochenta y siete centavos para comprar algún regalo a su Jim. Veinte dólares semanales no alcanzan para mucho. Los gastos resultaron mucho mayores que lo que había calculado. Siempre sucede así. Solamente un dólar con ochenta y siete centavos para hacer un regalo a Jim. Su Jim. Muchas horas felices había pasado Delia imaginando algún presente bonito para él. Alguna cosa fina, rara, de valor; algo que pudiera acercarse un poco al honor de pertenecer a Jim.

Entre las ventanas del cuarto había un espejo incrustado en la pared. Quizás alguno de vosotros habrá visto uno de esos espejos en un piso de ocho dólares. Una persona muy delgada y muy ágil podría, observando su reflejo en una rápida sucesión de franjas longitudinales, obtener una idea algo fantástica de su aspecto. Delia, siendo esbelta, había dominado este arte. Se apartó de la ventana y se detuvo delante del espejo. Sus ojos brillaban, pero sus mejillas se habían tornado pálidas. Con un movimiento rápido, soltó sus cabellos y dejó que cayeran en todo su largo.

El matrimonio Dillingham Young poseía dos tesoros de los cuales se sentía muy orgulloso: uno lo constituía el reloj de oro de Jim, que había pertenecido primero a su abuelo y después a su padre. El otro era el cabello de Delia. Si la reina de Saba hubiera vivido en el piso que el patio separaba del suyo, Delia se hubiera sentado en la ventana a secar la masa espléndida de sus cabellos, sólo para que empalidescieran las joyas y la belleza de la reina. Si el portero hubiera sido el mismo rey Salomón, con todos sus tesoros apilados en el sótano, Jim nunca hubiera dejado de sacar su reloj cuando pasara delante de él, sólo para ver cómo se pellizcaba la barba con envidia.

Allí, ante el espejo, el cabello de Delia caía cubriéndola, ondeado y brillante como una cascada de oscuras aguas. Le llegaba hasta debajo de las rodillas y envolvía su cuerpo como un manto. Rápidamente lo recogió y después de una última vacilación se puso su viejo tapado y su viejo sombrero, y con los ojos brillantes todavía abrió la puerta y bajó las escaleras como una exhalación. Se detuvo delante de un negocio que

ostentaba esta inscripción: "Mme. Sofroine. Especialista en pelusa y peinados". Delia entró.

-¿Compraría usted mi cabello? -preguntó a Mme. Sofroine.

-Sí. Compró cabello -contestó la aludida-. Sáquese el sombrero y veamos cómo luce el suyo.

De nuevo ondeó la oscura cascada.

-Veinte dólares -dijo Madame, tocando el cabello con dedos expertos.

Delia aceptó.

Las siguientes dos horas fueron para ella un sueño rosado. Olvidó la metamorfosis que las tijeras habían obrado en su cabeza. Sólo sabía que estaba recorriendo negocios en busca del regalo para Jim. Por fin lo encontró. Seguramente había sido hecho para él. No había ninguno parecido en todos los demás negocios. Lo sabía bien. En su afanosa búsqueda no le había quedado lugar sin revolver. Se trataba de una cadena de platino para reloj, simple y neta en su dibujo, proclamando su valor real por sí misma y no por medio de vanidosos adornos. Así deberían ser todas las cosas buenas. Era verdaderamente digna del reloj. Tan pronto como la vio, comprendió que estaba destinada a Jim. Veintiún dólares le pidieron por ella y volvió a su casa con los ochenta y siete centavos restantes. Con semejante cadena en su reloj, Jim, estando acompañado de alguien, se sentiría ansioso acerca de la hora y la consultaría a cada momento. Antes no podía hacerlo sin avergonzarse, pues su precioso reloj pendía de una humildísima y vieja tira de cuero.

Cuando Delia llegó a su casa, su feliz aturdimiento pasó a otros pensamientos más prácticos. Buscó sus tijeras de enrular, encendió el gas y comenzó a reparar los destrozos que se habían cometido en su cabello. En menos de cuarenta minutos, su cabeza se cubrió de pequeños, cortísimos rulos, que le daban un maravilloso aspecto de pillete rabonero. Se miró al espejo, largo rato, cuidadosamente.

-Si Jim no me mata -se dijo- antes de dirigirme una segunda mirada, me dirá que parezco una corista de Coney Island. Pero, ¿qué hubiera podido hacer con un dólar y ochenta y siete centavos?

A las siete en punto el café estuvo listo y la sartén preparada para cocinar las chuletas. Jim nunca tardaba. Delia escondió la cadena en su mano y se sentó frente a la puerta por donde siempre entraba él. De pronto oyó su paso en la escalera y empalideció.

-¡Dios mío, haz que me encuentre bonita aún! -rogó. La puerta se abrió y entró Jim. Era delgado y muy serio. ¡Pobre muchacho! Tenía sólo treinta y dos años y ya tenía un hogar sobre sus espaldas. Necesitaba un sobretodo nuevo y estaba sin guantes.

Se detuvo al entrar, quedando completamente inmóvil. Sus ojos estaban fijos sobre Delia, que no pudo descifrar la expresión que se retrataba en ellos. No era ira, ni sorpresa, ni desaprobación, ni horror, ni ninguno de los sentimientos para los que estaba preparada.

Delia se levantó y corrió hacia él:

-Jim querido -gimió-. ¡No me mires así! He cortado mi cabello y lo he vendido porque no hubiera podido pasar Navidad sin hacerte un regalo. Ya crecerá otra vez. A ti no te importa. ¿No es cierto?

-¿Te has cortado el cabello? -preguntó trabajosamente Jim, como llegando a esa conclusión después de una paciente labor mental.

-Lo corté y lo vendí -repitió ella.

Jim dirigió una mirada curiosa a todos los rincones del cuarto.

-¿Dices que tu cabello se ha ido? -preguntó con un aire casi idiota.

-No necesitas buscarlo -observó Delia-. Lo vendí y ya no está aquí. Mañana es Navidad, querido. No te enojés. ¿Pongo a cocinar las chuletas?

Jim consiguió despejar su aturdimiento y abrazó a Delia. Seamos discretos y, por diez segundos, fijemos nuestra atención en cualquier otro objeto. Ocho dólares por semana o un millón anual: ¿en que se diferencian? Un matemático podría dar la errónea respuesta.

Los Reyes Magos traían valiosos regalos, pero esto no les concernía a ellos. Dilucidaremos más tarde esta afirmación tenebrosa.

Jim sacó un paquete del bolsillo de su sobretodo y lo arrojó sobre la mesa.

-No pienses mal de mí, Delia -dijo-. No creas que tu cabello cortado o cualquier otra transformación te haría menos bonita a mis ojos. Pero si desenvuelves este paquete comprenderás el porqué de mi expresión al verte así.

Dedos blancos y febriles desataron el piolín y quitaron la envoltura; un grito de alegría, e inmediatamente un femenino cambio e histéricas lágrimas y lamentos, necesitaron el pronto empleo de todas las virtudes persuasivas de Mr. Dillingham Young.

Porque allí estaban las peinetas, el juego de peinetas que Delia había admirado mucho tiempo en una vidriera de Broadway. Eran hermosas, de carey legítimo, recamadas de pedrería. Sabía que eran muy caras. Las había deseado con ahínco y sin la menor esperanza. Y ahora eran suyas; pero las trenzas que hubieran podido lucirlas no estaban ya. Sin embargo, oprimió las peinetas contra su pecho y dirigió una profunda mirada a Jim. De pronto dio un gríto al recordar que él no había visto aún su regalo. Abrió la palma de la mano, extendiéndola ansiosamente hacia él. El precioso metal parecía brillar animado por el ardiente espíritu de Delia.

-¿No es una preciosura, Jim? -preguntó-. Anduve toda la ciudad para conseguirla. Me imagino que desde este momento consultarás la hora cien veces por día. Dame tu reloj. Quiero ver como queda con la cadena.

En lugar de obedecer, Jim se tumbó en la cama, con las manos detrás de la cabeza, sonriendo.

-Delia -dijo-, dejemos nuestros regalos de Navidad y guardémoslos para más adelante. Son demasiado hermosos para usarlos ahora. Yo he vendido el reloj para poder comprar tus peinetas. Y ahora, supongamos que pones a cocinar las chuletas.

Los Reyes Magos, como se sabe, eran hombres previsores y maravillosamente sabios, que traían regalos a los niños. Ellos inventaron el arte de regalar cosas en Navidad. Siendo tan sabios, sus regalos serían sabios también y tal vez existiría el privilegio de cambiarlos si eran repetidos... Yo he relatado aquí la aventura de dos niños locos en un pisito, que insensatamente sacrificaron el uno para el otro los mayores tesoros de su casa. Pero en una palabra final para los sabios de estos días, dejemos dicho que de cuantos reciben regalos, estos dos fueron los más sabios. De todos cuantos entregan y reciben regalos, los que son como ellos son los más sabios. En todo son los más sabios. Los verdaderos Reyes Magos son ellos.

El corazón delator (traducción de Julio Cortázar)

¡Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen... y observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste, y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

Presten atención ahora. Ustedes me toman por loco. Pero los locos no saben nada. En cambio... ¡Si hubieran podido verme! ¡Si hubieran podido ver con qué habilidad procedí! ¡Con qué cuidado... con qué previsión... con qué disimulo me puse a la obra! Jamás fui más amable con el viejo que la semana antes de matarlo. Todas las noches, hacia las doce, hacía yo girar el picaporte de su puerta y la abría... ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, levantaba una linterna sorda, cerrada, completamente cerrada, de manera que no se viera ninguna luz, y tras ella pasaba la cabeza. ¡Oh, ustedes se hubieran reído al ver cuán astutamente pasaba la cabeza! La movía lentamente... muy, muy lentamente, a fin de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora entera introducir completamente la cabeza por la abertura de la puerta, hasta verlo tendido en su cama. ¿Eh? ¿Es que un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y entonces, cuando tenía la cabeza completamente dentro del cuarto, abría la linterna cautelosamente... ¡oh, tan cautelosamente! Sí, cautelosamente iba abriendo la linterna (pues crujían las bisagras), la iba abriendo lo suficiente para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches... cada noche, a las doce... pero siempre encontré el ojo cerrado, y por eso me era imposible cumplir mi obra, porque no era el viejo quien me irritaba, sino el mal de ojo. Y por la mañana, apenas iniciado el día, entraba sin miedo en su habitación y le hablaba resueltamente, llamándolo por su nombre con voz cordial y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya ven ustedes que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que todas las noches, justamente a las doce, iba yo a mirarlo mientras dormía.

Al llegar la octava noche, procedí con mayor cautela que de costumbre al abrir la puerta. El minutero de un reloj se mueve con más rapidez de lo que se movía mi mano. Jamás, antes de aquella noche, había sentido el alcance de mis facultades, de mi sagacidad. Apenas lograba contener mi impresión de triunfo. ¡Pensar que estaba ahí, abriendo poco a poco la puerta, y que él ni siquiera soñaba con mis secretas intenciones o pensamientos! Me reí entre dientes ante esta idea, y quizá me oyó, porque lo sentí moverse repentinamente en la cama, como si se sobresaltara. Ustedes pensarán que me eché hacia atrás... pero no. Su cuarto estaba tan negro como la pez, ya que el viejo cerraba completamente las persianas por miedo a los ladrones; yo sabía que le era imposible distinguir la abertura de la puerta, y seguí empujando suavemente, suavemente.

Había ya pasado la cabeza y me disponía a abrir la linterna, cuando mi pulgar resbaló en el cierre metálico y el viejo se enderezó en el lecho, gritando:

-¿Quién está ahí?

Permanecí inmóvil, sin decir palabra. Durante una hora entera no moví un solo músculo, y en todo ese tiempo no oí que volviera a tenderse en la cama. Seguía sentado, escuchando... tal como yo lo había hecho, noche tras noche, mientras escuchaba en la pared los taladros cuyo sonido anuncia la muerte.

Oí de pronto un leve quejido, y supe que era el quejido que nace del terror. No expresaba dolor o pena... ¡oh, no! Era el ahogado sonido que brota del fondo del alma cuando el espanto la sobrecoje. Bien conocía yo ese sonido. Muchas noches, justamente a las doce,

cuando el mundo entero dormía, surgió de mi pecho, ahondando con su espantoso eco los terrores que me enloquecían. Repito que lo conocía bien. Comprendí lo que estaba sintiendo el viejo y le tuve lástima, aunque me reía en el fondo de mi corazón. Comprendí que había estado despierto desde el primer leve ruido, cuando se movió en la cama. Había tratado de decirse que aquel ruido no era nada, pero sin conseguirlo. Pensaba: "No es más que el viento en la chimenea... o un grillo que chirrió una sola vez". Sí, había tratado de darse ánimo con esas suposiciones, pero todo era en vano. Todo era en vano, porque la Muerte se había aproximado a él, deslizándose furtiva, y envolvía a su víctima. Y la fúnebre influencia de aquella sombra imperceptible era la que lo movía a sentir -aunque no podía verla ni oírlo-, a sentir la presencia de mi cabeza dentro de la habitación.

Después de haber esperado largo tiempo, con toda paciencia, sin oír que volviera a acostarse, resolví abrir una pequeña, una pequeñísima ranura en la linterna. Así lo hice -no pueden imaginarse ustedes con qué cuidado, con qué inmenso cuidado-, hasta que un fino rayo de luz, semejante al hilo de la araña, brotó de la ranura y cayó de lleno sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto, abierto de par en par... y yo empecé a enfurecerme mientras lo miraba. Lo vi con toda claridad, de un azul apagado y con aquella horrible tela que me helaba hasta el tuétano. Pero no podía ver nada de la cara o del cuerpo del viejo, pues, como movido por un instinto, había orientado el haz de luz exactamente hacia el punto maldito.

¿No les he dicho ya que lo que toman erradamente por locura es sólo una excesiva agudeza de los sentidos? En aquel momento llegó a mis oídos un resonar apagado y presuroso, como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Aquel sonido también me era familiar. Era el latir del corazón del viejo. Aumentó aún más mi furia, tal como el redoblar de un tambor estimula el coraje de un soldado.

Pero, incluso entonces, me contuve y seguí callado. Apenas si respiraba. Sostenía la linterna de modo que no se moviera, tratando de mantener con toda la firmeza posible el haz de luz sobre el ojo. Entretanto, el infernal latir del corazón iba en aumento. Se hacía cada vez más rápido, cada vez más fuerte, momento a momento. El espanto del viejo tenía que ser terrible. ¡Cada vez más fuerte, más fuerte! ¿Me siguen ustedes con atención? Les he dicho que soy nervioso. Sí, lo soy. Y ahora, a medianoche, en el terrible silencio de aquella antigua casa, un resonar tan extraño como aquél me llenó de un horror incontrolable. Sin embargo, me contuve todavía algunos minutos y permanecí inmóvil. ¡Pero el latido crecía cada vez más fuerte, más fuerte! Me pareció que aquel corazón iba a estallar. Y una nueva ansiedad se apoderó de mí... ¡Algún vecino podía escuchar aquel sonido! ¡La hora del viejo había sonado! Lanzando un alarido, abrí del todo la linterna y me precipité en la habitación. El viejo clamó una vez... nada más que una vez. Me bastó un segundo para arrojarlo al suelo y echarle encima el pesado colchón. Sonreí alegremente al ver lo fácil que me había resultado todo. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un sonido ahogado. Claro que no me preocupaba, pues nadie podría escucharlo a través de las paredes. Cesó, por fin, de latir. El viejo había muerto. Levanté el colchón y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, completamente muerto. Apoyé la mano sobre el corazón y la mantuve así largo tiempo. No se sentía el menor latido. El viejo estaba bien muerto. Su ojo no volvería a molestarme.

Si ustedes continúan tomándome por loco dejarán de hacerlo cuando les describa las astutas precauciones que adopté para esconder el cadáver. La noche avanzaba, mientras yo cumplía mi trabajo con rapidez, pero en silencio. Ante todo descuarticé el cadáver. Le corté la cabeza, brazos y piernas.

Levanté luego tres planchas del piso de la habitación y escondí los restos en el hueco. Volví a colocar los tablones con tanta habilidad que ningún ojo humano -ni siquiera el suyo- hubiera podido advertir la menor diferencia. No había nada que lavar... ninguna mancha... ningún rastro de sangre. Yo era demasiado precavido para eso. Una cuba había recogido todo... ¡ja, ja!

Cuando hube terminado mi tarea eran las cuatro de la madrugada, pero seguía tan oscuro como a medianoche. En momentos en que se oían las campanadas de la hora, golpearon a la puerta de la calle. Acudí a abrir con toda tranquilidad, pues ¿qué podía temer ahora?

Hallé a tres caballeros, que se presentaron muy civilmente como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había escuchado un alarido, por lo cual se sospechaba la

posibilidad de algún atentado. Al recibir este informe en el puesto de policía, habían comisionado a los tres agentes para que registraran el lugar.

Sonreí, pues... ¿qué tenía que temer? Di la bienvenida a los oficiales y les expliqué que yo había lanzado aquel grito durante una pesadilla. Les hice saber que el viejo se había ausentado a la campaña. Llevé a los visitantes a recorrer la casa y los invité a que revisaran, a que revisaran bien. Finalmente, acabé conduciéndolos a la habitación del muerto. Les mostré sus caudales intactos y cómo cada cosa se hallaba en su lugar. En el entusiasmo de mis confidencias traje sillas a la habitación y pedí a los tres caballeros que descansaran allí de su fatiga, mientras yo mismo, con la audacia de mi perfecto triunfo, colocaba mi silla en el exacto punto bajo el cual reposaba el cadáver de mi víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Por mi parte, me hallaba perfectamente cómodo. Sentáronse y hablaron de cosas comunes, mientras yo les contestaba con animación. Mas, al cabo de un rato, empecé a notar que me ponía pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza y creía percibir un zumbido en los oídos; pero los policías continuaban sentados y charlando. El zumbido se hizo más intenso; seguía resonando y era cada vez más intenso. Hablé en voz muy alta para librarme de esa sensación, pero continuaba lo mismo y se iba haciendo cada vez más clara... hasta que, al fin, me di cuenta de que aquel sonido no se producía dentro de mis oídos.

Sin duda, debí de ponerme muy pálido, pero seguí hablando con creciente soltura y levantando mucho la voz. Empero, el sonido aumentaba... ¿y que podía hacer yo? Era un resonar apagado y presuroso..., un sonido como el que podría hacer un reloj envuelto en algodón. Yo jadeaba, tratando de recobrar el aliento, y, sin embargo, los policías no habían oído nada. Hablé con mayor rapidez, con vehemencia, pero el sonido crecía continuamente. Me puse en pie y discutí sobre insignificancias en voz muy alta y con violentas gesticulaciones; pero el sonido crecía continuamente. ¿Por qué no se iban? Anduve de un lado a otro, a grandes pasos, como si las observaciones de aquellos hombres me enfurecieran; pero el sonido crecía continuamente. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer yo? Lancé espumarajos de rabia... maldije... juré... Balanceando la silla sobre la cual me había sentado, raspé con ella las tablas del piso, pero el sonido sobrepujaba todos los otros y crecía sin cesar. ¡Más alto... más alto... más alto! Y entretanto los hombres seguían charlando plácidamente y sonriendo. ¿Era posible que no oyeran? ¡Santo Dios! ¡No, no! ¡Claro que oían y que sospechaban! ¡Sabían... y se estaban burlando de mi horror! ¡Sí, así lo pensé y así lo pienso hoy! ¡Pero cualquier cosa era preferible a aquella agonía! ¡Cualquier cosa sería más tolerable que aquel escarnio! ¡No podía soportar más tiempo sus sonrisas hipócritas! ¡Sentí que tenía que gritar o morir, y entonces... otra vez... escuchen... más fuerte... más fuerte... más fuerte... más fuerte!

-¡Basta ya de fingir, malvados! -aullé-. ¡Confieso que lo maté! ¡Levanten esos tablones! ¡Ahí... ahí! ¡Donde está latiendo su horrible corazón!

Edgar Allan Poe

Teatro



Adaptación teatral
El Príncipe Feliz
de Óscar Wilde

PERSONAJES:

El Alcalde	El Príncipe Feliz
Concejal 1	La Golondrina
Concejal 2	La madre maltratada
La madre de la plaza	El niño enfermo
El hijo de la plaza	El estudiante de medicina
El maestro	La madre vendedora de pañuelos
Alumna 1	La niña del muñeco
Alumna 2	Dos operarios municipales
El mendigo	El fundidor
El enamorado	Voz en “off”
La enamorada	

ACTO I

ESCENA I: Introducción

El decorado muestra al fondo los edificios iluminados de una gran ciudad. En una plaza. En el centro del escenario, bajo la luz de un foco, sobre un pedestal, una gran estatua del Príncipe Feliz (hecha de cartón). Está cubierta toda de oro magnífico, los ojos son dos zafiros claros y brillantes, y un gran rubí centellea en el puño de su espada.

Tras de la estatua, a los lados, hay dos bancos de plaza. También hay algunos árboles en lugares donde no estorban el movimiento escénico.

Música solemne y con ritmo.

Luce el sol. En un principio la estatua está sola. Poco a poco van saliendo los grupos de personajes y colocándose a su alrededor y diciendo sus parlamentos: primero el Alcalde y los concejales (centro izquierda); la madre y su hijo (centro derecha); el mendigo (extremo izquierda); y las niñas del colegio, con su uniforme, y con su maestro (izquierda y derecha segundo plano).

MÚSICA: *Pompa y circunstancia* desde el telón cerrado hasta el final. Alta-baja para el diálogo.

ILUMINACIÓN: Es por la mañana. Luz clara y potente toda la escena.

ALCALDE: Es magnífica. El monumento que esta ciudad necesitaba para codearse con las grandes capitales de todo el mundo.

CONCEJAL 1 (listo): (*APARTE*) Y el que necesitábamos nosotros para tapar nuestros “e-rror-res”... y nuestros “a-cier-tos” más todavía (*Ríe con malicia*).

CONCEJAL 2 (tonto): Sí, señor Alcalde. ¡Seremos recordados por los siglos...!

ALCALDE: ...de los siglos, amén. (*Le mira con desprecio*) ¿Seremos...? (*Le empuja apartándolo y se adelanta mirando al público*) ¡Seré recordado como el mejor alcalde que tuvo esta ciudad. Es más, como el mejor que tuvo nunca ninguna ciudad!

MADRE: (*A su hijo, que llora con una rabieta*) Anda, hijo..., ¿por qué no puedes ser como el Príncipe Feliz? Al Príncipe Feliz nunca se le hubiera ocurrido llorar por nada. Anda, deja de llorar, que todos van a pensar que eres un niño mimado y tonto.

MENDIGO: (*Señalando a la estatua*) Bueno, por lo menos hay alguien en el mundo que es feliz...

NIÑA 1: ¡Mirad...!

NIÑA 2: ¡Parece un ángel!

MAESTRO: (*En tono de reproche*) ¿Y cómo lo sabéis, si nunca habéis visto uno?

NIÑAS: ¡Sí que lo hemos visto, lo hemos visto en sueños!

La escena queda muda, con todas las figuras quietas, como si se hubiesen vuelto estatuas. Se hace el oscuro. Todos desaparecen del escenario en el mismo orden y por el mismo sitio por el que han entrado. Otra vez la misma música.

ESCENA II: Los enamorados

Ha anochecido. La plaza está desierta, a no ser por una pareja de enamorados que charlan sentados en uno de los bancos. Él pasa su brazo sobre los hombros de ella. Ambos tienen sus libros al lado.

MÚSICA: Por una cabeza toda la escena. Alta-baja.

ILUMINACIÓN: Es al atardecer. Luz tenue (filtro anaranjado).

ELLA: (*Mirando al cielo*) ¡Mira, una golondrina!

ÉL: ¿Dónde?

ELLA: Ahora no la veo, pero acaba de pasar.

ÉL: Pero niña. Si estamos en invierno. ¿Qué iba a hacer una golondrina aquí?

ELLA: Pues... no sé. Pero la he visto. (*Lo mira fijamente*) ¿Es que no me crees?

ÉL: Sí, te creo, mujer, no te enfades. Pero ¿qué iba a hacer una golondrina aquí, que ya viene el frío?

ELLA: Pues... a lo mejor se ha enamorado.

ÉL: ¡Ya ves! ¿Y por qué no se ha ido con su pareja?

ELLA: ¡Qué poco romántico eres! A lo mejor se ha enamorado de un junco.

ÉL: ¿De un junco?

ELLA: Sí, de un junco, de un junco del río; y se quedó con él.

ÉL: (*Sonriendo incrédulo*) ¡Pues sí! ¿Y qué crees que pasó?

ELLA: Pues no sé. Quizá que ella se cansó de esperar a que él se moviera. Y cuando comprendió que nunca lo haría, era demasiado tarde. Sus compañeras ya habían emprendido el camino hacia África; y ella sola no se ha atrevido a hacer un viaje tan largo.

ÉL: No está mal la historia. ¿Y no hubiera sido mejor que se quedase con él, junto al río?

ELLA: Eres cruel... (*Lo mira con cierto enfado*) No, lo mejor es que no se hubiese encontrado con el junco.

ÉL: (*Irónico*) ¿Eso es lo que piensas?

ELLA: ¡Qué tonto eres! (...) (*Mirando al cielo*) ¡Mira, mira! ¿La has visto?

ÉL: Sí, se ha refugiado a los pies de la estatua.

ELLA: Querrá dormir. Deberíamos irnos. La vamos a molestar con las voces.

ÉL: Pues sí. (*Se levanta*) Vámonos, que ya es tarde.

ELLA: (*Se levanta*) ¿Tienes mucho que estudiar?

ÉL: No. ¿Y tú?

ELLA: ¡Tú nunca tienes nada que estudiar...! ¡Yo tengo un montón de cosas que hacer.

ÉL: *(Andando hacia el lateral con ella cogida de la mano)* ¡Qué dura la vida del estudiante...!

Se van. Sube la música. Oscuro.

ESCENA III: Danza de la golondrina.

Se hace el oscuro total. Queda sola la estatua del Príncipe Feliz. Se coloca en el centro de la escena, delante del banco central, el Junco. Luz negra. Música: Danza del hada de azúcar. Danza de La Golondrina.

Sustituir la estatua por el personaje.

ESCENA IV: El rubí

El Príncipe feliz, ya el personaje, permanece quieto y mudo aún sobre su pedestal. Delante de él, sentada entre sus pies, con las piernas cruzadas y recogida sobre sí misma, la Golondrina duerme. Viste de negro con una camiseta blanca y chaqueta también negra... Una lágrima le ha caído en la cabeza y despierta, lentamente, en un movimiento plástico, se yergue sin levantarse mientras va abriendo los brazos, desplegándolos como unas alas; algo así como un despertar artístico.

MÚSICA: Concierto para mandolina. Alta-baja.

ILUMINACIÓN: Es de noche. Filtro azul.

LA GOLONDRINA: *(Mirando al cielo)* ¡Qué raro! No hay una sola nube en el cielo, las estrellas se ven claras y brillantes, ¿y llueve? (...) *(Pensativa, recordando)* Al junco le gustaba la lluvia..., ¡egoísta! (...) *(Le cae otra "gota")* ¿De qué me sirve esta estatua, si no me protege de la lluvia! ¡Voy a buscar una chimenea!

La Golondrina hace ademán de levantarse, pero le cae una tercera "gota" y, sin haberse levantado aún, mira hacia arriba y ve el rostro del Príncipe Feliz. Está llorando en silencio.

LA GOLONDRINA: *(Se levanta, llena de lástima, y se coloca a su lado)* Estás llorando. ¿Quién eres?

EL PRÍNCIPE FELIZ: Soy el Príncipe Feliz.

LA GOLONDRINA: *(Con sorpresa)* Y entonces, ¿por qué lloras? Me has empapado entera.

EL PRÍNCIPE FELIZ: Cuando estaba vivo y tenía un corazón humano, no sabía lo que eran las lágrimas. Vivía en el Palacio de la Despreocupación, donde a la tristeza no se le permite la entrada. (...) Durante el día jugaba con mis amigos en el jardín, y por la noche yo dirigía las danzas en el Gran Salón. Todo eran risas. (...) Alrededor del jardín se alzaba una tapia altísima, pero nunca me preocupé de preguntar qué había detrás de ella; todo lo que me rodeaba era tan bello. (...) Mis cortesanos me llamaban El Príncipe Feliz, y en realidad lo era, si es que el placer es la felicidad. (...) Así viví, y así morí. (...) Ahora que estoy muerto, me han colocado sobre este pedestal, y desde

aquí puedo ver toda la fealdad y toda la miseria que llena mi ciudad; y aunque mi corazón es de plomo, no me queda más remedio que llorar.

LA GOLONDRINA: (*APARTE, mirando al público*) ¡Andá! Pues no está hecho de oro macizo...

EL PRÍNCIPE FELIZ: (*Con la mirada fija e interesada en algo lejano*) Allá lejos, en una callejuela, hay un albergue muy pobre para las personas sin hogar. (*Se iluminan la madre y el hijo, con la cama y la silla en el lado opuesto al de la estatua*)

ILUMINACIÓN: Foco de la pantalla.

Por una ventana abierta puedo ver a una mujer sentada ante un camastro. Su cara se ve envejecida y triste, hinchada por los golpes y por las lágrimas, y uno de sus ojos está amoratado por un puñetazo; porque su marido la maltrata, le grita y la golpea cuando está enfadado o cuando ella le lleva la contraria. Sobre una cama, en un rincón, yace su pequeño hijo enfermo, con fiebre. Esta noche han tenido que huir del hogar. Su madre no tiene nada para darle; y por eso el pequeño llora. ¡Golondrina, golondrina, golondrinita!, ¿no querrías llevarle el rubí del puño de mi espada? Tú, en un vuelo, llegarías en un instante.

LA GOLONDRINA: Me están esperando en Egipto. Ya está aquí el invierno, y con él viene el frío, tengo que emigrar hacia el Sur. Mis compañeras ya vuelan de un lado para otro sobre el Nilo, y hablan con los grandes lotos. Pronto se recogerán a dormir en la tumba del Gran Rey. El Rey está allí mismo dentro de su sarcófago pintado. Envuelto en bandas de lino amarillo y embalsamado con especias. Tiene puesto un collar verde pálido, alrededor del cuello, y sus manos son como hojas marchitas. (*Revolotea y vuelve a su lugar*)

MÚSICA: Canon hasta el final de la escena. Baja-Alta-Baja al final.

EL PRÍNCIPE FELIZ: ¡Golondrina, golondrina, golondrinita! ¿No podrías quedarte conmigo una noche nada más, y ser mi mensajera? ¡El niño tiene tanta sed, y su madre está tan triste!

LA GOLONDRINA: No creo que me gusten los niños. El año pasado, cuando estaba en el río, andaban por allí dos muchachos groseros, hijos del panadero, y que siempre me tiraban piedras. Nunca llegaron a alcanzarme, por supuesto; nosotras las golondrinas volamos demasiado bien, y además yo procedo de una familia famosa por su agilidad; pero aun así, eso no dejaba de ser una gran falta de respeto. (*Mira al rostro del Príncipe Feliz y siente su tristeza. Revolotea y vuelve a su lugar*) Aquí hace mucho frío; pero me quedaré contigo por una noche y seré tu mensajera.

EL PRÍNCIPE FELIZ: ¡Gracias golondrinita!

Música alta.

La Golondrina arranca el rubí del pomo de la espada del Príncipe Feliz. Con una música alegre, revolotea por todo el escenario artísticamente hasta llegar al albergue. Baja la música. Da otra vuelta, ya dentro de la habitación. El niño tiembla. La madre está dormida en la silla, con las manos enlazadas y con las palmas hacia arriba. La golondrina se dirige hasta la mujer y deposita en sus manos el rubí.

LA GOLONDRINA: ¡Pobrecilla! ¡Está tan cansada!

Tras de esto, da una vuelta a la cama, abanicando al niño con su ala.

EL NIÑO: ¡Qué fresco siento! ¡Debo estar mejorando! (*Se duerme tranquilo, dejando de temblar*)

Con la misma música, la Golondrina revolotea de nuevo hasta el Príncipe Feliz y se coloca a su lado.

Música baja.

ILUMINACIÓN: Se apaga el foco de la pantalla.

LA GOLONDRINA: Es curioso, pero ahora me siento con bastante calor, y eso que hace mucho frío.

EL PRÍNCIPE FELIZ: Es porque has hecho una buena acción.

*La Golondrina se acurruca delante de los pies del Príncipe Feliz hasta tomar su posición inicial y queda dormida. **Se hace el oscuro.** Música suave. **Telón.***

ACTO II

ESCENA I: El niño travieso

Música. Cae la tarde sobre la plaza. La madre está con su hijo en la plaza. Ella hace punto. El niño no piensa más que en hacer maldades con su tirachinas. La estatua está en el centro del escenario.

MÚSICA: Manamana. Alta-baja.

ILUMINACIÓN: Por la tarde. Luz clara y potente.

NIÑO: Verás cómo le doy al cristal en todo el centro. Anda, que en el Día de Todos los Santos, ¡menuda la armamos con los huevos! (*Ríe a carcajadas. Prepara el tirachinas*)

MADRE: (*Se percata de las intenciones del niño*) ¡Niño! ¡Para quieto! ¿No puedes ser como el Príncipe Feliz?

NIÑO: Sí, claro. Todo el día parado, sin moverme..., y sin “Play station”. ¡Menudo aburrimiento!

MADRE: ¡Anda, vámonos para la casa, que vamos a tener un disgusto!

NIÑO: (*Mientras ambos salen*) ¡Vale, pero si me compras el último juego de la “Wii”. Si no, me tiro aquí mismo y no me levanto...!

MADRE: ¡Qué juego ni juego! ¡Anda, que me tienes harta!

NIÑO: ¡No me da la gana!

MADRE: ¡Como que no te la gana! ¡Ahora verás si te da la gana!

La Madre se quita la zapatilla y comienza una persecución al modo de las del cine mudo ambientada con música. Al final la madre coge al niño de una oreja y ambos abandonan la escena.

MÚSICA: Persecución. Alta.

ESCENA II: Los zafiros

Es de noche. El Príncipe Feliz vuelve a estar un poco hacia un lado. La Golondrina entra por un lateral y revolotea en torno al Príncipe Feliz. Se detiene a su lado.

MÚSICA: Piano Bach. Alta-baja.

ILUMINACIÓN: Es de noche. Filtro azul.

LA GOLONDRINA: ¿No tienes ningún encargo para Egipto? Ya me voy.

EL PRÍNCIPE FELIZ: Golondrina, golondrina, golondrinita. ¿No podrías quedarte conmigo una noche más?

LA GOLONDRINA: *(Revoloteando de tanto en tanto alrededor del Príncipe Feliz) (Quejosa)* Ya es invierno, y la helada nieve pronto llegará. Me esperan en Egipto. *(Fascinadora)* En Egipto el sol es caliente sobre las palmeras verdes, y los cocodrilos descansan en el lodazal y miran perezosos a su alrededor. Mañana mis compañeras volarán a la segunda catarata. Allí el hipopótamo descansa sobre los juncos y el dios Memnón reposa sobre su gran trono de granito, vigilando las estrellas durante toda la noche, y cuando surge brillante la estrella de la mañana, lanza un gran grito de alegría, y vuelve a quedar silencioso. A medio día los leones dorados se acercan a las orillas para beber. Tienen ojos como aguamarinas verdes, y su rugido domina al de las cataratas.

EL PRÍNCIPE FELIZ: *(Suplicante)* ¡Por favor, golondrina, golondrinita!

LA GOLONDRINA: *(Triste)* Querido Príncipe, tengo que abandonarte, pero nunca te podré olvidar. *(Emocionada)* Y en la próxima primavera, te traeré otra magnífica piedra preciosa, en lugar de la que has regalado. El rubí será más rojo que una rosa.

ILUMINACIÓN: Foco de la pantalla.

EL PRÍNCIPE FELIZ: Golondrina, golondrina, golondrinita. Lejos, más allá de la ciudad, veo a un joven en una buhardilla. Está inclinado sobre su mesa llena de papeles. Su cabello es castaño y rizado, sus labios rojos como granos de granada; y los ojos son hermosos y soñadores. Está estudiando para ser médico y poder curar a sus hermanos y hermanas, los pobres. No hay fuego en la habitación, y el hambre ha hecho que se desmaye.

LA GOLONDRINA: Esperaré una noche más y me quedaré contigo ¿Le llevaré otro rubí?

MÚSICA: Pieza romántica. Baja-alta-baja.

EL PRÍNCIPE FELIZ: ¡Ay, ya no tengo rubí! Mis ojos son todo lo que me queda. Están hechos con zafiros rarísimos, que fueron traídos de la India, hace mil años. Sácamelos, y llévaselos a él. Los venderá a un joyero, y comprará leña, y podrá terminar su carrera.

LA GOLONDRINA: Querido Príncipe, no puedo hacer eso. *(Llora)* Me quedaré una noche más contigo; pero no puedo sacarte los ojos. Te quedarás completamente ciego.

EL PRÍNCIPE FELIZ: ¡Golondrina, golondrina, golondrinita. Haz lo que te pido!

Música alta.

La Golondrina le saca los ojos al Príncipe, que no se queja, y vuela. Suena la misma música que el día anterior, música alegre. Al otro lado ha aparecido el joven

con su mesa y su silla, ojeroso, sentado, estudiando con una pequeña luz, cubierto con una manta, pero muerto de frío, hambre y sueño. La Golondrina lleva hasta él los dos zafiros. Da una vuelta por la habitación. Deposita los zafiros delante de él. El joven tiene la cabeza hundida entre las manos. No puede percatarse del aleteo del pájaro, y cuando levanta la cabeza, descubre los hermosos zafiros.

EL JOVEN: (*Sorprendido y muy feliz*) Empiezo a tener suerte. Esto debe venir de algún pariente o de un buen amigo. ¡Ahora puedo terminar mi carrera!

Con la misma música, la Golondrina regresa de nuevo al Príncipe Feliz, volando.

Música baja.

ILUMINACIÓN: Se apaga el foco de la pantalla.

LA GOLONDRINA: Ahora estás ciego. Así es que me quedaré para siempre contigo.

EL PRÍNCIPE FELIZ: No, golondrinita. Debes irte a Egipto.

LA GOLONDRINA: Me quedaré para siempre a tu lado.

*Se acurruca a los pies del Príncipe Feliz y se duerme. Suena la misma música suave con la que se durmió el día anterior. **Se hace el oscuro. Telón.***

ACTO III

ESCENA I: La burla

Música. El Príncipe Feliz en el centro. Entran la madre y el niño maleducado. Ambos visten ya de invierno. Los árboles están pelados. La madre se sienta en un banco. El niño se quita el abrigo y juega dando vueltas a la estatua. Se percata de que el Príncipe Feliz ha perdido los ojos. Se queda mirándolo sorprendido.

MÚSICA: Manamana. Alta-baja.

ILUMINACIÓN: Por la tarde. Luz clara y potente.

EL NIÑO: ¡Mamá, mamá! ¡El Príncipe está ciego. Le han arrancado los ojos...! (*Mirando al público con complicidad*) Y yo no he sido.

LA MADRE: ¡Niño, no digas bobadas!

EL NIÑO: (*Canta*) ¡Está ciego, está ciego! (*Le hace burla al Príncipe Feliz*)

LA MADRE: ¡Niño, más respeto! ¡Y ponte el abrigo, que te vas a resfriar! ¡Estos niños de ahora...! ¡En mis tiempos íbamos a hablar así!

*El niño se pone el abrigo sumiso, mirando de reojo a su madre. Salen la madre y el niño, éste delante, dándose la vuelta de vez en vez desconfiado. **Se hace el oscuro.***

ESCENA II: La niña

La misma música con la que empiezan las escenas similares las otras noches. Es de noche. El Príncipe Feliz vuelve a estar un poco hacia un lado. La Golondrina está revoloteando a su alrededor. Se detiene y charlan.

MÚSICA: Violín y piano Bach. Alta-baja.

ILUMINACIÓN: Es de noche. Filtro azul.

EL PRÍNCIPE FELIZ: Hay que ver, Golondrinita, qué historias más fantásticas me cuentas, y qué sitios más maravillosos conoces. Si yo hubiera salido alguna vez de mi palacio...

LA GOLONDRINA: Sí. Yo te hubiera guiado por todos esos lugares maravillosos.

EL PRÍNCIPE FELIZ: Pero, Golondrinita, más maravilloso que todo eso, es el sufrimiento de los hombres y las mujeres. No existe misterio más grande que el de la miseria. Vuela sobre mi ciudad, golondrinita, y dime lo que ves en ella.

Salen la madre, con los pañuelos en la mano, y la niña con su hermanito (un muñeco). La madre se queda de pie mirando a sus hijos tristemente. La niña se sienta cruzando las piernas y acuna el muñeco mientras las lágrimas le caen por la carita. Música.

ILUMINACIÓN: Foco de la pantalla.

LA NIÑA: ¡Tenemos mucha hambre!

Música alta.

La Golondrina vuela, da una vuelta alrededor de la niña y vuelve al Príncipe Feliz.

Música baja.

LA GOLONDRINA: Allá abajo, en la plaza, hay una familia vendedora de pañuelos de papel. Hace poco que han llegado en una patera desde Senegal. Están ilegales y tienen que huir de la policía y nadie les ayuda. Duermen en la calle. Por el día venden pañuelos en los semáforos. El padre intenta encontrar trabajo en los invernaderos. El hermanito pequeño tiene frío. Su hermana y él están llorando. Y la madre los mira con ternura, trata de consolarlos y sufre por dentro sin desmoronarse. Hace días que casi no comen. Y todos están tan sucios...

EL PRÍNCIPE FELIZ: Estoy cubierto de oro fino. Me lo debes quitar, hoja por hoja, y darlo a mis pobres; los hombres creen siempre que el oro puede hacerlos felices. Empieza con esa familia, así podrán comer algo y encontrar cobijo.

MÚSICA: Concierto para trompa. Alta.

Suena la misma música alegre que las otras noches. La golondrina arranca del Príncipe Feliz una lámina de oro, vuela por todo el escenario hasta la niña, que sigue sentada con las piernas cruzadas y llora desconsolada, por lo que no puede verla. Da una vuelta en torno a ella y deja la lámina de oro sobre su regazo.

NIÑA: ¡Qué lámina más bonita! ¡Mira, mamá! (*Se levanta y va hacia su madre acunando a su hermano. Ríe y canta*)

MADRE: ¿Qué es esto! ¡Oro! ¡Hija, hoy podremos cenar y dormir calientes! ¡Corre, vamos a buscar a vuestro padre!

Con la misma música la golondrina vuela hasta el Príncipe Feliz y se coloca a su lado.

Música baja.

ILUMINACIÓN: Se apaga el foco de la pantalla.

LA GOLONDRINA: Ya está. Ahora mismo la niña corre con su hermanito y con su madre en busca de su padre. Están muy felices.

EL PRÍNCIPE FELIZ: Muy bien, golondrinita. Así haremos, noche tras noche, con todo el oro que me cubre.

*La golondrina se acurruca delante del Príncipe Feliz. Se duerme. **Se hace el oscuro.** Suena la misma música suave de otras veces.*

ESCENA III: Los enamorados y el estudio

Por el lado contrario aparecen los enamorados. Se sientan en el banco.

MÚSICA: Jazz romántica. toda la escena. Alta-baja.

ILUMINACIÓN: Es al atardecer. Luz tenue (filtro anaranjado).

ELLA: ¡Ya has vuelto a suspender! ¡Ya te quedan ocho para Navidad! ¡Más que el año pasado!

ÉL: ¡Te prometí que me iba a superar! ¡Es casi un record! (*Se ríe*)

ELLA: ¡Sí, ya. Y encima te ríes!

ÉL: Te juro que me lo sabía. Ayer me lo sabía. Me tiré un montón de tiempo estudiando...

ELLA: Sí, cuánto...

ÉL: (*Lo piensa un momento*) Diez minutos.

ELLA: ¡Pues claro! Y así quieres aprobar.

ÉL: ¡Es el profesor, que me tiene manía! (...) No. ¿Sabes lo que me pasó?

ELLA: ¿Qué!

ÉL: Pues que iba a empezar a escribir..., y me acordé de ti. Y ya estuve pensando en ti durante todo el examen. (*Se acerca a ella cariñoso*)

ELLA: (*Rechazándolo, pero sin violencia*) ¡Sí, claro, o en las golondrinas!

ÉL: ¡Ah! Pues a lo mejor fue eso. Me distraje pensando en la golondrina de la estatua. ¿Dónde estará? ¿La ves por ahí?

ELLA: A ver... ¡Sí! ¡Mírala!

ÉL: Se habrá hecho amiga de la estatua.

ELLA: ¿Qué habrá hecho de ayer a hoy? Parece cansada.

ÉL: Habrá estado en el río, para ver al junco.

ELLA: (*Ofendida*) ¡No, porque le ha dejado! (*Más tranquila*) ¡Habrá intentado alcanzar a sus amigas! Parece que va a dormir.

ÉL: (*Se levanta*) Sí. Y nosotros también. Anda, vámonos... (*Saliendo ya con ella de la mano*) Que tengo que estudiar.

Se van. Se hace el oscuro. Quedan solos la Golondrina y el Príncipe Feliz. Música.

ESCENA IV: La muerte

Nada ha cambiado. Suena una música de amor y muerte. Ahora la Golondrina revolotea cansadamente por todo el escenario hasta que se detiene junto al Príncipe Feliz.

MÚSICA: *Nana de Falla. Alta-baja.*

ILUMINACIÓN: *Es de noche. Filtro azul.*

LA GOLONDRINA: *(Muy cansada y triste)* Adiós, querido Príncipe. ¿Me permites besar tu mano?

EL PRÍNCIPE FELIZ: Me alegra que puedas por fin regresar a Egipto, golondrinita. Ya has estado demasiado tiempo aquí; pero tienes que besarme en los labios, porque te amo.

LA GOLONDRINA: No es a Egipto a donde voy. Voy a la Casa de la Muerte. La Muerte es la hermana del sueño, ¿no es verdad?

Sigue la misma música lenta, dulce y muy triste. La golondrina besa al Príncipe Feliz en los labios. Y cae muerta a sus pies. En ese momento el Príncipe Feliz hace una mueca de dolor y se lleva la mano al pecho.

EL PRÍNCIPE FELIZ: *(Con dolor. Le cuesta mucho hablar)* Mi corazón de plomo se ha partido en dos. *(Queda mudo y sombrío, mirando a la Golondrina muerta en el suelo, a su lado)*

Sube la música de volumen, se mantiene un poco la escena parada, y se hace el oscuro.

ESCENA FINAL: Más allá de la muerte

Amanecer. A la mañana siguiente, el Alcalde, en la plaza, acompañado por los concejales de la ciudad, junto a la estatua del Príncipe Feliz, que vuelve a ser la de la primera escena del primer acto, pero muy deteriorada. Miran hacia la estatua, que está de nuevo en el centro de la escena. Junto a ella, en el suelo, debe haber un muñeco que representa a la Golondrina.

Estatua estropeada.

MÚSICA: *Amanecer de Grieg (11seg.)*

ILUMINACIÓN: *Es al amanecer. Luz tenue (filtro anaranjado).*

MÚSICA: *En el castillo... Alta-baja-alta.*

ILUMINACIÓN: *Es por la mañana. Luz clara y potente toda la escena.*

ALCALDE: ¡Válgame Dios! ¡Qué feo se ve el Príncipe Feliz!

CONCEJAL 1: ¡Es verdad, qué asqueroso!

CONCEJAL 2: Sí que da asco mirarlo.

Se acercan y examinan la estatua.

ALCALDE: El rubí se ha caído del puño de su espada, los ojos han desaparecido, y ya no tiene nada de oro encima. Casi no se diferencia de un mendigo.

CONCEJALES: No se diferencia de un mendigo.

ALCALDE: *(Con cara de asco)* ¡Y aquí hay un pajarillo muerto a sus pies! *(Enfadado)* ¡Debemos promulgar un bando, prohibiendo que los pájaros mueran aquí!

El Concejal 1 toma nota. Los tres se callan y quedan como paralizados, debe notarse la convención. Por el otro lado entran dos operarios municipales y se llevan la estatua y la golondrina la echan encima, salen por donde han entrado. El Alcalde y los concejales han quedado a un lado.

MÚSICA: Cávatela. Alta.

MÚSICA: En el castillo. Baja. Va subiendo.

ALCALDE: Tendremos que levantar otra estatua, por supuesto. *(Queda pensativo un momento. Los concejales lo miran expectantes)* Y, por ejemplo, podría ser una estatua mía. *(Pone pose solemne de estatua)*

CONCEJAL 1: ¡O la mía!

CONCEJAL 2: ¡No! ¡La mía! *(Al público)* ¡Miren qué perfil!

CONCEJAL 1: *(Le empuja)* ¡Sí, hombre! ¡Qué se ha creído éste!

CONCEJAL 2: *(Le devuelve el empujón)* ¡No, si te parece, la tuya, que tienes una cara de sapo que no te ves!

CONCEJAL 1: *(Hace ademán de pegarle y el otro de defenderse)* ¡Te voy a...!

ALCALDE: *(Los separa enfadado)* ¡Callaos ya, imbéciles! *(Se detiene la pelea)* ¡La estatua será la mía, y no se hable más...! *(Solemne)* En la placa pondrá: “El gran Alcalde y promotor. En vida llenó la ciudad, la costa, las montañas de grandes edificios. Ahora ha ido a edificar la Ciudad dorada de Dios.”

CONCEJAL 1: *(Por lo bajo, mirando al público con malicia)* ¡Y allí también costarán sesenta millones los pisos de dos habitaciones?

Los tres se callan y quedan como paralizados otra vez, debe notarse la convención. Por el otro lado entra el fundidor. Lleva el corazón partido del Príncipe Feliz en la mano. Suena música lenta y dulce.

MÚSICA: Cávatela. Alta hasta el final.

EL FUNDIDOR: ¡Qué cosa más rara! Este roto corazón de plomo, no se puede fundir en el horno. Lo tenemos que tirar. Lo echaré ahí, al despojo, con esa golondrina muerta que vino sobre la estatua.

El fundidor queda también paralizado sobre la escena. Suena de nuevo la música lenta y dulce.

VOZ EN OFF: “Tráeme las dos cosas más preciosas de toda la ciudad” -dijo Dios a uno de sus ángeles; y el ángel le trajo el corazón de plomo y el pajarillo muerto.

-“Escogiste bien” -dijo Dios-. “Porque en mi Jardín del Paraíso, este pajarillo cantará eternamente, y en mi ciudad de oro, el Príncipe Feliz me alabará.”

Sube el volumen de la música. Telón.

Farsa y Justicia del Corregidor *Alejandro Casona (1900-1966)*

(Sala capitular con estrado. Gran puerta de cuarterones al fondo donde montan guardia dos alguaciles. Entran el Corregidor y el Secretario de audiencias. Hablan de los vinos y manjares con tierna malicia. como si estuvieran hablando de confidencias de amor.)

SECRETARIO---Por Cristo vivo que no recuerdo haber disfrutado en mi vida semejante banquete. Bien pregona la fama que en cien leguas a la redonda no hay mesa como la del señor corregidor.

CORREGIDOR---Cada edad tiene su pecado capital. A los veinte padecía la lujuria, a los treinta la ira y a los cuarenta la soberbia. Ahora, con mis cincuenta corridos, y antes que me llegue la avaricia, que es maldición de viejos, bendita sea esta gula que me libra de tantos males y a la que debo tantos bienes.

SECRETARIO---Según eso, ¿afirmaría vuestra señoría que la gula puede ser una virtud?

CORREGIDOR---Sin vacilar. En los años que lleva en mi secretaría, ¿qué le han parecido mis sentencias?

SECRETARIO---Todo el mundo las celebra como la suma de la bondad, de la sabiduría y la justicia.

CORREGIDOR---¿Y a qué lo atribuye vuesa merced?

SECRETARIO---Ante todo, a vuestro noble corazón.

CORREGIDOR---Error profundo.

SECRETARIO---A vuestro prodigioso cerebro salmantino.

CORREGIDOR---Tampoco, hermano. Todo el secreto está en el estómago.

(Mientras sirve licor en dos vasos.) Un hombre bien comido es siempre un hombre bueno. Un hombre bien bebido es siempre un hombre sabio. El día que a Salomón se le ocurrió la idea de partir a un niño en dos, estaba inspirado por una luminosa digestión. *(le ofrece un vaso al secretario y levanta el suyo.)*

2

¡Por el único pecado de carne que se puede llevar dignamente a mis años!

SECRETARIO---¡Por el nuevo Salomón de todas las Españas!

LOS DOS---¡Salud! *(Beben y restallan la lengua al probar y juzgar el licor de buena calidad)*

SECRETARIO---¿Tostado?

CORREGIDOR---Demasiado viejo para eso.

SECRETARIO---¿Solera?

CORREGIDOR---Demasiado joven.

SECRETARIO---Entonces moscatel.

CORREGIDOR---Tu dixisti.

SECRETARIO---Bendita sea la cepa madre. *(Beben y restallan de nuevo.)* Y ese plato que hemos comido, ¿no podríais decirme de qué dulce milagro está hecho?

CORREGIDOR---¿No lo adivina aún?

SECRETARIO---Por momentos sabía a perrillo de monte; por momentos, a muslo de volatería.

CORREGIDOR---Tal vez fueron ambas cosas juntas. Piense en una.

SECRETARIO---¿Paloma torcaz?

CORREGIDOR---Demasiado duras; vuelan largo.

SECRETARIO---¿Perdiz?

CORREGIDOR---Demasiado flojas; vuelan corto. Piense más alto.

SECRETARIO---¿Pato salvaje?

CORREGIDOR---Menos popular.

SECRETARIO---¿Garza?

CORREGIDOR---Más noble aún.

SECRETARIO---¡Faisán!

CORREGIDOR---¡Bravo, secretario! Ya está desvelada la mitad del misterio.
¿Vamos con la otra mitad?

(Se sientan juntos en plena intimidad confidencial.)

SECRETARIO---Esperad que recuerde. Olía a campo y a fruta.

CORREGIDOR---Buen principio.

SECRETARIO---El sabor era de muerte reciente y en sazón: como de cerdo por diciembre.

CORREGIDOR---Cerca le anda. Pero ¿y aquella inocente ternura de manteca?

SECRETARIO---¿Lechón, quizá?

CORREGIDOR---Caliente, caliente. Pero ¿y aquél sabor de carne perseguida?

SECRETARIO---¿Venado?

CORREGIDOR---¡Que se quema! Pero ¿y aquel gusto bravío de retama?

SECRETARIO---¿Jabalí?

CORREGIDOR---¡Lechón de jabalí con salsa de ciruelas!

SECRETARIO---¡Alabado sea el Santísimo! ¿Y a qué espera el cabildo para levantar una estatua a vuestra cocinera?

CORREGIDOR---¿Cocinera? ¡Vade retro, blasfemo! Si mi cocinera fuera capaz de tal prodigio, ya hace tiempo que sería mi esposa. No, hijo mío; las mujeres se quedan en los platos mostrencos: la olla podrida, la pepitoria o la menestra. Algunas, más audaces, llegan al estofado de liebre con olivas..., y hasta hay casos aislados de paella. Pero la cocina artística está reservada al genio del hombre. Y , entre todos los llamados, sólo hay un elegido...

3

SECRETARIO---¡Ciego de mí! No digáis más: ¡Juan Blas, el posadero!

CORREGIDOR---¡Juan Blas el de las Manos de Oro!

SECRETARIO---Ahora lo comprendo todo.

CORREGIDOR---Todo, no. Todavía queda un detalle sutil. *(Se acerca más. Baja la voz.)* ¿No percibió en el guiso cierto aroma furtivo..., como una trampa en el juego..., como una cita con una recién casada?

SECRETARIO---Sí, por cierto; un tufillo inquietante.

CORREGIDOR---¡Ay!... Era el perfume del pecado.

SECRETARIO---¿Qué pecado?

CORREGIDOR---Míreme bien a los ojos. ¿Soy yo un hombre honrado?

SECRETARIO---El más honrado, el más justo, el más incorruptible de los jueces.

CORREGIDOR---Pues bien, hermano: eso que acabamos de comer juntos era el producto de un robo.

SECRETARIO---¡Imposible! ¿Su señoría robando?

CORREGIDOR---Yo pecador.

SECRETARIO---¿Y yo vuestro cómplice? ¿Yo vuestro encubridor por una hora de gula?

CORREGIDOR---Es mi talón de Aquiles. Póngame delante una sonrisa de moza o una lágrima de viuda, y me verá impávido. Póngame a los pies todo el oro del mundo, y no me verá doblar la vara de la justicia. Pero no me ponga un lechón de jabalí con salsa de ciruelas porque soy hombre al agua. *(Levanta su vaso)* ¡Por

Juan Blas, el posadero, que Dios me conserve por los siglos de los siglos!
 SECRETARIO---Amén.
(Chocan y beben. Se oyen fuera dos tiros, gritos lejanos y la voz de Juan Blas que llega corriendo).
 VOZ---¡Socorro! ¡Favor!
 ALGUACILES--- (Deteniéndole). ¡Alto!
 POSADERO---¡Que me matan! ¡Piedad para un inocente!
 SECRETARIO---¡Dios de Dios! ¿No es Juan Blas el posadero en persona?
 CORREGIDOR---¡Dejadle paso!
(Los alguaciles se apartan. Juan Blas cae de rodillas, temblando a los pies del Corregidor.)
 POSADERO---¡Por su alma, señor corregidor, sálveme! ¡Cuatro hombres me vienen persiguiendo dispuestos a arrancarme el pellejo!
 CORREGIDOR---¿En mi presencia?
 POSADERO---Con la furia que traen son capaces de todo.
(Se oye el griterío llegando a la puerta). ¡Ahí están! ¡Muerto soy si la vara de la justicia no me ampara!
 CORREGIDOR---Pronto, secretario, detenga a esos hombres. Y que no entre nadie hasta que yo lo ordene. *(Salen el secretario y los alguaciles cerrando la puerta. Fuera va calmándose el tumulto.)*
 Tranquilízate, hijo mío. ¿Por qué te persiguen?
 POSADERO---Por cuatro cosas en que no tengo culpa: un robo, un mal parto, cuatro costillas rotas y un rabo de burro.
 CORREGIDOR---Nunca escuché juntos tan extraños delitos. Expílicate.
 4
 POSADERO---Lo del robo, mejor lo sabe su señoría que yo. Es aquel lechón de jabalí que me hizo traerle esta mañana. Imagínese cómo se puso el cazador cuando volvió a buscarlo y se encontró con las manos vacías.
 CORREGIDOR---Era de esperar. Pero ¿no le dijiste que el lechón se había escapado del horno, como te mandé?
 POSADERO---¡Nunca tal hubiera dicho! ¡Eché mano a la escopeta jurando como un demonio, y si no pongo pies en polvorosa a estas horas está su señoría hablando con un cadáver!
 CORREGIDOR---Comprendo lo del cazador. Pero ¿y los otros?
 POSADERO---Todo lo enredó mi mala estrella. Huyendo del cazador, le rompí cuatro costillas a un peregrino; huyendo del peregrino, atropellé a la mujer del sastre que estaba embarazada; y huyendo del sastre, ocurrió la desgracia más sangrienta. La del burro.
 CORREGIDOR---¿Qué desgracia y qué burro son esos?
 POSADERO---El burro del leñador. Era mi única salvación para escapar, pero el maldito animal se echó al suelo; yo quise levantarlo a la fuerza tirándole del rabo, y él que no, yo que sí, tanto tiramos los dos que me quedé de cuajo con el rabo entre las manos. Y ahí están los cuatro como cuatro furias pidiendo a gritos mi cabeza. ¡Defiéndame señor!
 CORREGIDOR---Calma, Juan Blas, calma. Difícil es tu caso, pero soy hombre agradecido ¡y mal potaje de nabos me dé Dios si no te salvo! Que más le valiera a la República perder sus monumentos y su historia que perder un cocinero como tú.
 POSADERO---*(Besándole las manos.)* ¡Gracias, señor, gracias!
(El Corregidor sube a su estrado y agita la campanilla. Se abre la puerta.)

CORREGIDOR---Que pasen los querellantes.
(*Entran en tropel detrás del Secretario, el cazador con su pluma y escopeta, el peregrino con su bordón y conchas santiaguesas, el sastre con sus enormes tijeras y el leñador con su rabo de asno. Los alguaciles quedan nuevamente en la guardia*).

CAZADOR---¡Ahí está el ladrón! ¡a la picota!

SASTRE---¡El asesino de niños; a la horca!

PEREGRINO---¡Mis costillas....., ¡ay, mis pobres costillas!

LEÑADOR---¡Mi pollino querido..., mi compañero de fatigas! ¡Mire señor, este triste despojo!

TODOS-- ¡Justicia señor corregidor!

CORREGIDOR---(*Imponiéndose a campanillazos*) ¡Silencio todos! Siéntese el acusado y siéntense los querellantes. Y oigamos en derecho a las dos partes.
(*Alza el brazo solemne.*) En nombre del Padre, etcétera, etcétera. ¿Juran todos decir, etcétera, etcétera?

TODOS---¡Juramos!

CORREGIDOR---. Queda abierta la audiencia. Escriba, secretario. (*Se sienta. Los cuatro acusadores vuelven a alborotarse*).

CAZADOR--¡Cien latigazos a ese ladrón!

PEREGRINO--¡Mis costillas ... mis costillas!

SASTRE--¡Venganza para un padre malogrado!

5

LEÑADOR--¡Justicia contra ese arrancador de rabos inocentes! (Llora besando y acariciando su despojo).
(*Se oyen campanillazos*).

CORREGIDOR--- ¡Silencio, repito o hago desalojar la sala! Que hable el primero.

CAZADOR---(*Se levanta.*) Yo señor, soy cazador de oficio. Esta mañana salí temprano al monte y tuve la fortuna de cazar un faisán y un lechón de jabalí, que juntamente con una libra de ciruelas, llevé al horno de este enemigo público. Tres horas después vuelvo con la boca en agua a reclamar mi guiso, ¿y sabe su señoría con qué cuento me sale el muy bribón? ¡Que se atreva a repetirlo delante de la Justicia!

CORREGIDOR---Conteste el reo. ¿Dónde están las ciruelas de este hombre?

POSADERO---Se las comió el faisán.

CORREGIDOR---¿Y el faisán?

POSADERO---Se lo comió el jabalí.

CORREGIDOR---¿Y el jabalí?

POSADERO---No hice más que abrir el horno y echó a correr hacia el monte como una centella.

CAZADOR---¿Cuándo se ha visto mayor desvergüenza? Encima del robo, el embuste y el escarnio. ¿No es para mandarlo al garrote de cabeza?

CORREGIDOR---Calma, cazador, que la ira es mala consejera. Juzguemos serenamente. Por lo pronto, las tres afirmaciones que ha hecho el acusado podrán ser sospechosas “de facto”, pero “in principio” son indiscutibles. ¿Puede nadie negar que un faisán coma ciruelas?

CAZADOR---Eso no.

CORREGIDOR---¿Puede nadie negar que un jabalí coma faisanes?

CAZADOR---Tampoco.

CORREGIDOR---¿Y puede nadie negar que un animal de monte tire al monte?

CAZADOR---Pero, señor corregidor, es imposible. El jabalí estaba muerto y bien

muerto.

CORREGIDOR---Nada hay imposible ante la voluntad de Dios. Muerta estaba la hija de Jairo cuando le fue dicho: “Dormida estás, ¡despierta!”.

SECRETARIO---San Mateo, capítulo nueve, versículo veinticinco.

CORREGIDOR---Muerto y bien muerto estaba Lázaro cuando le fue dicho: “Levántate y anda”.

SECRETARIO---San Juan, capítulo once, versículo cuarenta y tres.

CORREGIDOR---¿Vas a poner en duda los santos Evangelios?

CAZADOR---¿Qué importan ahora San Juan y San Mateo?

CORREGIDOR---¿Cómo que no importan? ¡Anote, secretario!

SECRETARIO---Anoto. (*Escribe vertiginosamente*)

CAZADOR---De lo que se trata aquí es de Juan Blas el posadero. Y yo afirmo que un posadero no puede hacer milagros.

CORREGIDOR---¡Imprudencia temeraria! ¿No tienen acaso todos los posaderos del mundo el don de transformar el agua en vino como en las bodas de Caná?

¡Anote!

SECRETARIO---Anoto.

CAZADOR---Yo no hablo de agua ni de vino, sino de mi jabato al horno. ¡Y lo que yo digo es que la carne al horno muerta está y muerta se queda para siempre!

6

CORREGIDOR---¿Qué dices, insensato? ¿Serás también capaz de negar la resurrección de la carne? ¡Anote!

SECRETARIO---Anoto.

CAZADOR---Pero, señor corregidor...

CORREGIDOR---¡Silencio! ¿Anotó?

SECRETARIO---Anoté.

CORREGIDOR---Lea el folio.

SECRETARIO---Primo: el deponente confiesa ser cazador de oficio, con desprecio evidente del quinto mandamiento: no matarás. Secundo: declara impudicamente no importársele un rábano de los Santos Testimonios y las bodas de Caná. Tercio: manifiesta abiertas dudas y recelos sobre el dogma de la resurrección de la carne. Cuarto...

CORREGIDOR---Suficiente. Lo siento por ti, hijo mío. Podría perdonarte que hayas tratado de difamar a un honrado ciudadano, sin pruebas ni testigos; y hasta que hayas penetrado con armas en el templo de la Justicia. Pero esa herejía “in fraganti” no habrá más remedio que someterla a la Santa Inquisición.

CAZADOR---¿La Inquisición? (*Cae de rodillas*) ¡Misericordia, señor! Yo abjuro, reniego y me retracto de todo lo dicho. ¡Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa!

CORREGIDOR---¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO---Por mi parte puede ir en paz. Yo le perdono.

CAZADOR---Gracias, hermano Blas. Gracias, señor.

CORREGIDOR---(*Agita la campanilla y se prepara para sentenciar. Todos en pie.*)

Vista la conciliación de las partes: devuélvase al posadero la honra y fama que se le había quitado. El primer faisán y el primer jabalí que cobre el cazador tráigalos a este tribunal como descargo. Y, previo el pago de veinte reales para ayuda de costas, ásese, condiméntese y sírvase. ¡Digo! ¡Sobreséase, lácrese y archívese! (*Nuevo campanillazo. Sale el cazador, se sientan todos*). Que hable el segundo.

PEREGRINO---Yo, señor, soy un pobre peregrino de vuelta de Compostela.

Estaba en la iglesia rezando santamente mi rosario, cuando siento allá arriba en el coro un estrépito de carreras y alaridos como de gatos en enero. No hago más

que levantar los ojos creyendo que se hundía el firmamento y, de repente, este posadero del infierno que se me desploma encima rompiéndome cuatro costillas. ¿Qué va a ser ahora de mí, viejo y tullido? ¡Justicia en nombre del Cielo!
CORREGIDOR---(*Encarando furioso al Posadero*) ¡Ah Bestia del Apocalipsis! ¿A un anciano bendito del Apóstol, en plena oración y en plena iglesia? ¿Cómo puedes disculpar tal sacrilegio?

POSADERO---Yo iba ciego de terror y entré en sagrado buscando refugio. El cazador me persiguió con la escopeta escaleras arriba. No me quedaba otra salida que saltar la baranda. Entonces, ... cerré los ojos y...¡zas! ¿Quién podía imaginar que este santo varón estuviera debajo?

CORREGIDOR---¡Basta! Has incurrido en pecado de profanación y la Ley ha de ser inexorable contigo. ¡Ojo por ojo, costilla por costilla! Vete ahora mismo a la iglesia y arrodíllate a rezar el rosario.

Tú, peregrino, súbete al coro, cierra los ojos y tírate sin miedo encima de él.

PEREGRINO---Pero, señor corregidor, ¿son siete varas de altura!

CORREGIDOR---Mejor; cuanto más alto el coro, mayor será el castigo.

7

PEREGRINO---¿Y si no atino y caigo en las baldosas? ¿Y si en lugar de sus costillas se rompen otras cuatro de las mías?

CORREGIDOR---¿Cómo, hombre de poca fe! ¿Vas a dudar del juicio de Dios?

PEREGRINO---¡No! No es la fe lo que me falta. Pero pensándolo bien, con las costillas que me quedan, todavía puedo arreglarme. ¡Y es tan cristiano sufrir y perdonar! Si el señor lo permite prefiero retirar la demanda.

CORREGIDOR---¿Tiene algo que oponer el acusado?

POSADERO---Nada, señor.

CORREGIDOR---En ese caso...(*campanillazo y todos en pie*) Visto el mutuo consenso y la cristiana renunciación del demandante: por esta sola vez, y sin que sirva de precedente, autorícese al peregrino a seguir viaje, libre de toda costa caución y emolumento. Sobreséase, lácrese y archívese. (*Se sientan todos*).

CORREGIDOR---Que hable el tercero.

(*Se levanta el sastre*).

SASTRE---Yo, señor, soy sastre de tijera, como puede verse. Hace siete años que me casé soñando con un hijo a quien dejar mi oficio y mis ahorros, pero el fruto esperado no llegaba. Nos pasábamos las noches enteras rezando juntos, y nada. Las comadres acudían con yerbas, ensalmos y jaculatorias, y nada. La llevé a las benditas aguas de San Serenín del Monte, y tampoco. Ya empezaba a desesperar, cuando por fin el milagro se hizo. ¡Imagínese mi gozo! Día por día le medía la cintura bendiciendo cada nueva pulgada y considerándome el más feliz de los sastres padres...

CORREGIDOR---Conmovedora historia, pero al grano, al grano.

SASTRE---Pues el grano fue que este mediodía íbamos juntos a la iglesia a dar gracias al Cielo cuando, de repente, la puerta que se abre de golpe, este energúmeno que sale como una tromba estrellándose contra mi mujer, y entre el encontronazo y el espanto, ¡mi trabajo de siete años perdido en un minuto!
¡Justicia contra el asesino!

POSADERO--¡Soy inocente! ¡Si yo hubiera sabido que tu mujer estaba embarazada, antes me hubiera dejado arrancar los ojos que rozarla siquiera!
¡Perdón, hermano sastre!

SASTRE---Nada se arregla con perdones. Esta mañana yo era un hombre feliz y ahora soy un desdichado. Esta mañana mi mujer estaba llena y redonda como una

manzana, y ahora está floja y escurrida como un odre. ¡Justicia, señor corregidor!
CORREGIDOR---¡Ah miserable posadero! ¡De ésta sí que no te salvas! ¡Llévate a tu casa a la mujer de este buen hombre, y no descanses hasta devolvérsela llena y redonda como estaba! ¡Pronto!

POSADERO---(*Levantándose resuelto*) ¡Vamos!

SASTRE---¡Alto ahí! ¡Protesto la sentencia!

CORREGIDOR---Protesta rechazada. Si este infame te ha arruinado una cosecha, ¿no es justo que te devuelva otra cosecha?

SASTRE---Me niego. ¡Es una injusticia manifiesta!

CORREGIDOR---¿Insulto a la autoridad? ¡Veinte reales de multa por desacato al tribunal! (*el secretario escribe vertiginosamente, usando varias hojas de papel*)

SASTRE---No me importa el precio. ¡Todos mis ahorros con tal de ver a ese desalmado en la picota!

CORREGIDOR---¿Intento de soborno? ¡Cuarenta reales!

8

SASTRE---(*Desesperado, buscando amparo en el público*) ¿Oyen esto vecinos? ¿Puede consentirse este atropello?

CORREGIDOR---¿Incitación a la rebelión? ¡Ochenta reales!

SASTRE---¡Apelaré a su majestad! ¡Si es necesario llegaré hasta Roma!

CORREGIDOR---¿Colaboración con una potencia extranjera? ¡Ciento sesenta reales! ¿Tienes algo más que alegar?

SASTRE---(*Calmándose de repente*) Nada, señor, muchas gracias. Solo quisiera hacer constar humildemente --sin alevosía ni ensañamiento-- que, en cuanto al posadero, renuncio a toda restitución en especie. Mis cosechas prefiero sembrármelas yo mismo.

CORREGIDOR---Puesto así, puede considerarse. ¿De acuerdo el acusado?

POSADERO---(*Con cierto aire de resignación*) De acuerdo.

CORREGIDOR---Conciliadas las partes. (*Campanillazo y en pie todos*) Veinte, cuarenta, ochenta, y ciento sesenta, trescientos reales redondos. Páguese, cóbrese y embólsese. (*Sale el Sastre y se sientan los demás*) Que hable el cuarto. (*El leñador se levanta dudoso y confuso, vacila y esconde su rabo. De pronto, echa a correr hacia la puerta. Los alguaciles cierran el paso.*)

CORREGIDOR---¡Alto! ¿Adónde va ese loco?

LEÑADOR---Es tarde y tengo que llevar mi leña al mercado.

CORREGIDOR---Aguarda, hijo. Primero tienes el derecho a que se te escuche y se te haga justicia. ¿No traías una acusación contra este maldito posadero?

LEÑADOR---¿Una acusación yo? ¡Jamás! Yo juro y perjuro por toda la corte celestial que mi burro nació sin rabo, que toda su vida ha vivido sin rabo, y que sin rabo ha de morir en paz y en gracia de Dios. ¡Con licencia, señor corregidor! (*Sale corriendo*).

FIN

Sancho Panza en la ínsula Barataria

Esther Suárez Durán

Versión libérrima (hecha por encargo), para teatro de calle, basada en la obra *Sancho Panza en la ínsula Barataria*, de Alejandro Casona, y en los sueños del Excelentísimo Señor, ciudadano desta Villa, Don Miguel Santiesteban. ¡Que muchos años viva y haga teatro! (pero con otros dramaturgos, ¡por Dios!)

Personajes

SANCHO PANZA
MAYORDOMO
SASTRE
CLIENTE
NEGRITO
GALLEGO
BUSCONA
GANADERO

SECRETARIA
CARNICERO
MUCHACHA
VIEJO ESPERPÉNTICO
VIEJA ESPERPÉNTICA
VECINOS
MÚSICOS

Todos los personajes pueden ser muñecos o, si se prefiere, algunos pueden ser actores con máscaras.

Nota: Varios días antes a la fecha de la representación deberán colocarse en determinados puntos de la ciudad unos carteles al uso de la época que recen del siguiente modo:

A TODOS LOS CIUDADANOS DE LA VILLA:

SE LES HACE SABER QUE EL PRÓXIMO DÍA ___ DE _____ , EN EL _____, DE ESTA VILLA, SU SEÑORÍA ILUSTRÍSIMA, EL SEÑOR DON SANCHO PANZA, HARÁ UNA VISTA PARA EJERCER JUSTICIA. DE ESTE MEDIO SE LES CONVOCA A TODOS LOS CIUDADANOS QUE TENGAN PLEITOS PENDIENTES A PRESENTAR LOS MISMOS ANTE SU EMINENCIA.

LA ADMÓN.

Carnaval con los personajes típicos de la ciudad mezclados con aquellos propios del Día de Reyes. Por una de las calles de la ciudad avanza la tropa de actores en medio de un gran jolgorio. A medida que avanzan, los vecinos, con su ayuda, irán engalanando las fachadas con cadenetas y banderitas de papel, banderolas de tela, pendones y todos los otros accesorios posibles producto de la imaginación y la participación popular.

En medio del carnaval aparece Sancho, montado en un burro que podrá construirse de modo semejante a los caballitos que usaban nuestros Cabildos en las fiestas del Día de Reyes.

SANCHO. *(A uno de los vecinos.)* Decidme, buen hombre, por fortuna, ¿será esta la ínsula Barataria?

VECINO. Bueno, esta es una villa que está en una Isla, pero como que barato... aquí... no hay nada.

SANCHO. *(Canta.)* Mi señor, Don Quijote, me prometió/ como fiel escudero un buen lugar/ en el Nuevo Mundo donde mandar./

CORO. Su señor Don Quijote bien loco está/ porque, en este pedazo, barato no hay na./

SANCHO. Pues, a fe mía, que este es el lugar/ donde yo vengo a mandar y mandar./

CORO. Si su excelencia se empeña en quedar,/ ¡bienvenido sea al Carnaval!/
VECINO. ¿Qué quiere ser? ¿Gobernador?/ Pues, gobierne, señor, ¡al por mayor!/
CORO. La fiesta es espacio para disfrutar./ Disfrazados todos en el Carnaval,/ sea lo que quiera, lo que desee ser,/ gobierne, señor, ¡y hágalo bien!/
Mientras la música sigue, le colocan los atributos: una olla por corona, una escoba al revés por vara de justicia, y una banda atravesada al pecho.

VECINO. ¡Demos todos vivas a su excelencia el Señor Don Sancho!

TODOS. ¡Viva!

Se alza una tela que reza: HOY TOMÓ POSESIÓN DE ESTA ÍNSULA EL SEÑOR DON SANCHO PANZA, QUE MUCHOS AÑOS LA VACILE.

Aparecen unos viejos esperpénticos bailando.

VIEJA. ¡Pero, qué es esto! ¿Están todos turulatos? ¿Cómo vamos a entregarle las riendas de nuestras vidas a un loco semejante?

VIEJO. No crea usted que el poder se ejerce de otro modo en otras partes. ¡Que viva! ¡Viva el Carnaval! *(Cesa la música.)*

SANCHO. ¿Puedo ya mandar?

VECINO. Ansiosos estamos.

Todos ríen, se burlan.

SANCHO. Pues a vos, Mayordomo, mando en primer lugar.

VECINO. ¿Mayordomo, yo? *(Los demás le hacen señas. Reacciona. Hace una reverencia.)* Pues, mande usted, señor.

SANCHO. Cuidad de este noble corcel, como si fuera mi propio hermano. *(Le entrega el burro.)*

MAYORDOMO. ¿Cuál corcel, señor?

SANCHO. *(Tapa las orejas del burro.)* Mi burro, que por no avergonzarlo con ese nombre vil, le llamo así. ¡Tratadlo, pues, con la reverencia debida a un burro del

Poder! (*Transición.*) No será el primer asno que reciba honores por méritos que no son suyos.

MAYORDOMO. Señor...

SANCHO. (*Le advierte.*) Mayordomo... Con quien tiene el mandar, callar y callar.

MAYORDOMO. (*Tomando al burro, lo pasa a otro Vecino.*) Atiéndase al corcel del señor Gobernador.

VECINO. (*Le pasa el asno a otro.*) Atiéndase al señor Gobernador del corcel.

VECINA. (*Le pasa el asno a alguien del público.*) Atiéndase al señor corcel del Gobernador. (*Lo instruye para que siga el juego con otras personas, hasta que un actor recobra al asno.*)

SANCHO. (*Pasmado ante el traslado de órdenes, al público.*) ¡Prodigiosa organización! (*Al Mayordomo.*) Y ahora, que pase el primer pleitante.

MAYORDOMO. ¿Pleitante? (*Reacciona.*) ¡A la orden! (*Transición.*) ¡Que pase el primer problemático, que diga, litigante!

Entran el Cliente y el Sastre. Se escucha la entrada de un punto guajiro.

SASTRE. (*Canta.*) Soy yo un viejo sastre pobre/ pero honrado y decente/ aunque pueda haber quien piense/ otra cosa diferente./

Llegó este hombre una mañana/ y me encargó un trabajo/ que hice de buena gana/ con esmero y sin relajo./

Cuando estuvo la obra lista/ y llegó la hora de cobrar,/ vino este preciosista/ y no me quiso pagar./

SANCHO. (*Al Cliente.*) ¿Cómo es eso, hermano?

Los vecinos lo animan a que cuente su versión.

CLIENTE. (*Canta.*) Sastres de toda la Tierra,/ modistas y costureras,/ conocida es la costumbre/ de quedarse con las telas./

De aquel pedazo de paño/ salía más que un sombrero,/ pero este sastre rastrero,/ nada dijo del tamaño./

Quería quedarse con la tela,/ portarse como un pillastre,/ que eso hacen los sastres,/ aunque les den candela./

SASTRE. (*Canta.*) ¿Y por eso me encargaste/ cinco sombreros de tu paño?/

CLIENTE. (*Canta.*) Y tú hacerlo me dejaste/ sin hablar de su tamaño./

SANCHO. A ver si aclaran, que no entiendo.

SASTRE. Llegó un día a mi tienda con un pedazo de paño, y me preguntó si era suficiente para hacer un sombrero.

CLIENTE. Y me dijo que sí.

SASTRE. Como suponía que sobraría tela y que yo me la cogería... me preguntó si saldrían dos...

CLIENTE. Y me dijo que sí.

SASTRE. Y así siguió preguntando hasta que del mismo trozo de paño... me encargó ¡cinco sombreros!

SANCHO. ¿Y?

SASTRE. Hechos están.

SANCHO. ¿Entonces?

SASTRE. Que no me quiere pagar.

SANCHO. ¿Por qué?

CLIENTE. (*Al Sastre.*) Muestra, muestra los sombreros.

SASTRE. ¡Aquí están! (*Muestra cinco pequeños sombreritos en cada uno de los dedos de la mano.*)

CLIENTE. (*Canta.*) Dígame usted en breve/ a quién sirven los sombreros,/ que no sea a los enanos/ de la amiga Blancanieve./

SANCHO. ¡Basta ya! ¡Basta! (*Hace una seña a los músicos. Se inicia el punto guajiro. Canta.*) Acabe ya la discusión/ que como juez de este caso,/ voy a dar en breve plazo,/ mi juiciosa conclusión./

La justicia tiene cosas/ mejores que atender,/ no se puede entretener/ con jugarretas mañosas./

Quede el Sastre sin su paga,/ el Cliente sin su paño,/ que en los dos ha habido engaño,/ trapacerías y celadas./

Y quédense los sombreros/ para advertir a los presentes/ que no se juega con la gente,/ el honor y el trabajo,/ ni se tiene el desparpajo/ de morder cuando no hay dientes./

¡Largo! ¡Fuera! ¡Piérdanse de mi vista!

Salen el Sastre y el Cliente. Se escucha la música de un rap.

VECINO. (*Canta.*) Este asunto es muy fácil/ y resuelto está/ pero cuando llego al agro/ y voy a pesar/ gasto toda mi plata/ y no compro na./

Se alza una enorme pesa. Sobre ella descansa una pierna de res minúscula.

VECINO. ¿Cuánto hay ahí?

CARNICERO. ¡Una vaca completa!

VECINO. (*Canta.*) ¡Una vaca entera! ¿Y dónde es que está?/ Que yo no la veo./ Yo no veo na./ Ay, pobre vaquita/ qué flaquita está,/ qué flaquita está,/ qué flaquita está./ Dele agua con azúcar,/ pienso y miel con pan/ a ver si esa vaquita/ se infla a reventar./ O deme a mí una lupa/ a ver si veo más./ ¡Qué flaquita está!/ ¡Qué flaquita está!/
(*A Sancho.*) ¿Tiene su señoría/ algo que concluir/ o piensa que lo que pido/ es mucho pedir?/

CORO. (*Canta.*) Señor sereno, (*A sotto voce.*) que no se puede decir/ que no se puede decir/ que no se puede decir./ (*Bis.*)

SANCHO. (*Carraspea, tose.*) ¡Mayordomo, el próximo! ¡Que pase el próximo!

MAYORDOMO. (*Que estaba en el coro, reacciona. Proyecta.*) ¡El próximo!

Entran el Gallego y el Negrito.

GALLEGO. ¡Se lo devolví, señor, se lo devolví!

NEGRITO. ¡Ojos que lo vieron ir... no lo vieron más!

GALLEGO. ¡Que sí!

NEGRITO. ¡Que no!

SANCHO. ¡Silencio todos! ¿Qué dilema los trae?

Se escucha obertura de la pieza «Mancontíviri y Galleguíviri», de La isla de las cotorras, de Jorge Anckerman.

NEGRITO. Ay, galleguíviri; ay, galleguíviri,/ cuándo es que tú me vas a devolver/ los diez pesos que te di,/ que no son para el maní,/ son para yo poder comer./

GALLEGO. Ay,mancontíviri; ay, mancontíviri,/ yo, memoria tan mala, nunca vi./ Cómo tú vas a pensar/ que me los quiero quedar,/ si tú eres un hermano para mí./

NEGRITO. Ay, galleguíviri.

GALLEGO. Ay, mancontíviri

NEGRITO. Yo creo que tú estás equivocao,/ los diez pesitos se fueron/ y ya nunca más volvieron/ y tú tiene a este negrito embarcao./

GALLEGO. Ay, mancontíviri.

NEGRITO. Ay, galleguíviri.

GALLEGO. Ten por seguro que el dinero ya te di,/ pero tú eres un desastre,/ a lo mejor te lo tomaste/ y ahora vienes a echarme la culpa a mí./

NEGRITO. ¡No me lo devolviste, gallego!

GALLEGO. ¡Que sí, señor, que sí!

SANCHO. (*Proyecta.*) ¡Está bueno! (*Se rasca la cabeza.*) ¿Qué queréis que haga yo, entonces, hermanos? (*Al Negrito.*) Si él se empeña en que sí y vos en que no, nada podemos sacar en limpio.

NEGRITO. Sólo le pido a Vuestra *Sesñoría* que le tome *juramento público* y solemne.

SANCHO. Sea como queréis. (*Al Gallego.*) ¿Estáis dispuesto a jurar, hermano?

GALLEGO. Dispuesto, señor.

SANCHO. Bien, veamos, entonces, por qué podéis hacer vuestro juramento.

GALLEGO. (*Solícito, se descalza una alpargata.*) Por una de mis alpargatas, señor, que es para los gallegos una de las cosas más sagradas. (*Al Negrito, dándole la alpargata.*)

Téngame usted aquí, vecino. (*El Negrito voltea la cara y se echa fresco con una mano.*) Juro ante esta alpargata, y por la salvación de mi alma, que he devuelto el dinero, poniéndolo con mi propia mano en su propia mano, solemne y públicamente.

¡Que el diablo me agarre si miento!

SANCHO. Hecho está el juramento. ¿Puedo hacer algo más por vos? (*El Negrito se ha desmayado.*) ¡Ea, qué sucede! Pregunto si queda algo más por hacer...

NEGRITO. (*Volviendo en sí.*) *Nasda*, señor. *Comos* siempre, la *curpa* la carga el *totís*. Agarra tu alpargata, peninsular, y a otra cosa, mariposa.

GALLEGO. (*Toma su calzado. A Sancho.*) ¿Puedo retirarme, señor?

SANCHO. (*Que ha quedado meditabundo.*) Aguarda. De manera que habéis devuelto el dinero... con vuestra propia mano... (*Toca la mano del Gallego.*) en su propia mano... (*Toca la mano del Negrito.*) solemne y públicamente.

GALLEGO. Así fue.

SANCHO. Extraño juramento ese sobre una alpargata... A ver, dámela acá. ¡Pronto!

GALLEGO. ¿Por qué, señor?

NEGRITO. ¡Hey, maraña en el Medio Oriente!

GALLEGO. (*Toma la alpargata.*) Porque algo me huele aquí a gato encerrado.

NEGRITO. ¡Qué mal huelen los gatos!

Sancho examina la alpargata, de ella sale volando un murciélago, se desliza una araña hasta que, por fin, caen unas monedas.

SANCHO. ¡Aquí está el gato!

NEGRITO. ¡Mi dinero!

SANCHO. (*Hace señas a los músicos. Se escucha la entrada de «Mancontíviri...».* *Canta.*) Ay, mancontíviri; ay, galleguíviri./

El dinero es algo de cuidar,/ pues distancia a los amigos,/ es envidia de vecinos./ Y a la tumba no te lo puedes llevar./

Ay, galleguíviri; ay, galleguíviri:/ la mentira tiene siempre mal final./ Aunque te puedas reír./ Aunque puedas tú gozar./ A la larga tú la tienes/ tú la tienes que pagar./ (*Al Negrito.*) Toma tu dinero, buen hombre. (*Transición.*) Y condénese a este otro, por falsedad pública, a comerse su alpargata.

GALLEGO. (*Mientras lo sacan de escena.*) Oiga, Don Sancho, que los dos somos gallegos, hombre... Por la Madre Patria...

NEGRITO. *(Canta.)* Ay, galleguíviri; ay, galleguíviri/ ahora sí vas a tener indigestión/ y no te puede salvar/ ni un lavado estomacal/ ni la leche de magnesia o la madre de Tarzán./*(Saliendo.)* ¡Adiós, peninsular!

De nuevo rompe el carnaval.

SANCHO. Venga, pues, vayámonos ya a bailar y a fiestar...

Entra la Buscona trayendo al Ganadero por el cabello. Tiene un aditamento al nivel de los ojos que le permite echar hilillos de agua con los que salpica a Sancho y al público cuando llora.

BUSCONA. *(Entrando. Canta en tono lírico con la música de la entrada de Cecilia en la zarzuela «Cecilia Valdés».)* ¡Justicia! ¡Justicia, señor! ¡Pido justicia al Gobernador! *(Llora. Entra la habanera de la zarzuela.)* Soy una buena doncella,/ bien donosa y bien plantá,/ este señor me ha robado/ lo que yo he guardado más./ Paseaba yo por el campo/ en mi ingenua ingenuidad/ y este que no es ningún santo/ me hizo una barbaridad./ Paseaba yo por el campo/ y este señor me ha robado/ lo que yo he guardado más./ *(Llora.)*

Los vecinos animan al Ganadero a que cuente su versión.

GANADERO. *(Canta, en el mismo tiempo de habanera.)* Volvía yo del mercado/ y en el camino encontré/ a este diablo colorado/ que me bailó un buen bembé./ Recompensé sus favores,/ le di un traje y mi dinero,/ cierto es que no le di flores,/ más la traté con esmero./

Este diablo colorado/ me bailó un buen bembé./ Y ahora me trae ante usted./

SANCHO. *(Al Ganadero.)* ¿No hubo fuerza, entonces? ¿No la has obligado?

GANADERO. *(Recitado, sobre música. Asombrado.)* ¿Obligarla, señor?

BUSCONA. *(Idem.)* Ultrajada fui. *(Llora.)*

GANADERO. *(Idem.)* ¿Cree usted eso, señor?

BUSCONA. *(Idem.)* Humillada soy. *(Llora.)*

SANCHO. ¡Basta! ¡Que ante el mandar, callar y callar! ¿Tienes contigo dinero?

GANADERO. Quedan cien pesos. Es toda mi fortuna.

SANCHO. Dáselos y ya.

GANADERO. Señor...

SANCHO. Que se los des he dicho.

El Ganadero entrega una bolsa a la Buscona que esta mete bajo las faldas.

BUSCONA. *(Canta.)* Gracias, señor Sancho, ¡que viva usted! *(Le da un empujón burlón al Ganadero. Va saliendo.)*

SANCHO. Ahora, buen hombre, corra usted tras ella y quítele la bolsa.

GANADERO. ¿Cómo?

SANCHO. ¿Le sobra el dinero?

GANADERO. Claro que no, señor. *(Corre tras ella.)* ¡Eh, mujer, alto! ¡Alto ahí!

Corren por entre el público, se detienen, forcejean ambos aferrados a la bolsa, hasta que vence la Buscona quien derriba al Ganadero.

BUSCONA. (*A Sancho.*) Este desalmado ha querido quitarme la bolsa que vuestra justicia mandó darme.

SANCHO. Pero, ¿os la ha quitado?

BUSCONA. ¿Quitar? Primero me dejaría yo arrancar la vida...

SANCHO. Así se hace, valiente mujer. Venga acá esa bolsa.

BUSCONA. Pero, señor ...

SANCHO. (*Recupera la bolsa.*) Si el mismo aliento y valor que habéis mostrado ahora para defender esa bolsa lo hubierais mostrado antes para defender vuestra honra, no hubiera fuerza en la tierra que pudiera contra vos. (*Alza la escoba amenazadoramente.*) Andad, enhoramala, embustera, y no paréis en toda esta villa so pena de doscientos azotes. ¡Largo! ¡Largo he dicho! (*La mujer se aleja mientras protesta, llora y gimotea entre el público buscando apoyo.*) Y vos, buen hombre, tomad vuestro dinero, y volveos derecho a casa. (*Transición.*) ¡Música, Maestro! (*Entra la guaracha antigua de la zarzuela. Canta.*) Las mujeres son muy bellas/ pero yo no nací ayer, no, no, no./ No te fíes de mujeres/ porque puedes acabar muy remal./

CORO. (*Canta.*) Las mujeres son muy bellas/ pero él no nació ayer, no, no, no./ No te fíes de mujeres/ porque puedes acabar muy remal./

BUSCONA. (*Canta, en el tiempo de la entrada de «Cecilia».*) ¡Yo soy doncella/ y doncella he de morir!

VECINO VIEJO. (*Grita.*) ¡Tú lo que eres es una p...!

Todos le tapan la boca.

CORO. (*Canta.*) Señor sereno,/ (*A sotto voce.*) que no se puede decir,/ que no se puede decir,/ que no se puede decir./ (*Bis. Se escucha la música de una guaracha o de un son.*)

VECINO. (*Canta.*) El oficio primero en la historia/ dura más que las cucarachas,/ viene ciclón, llega y arrasa/ y las... chicas están en la gloria./

No importa que cambien/ los siglos, ni el clima, ni los gobiernos,/ ellas siguen consiguiendo/ el éxito más rotundo./

Cuando llegue el fin del mundo/ y no brille ya ni una estrella/ se alzarán de entre las ruinas/ estas buenas... ¡doncellas!/
Y este mismo de Don Sancho/ nuestro buen gobernador/ va a acabar con una de ellas/ en tremendo rumbón./

Aparece una muchacha con vestido moderno, muy escotado, que se le insinúa a Sancho invitándolo a bailar.

SANCHO. (*Despepitado.*) ¡A carnavallear! ¡A carnavallear!

MAYORDOMO. Tenga un momento, su Señoría, (*Cesa la música.*) que parece que aún quedan pleitos por litigar.

SANCHO. Pero, ¿es que aquí no se acaba nunca? ¿Qué acontece ahora? (*A la muchacha.*) Nos vemos luego, preciosura. (*Le lanza un beso. La muchacha desaparece.*)

VECINO. Pues, verá, usted, su Eminencia, el asunto es que hay aquí personas que, aunque pareciera que trabajan, no trabajan; es decir, que están, pero no están.

SANCHO. ¿Trabajan, pero no trabajan? ¿Están, pero no están? ¿Cómo se entiende esa jerigonza, hermano?

VECINO. Pues a ver cómo le explico. Pongamos que sea usted el Director de una Empresa...

SANCHO. Yo, el Director de una Empresa...

VECINO. Sí, y tenga usted entonces una secretaria...

SANCHO. Yo, una secretaria...

VECINO. Ajá, pero que a la vez no la tenga.

SANCHO. ¡Qué enredo es este! ¿Cómo es eso de que la tengo y no la tengo?

HOMBRE. La tiene, pero nunca está disponible.

SANCHO. ¡¿No está disponible?! ¿Qué hace, entonces?

SECRETARIA. *(Se alza en medio de un grupo del público. Mueve con exageración las pestañas y las manos, mostrando unas uñas larguísimas y pintadas. Se contonea.)* Vendo cosas, señor. Hablo por teléfono con mis amistades, me hago la manicuri...

SANCHO. Se hace ¿qué?... *(La Secretaria desaparece.)* ¿Eh? ¿Dónde anda?

SECRETARIA. *(Reapareciendo en otra zona del público.)* ¿No le interesaría comprar unos tintes para el pelo? Tengo unos buenísimos.

SANCHO. ¡¿Un qué?! *(La Secretaria desaparece nuevamente.)* ¡Diablos! ¿Es que no puede estarse quieta? ¿Adónde se fue ahora?

SECRETARIA. *(Reaparece junto a él.)* También tengo unos chalequitos tejidos que se le verían monísimos...

SANCHO. ¡Pero...! ¡Qué...! ¡¿Me puede decir por qué razón hace usted eso?!
SECRETARIA. ¡Ay, señor Sancho, qué pregunta! *(Canta en tiempo de guaracha o de son.)* Maricusa vende unos zapatos,/ Pancho cría un puerquito,/ Serafín, el carnicero, los pollitos,/ y luego te dice que no hay na./
Caruca vende un pim pam pum,/ pone al viejo a dormir en el sofá,/ y el de la tienda saca el juego de muebles por atrás./
¿Por qué será? ¿Por qué será/ que yo no tengo remesa familiar?/
Con Agustina encuentras la duralgina,/ con Anacleto el alcol y el diazepán,/ y la farmacia se queda bien pelá./
Perico vende la gasolina;/ el bodeguero, las dietas al ontón,/ aunque mi úlcera parezca un chicharrón./
¿Por qué será... por qué será.../ que mi salario no alcanza para na?/
Jacinta alquila su cuartico,/ Casimiro, la sala y el comedor;/ y la barbacoa no aguanta el familión./
¿Por qué será... por qué será.../ que no me toca una jabita equivocá?/
¿Por qué será... por qué será...?/, ay, señor Sancho, diga usted por qué será./

SANCHO. ¡Dios me acoja confesado! Eh... *(Carraspea turbado.)* ¿No habrá por ahí otro demandante?

VECINA. Pues, sí, su Excelencia. Tenemos otro problema.

SANCHO. ¡¿Otro?! Espero que este sea más sencillo.

VECINA. Pues, se dice simple. Gente que está, pero que mejor sería que no estuviera.

SANCHO. *(Trata de entender.)* Que está... pero que mejor sería... Veamos de qué trata esta nueva adivinanza.

VECINA. Jefes que mandan y no están preparados para mandar. Mandantes que saben menos que los mandados.

Se escucha música de rumba.

VECINA. *(Canta.)* Mi jefe era panadero/ de excelente reputación/ y dirige como un horno/ la Empresa de Construcción./

VECINO. *(Idem.)* Mi jefe era abogado,/ ganaba pleitos sin cesar,/ pero ahora él nos dice/ cómo se debe pescar./

VECINA. *(Idem.)* Mi jefe era dentista,/ sacaba dientes sin parar,/ y de pronto es quien conduce/ nuestro coro regional./

CORO. Los jefes son buena gente/ pero no pueden hacer más/ pues no son especialistas/ ni pueden adivinar./

Hay pan duro, pocos peces,/ y las casas ya se caen./ Quién arregla, quién arregla,/ este gran berenjenal./ *(Bis.)*

VECINA. *(Cuando termina la rumba.)* ¿Qué dice usted, señor Sancho?

SANCHO. Bueno, yo... En verdad... Ustedes me disculpan, acabo de recordar que dejé puesta la olla de presión allá, en algún lugar de La Mancha, así que... con el permiso de todos... ¡Mi burro! ¡Dónde está mi burro! *(Transición.)* No vaya a ser que lo vendan...

MAYORDOMO. Pero, señor...

SANCHO. No hay pero que valga. Devuélvanme mi burro, del que no pienso volver a separarme más...

VECINO. *(Desde cierta distancia, proyecta, a la vez que pasa el burro a una Vecina.)* ¡Va el burro del señor Gobernador!

VECINA. *(Proyecta, lo entrega a otro.)* ¡El señor burro del Gobernador!

VECINO. *(Proyecta, mientras lo intenta entregar al Mayordomo.)* ¡El gobernador del Señor...!

SANCHO. *(Lo interrumpe.)* ¡Ea, venga ya mi pobre burro sin tanta burrocracia! *(Logra apoderarse del burro. Al público.)* Y a vosotros, ciudadanos de esta Villa, adiós. Si no os hice mucho bien, tampoco quise haceros mal. Nadie murmure de mí, que fui Gobernador y salgo con las manos limpias. Desnudo nací, desnudo me hallo; ni pierdo, ni gano. ¡Adiós, señores!

Rompe de nuevo el Carnaval. Se distingue la melodía de un órgano oriental.

SANCHO. ¿Qué es esa sabrosa música como de ángeles?

MAYORDOMO. Esa es, señor, una maravilla de estas tierras: nuestro órgano oriental, para que nos recuerde con agrado cuando cuente sus memorias.

SANCHO. Pues sí que suena a gloria. *(El burro de Sancho comienza a bailar.)* ¡También a ti te gusta, amiguete, que se puede ser burro y saber disfrutar de lo bueno! ¡Adiós, señores, y enhorabuena!

Sancho se aleja montado en su burro, que sigue bailando, rodeado por la comitiva de actores. Si la representación se hiciera de noche también podrían utilizarse fuegos de artificio.

Fin

Poesía



Ramón Gómez de la Serna: *Greguerías*

El arco del violín cose, como aguja con hilo, notas y almas, almas y notas.

Los húsares van vestidos de radiografía.

Las espigas hacen cosquillas al viento.

Los perros enseñan la lengua como si nos hubiesen tomado por el doctor.

Debía de haber unos gemelos de oler para percibir el perfume de los jardines lejanos.

En la veleta, el viento monta en bicicleta.

El demonio no es más que el mono más listo de los monos.

El cocodrilo es un zapato desclavado.

En los museos de reproducciones escultóricas es donde los papás oyen a los niños las cosas más insólitas: --¡Papá, a mí no me ha salido aún la hoja!

La luna es el ojo de buey del barco de la noche.

Diccionario quiere decir millonario en palabras.

La niebla acaba en andrajos.

La arquitectura de la nieve es siempre de estilo gótico.

Dos en un auto: idilio. Tres: adulterio. Cuatro: secuestro. Cinco: crimen. Seis: tiroteo con la policía.

Las olas esculpen en las rocas calaveras de gigantes.

El peine es pentagrama de ideas muertas.

La arquitectura árabe es el agrandamiento del ojo de la cerradura.

Gloria: nombre de la mujer del genio.

Lo peor de la ambición es que no sabe bien lo que quiere.

Los sillones de mimbre son los esqueletos de los sillones tapizados.

Es difícil imaginar que una monda calavera sea una calavera de mujer.

Hay un momento en que el astrónomo debajo del gran telescopio se convierte en el microbio del microscopio de la luna, que se asoma a observarle.

¿Qué es la ilusión? Un suspiro de la fantasía.

El tumulto es un bulto que les sale a las multitudes.

Jaikús

Aún por contemplar las flores
me duele
el hueso del cuello.

Sooiin

Por este camino
ni un solo hombre va;
tarde de otoño.

Bashoo

Por lo que dejan ver
van haciéndose tierra,
¡hojas caídas!

Tooyoojoo

Expuesto a la intemperie
y resignado, ¡cómo corta
mi cuerpo el frío!

Bashoo

Montañas y jardín a una
se van adentrando
hasta la habitación en verano.

Bashoo

Todo en calma.
Penetra en las rocas
la voz de la cigarra.

Bashoo

Al oscurecerse el mar
las voces de los patos salvajes
son vagamente blancas.

Bashoo

La primavera pasa:
lloran los pájaros
y son lágrimas los ojos de los peces.

Bashoo

Habiendo enfermado en el camino,
mis sueños
merodean los páramos y yermos.

Bashoo

Para conocer la flor del ciruelo,
tanto el propio corazón
como la propia nariz.

Onitsura

Día de primavera;
gorriones en el jardín
bañándose en la arena.

Onitsura

El ruiseñor,
posado en el ciruelo
desde tan antiguo.

Onitsura

Sueños sin rumbo;
en páramos quemados,
la voz del viento.

Onitsura

Cien leguas de escarcha;
desde este barco,
la luna es toda mía.

Buson

Flores rojas de ciruelo;
el sol poniente ataca
pinos y robles.

Buson

Al oscurecerse el monte,
arrebata el granate
de las hojas del arce.

Buson

No hay canción de respuesta,
joven cortesana;
declina ya la primavera.

Buson

Te marchas tú;
verdes son los sauces,
largo el camino.

Buson

Vente a jugar conmigo,
gorrión sin padres.
Issa

El pájaro enjaulado;
¡qué ojos de envidia
para la mariposa!
Issa

Hasta mis propios pies,
¿cuándo llegaste,
caracol?
Issa

Arrebata una vida
la seta, pero es de veras
hermosa.
Issa

Gran calma;
solo voy,
solo me entretengo.
Issa

Caído el puente,
queda el frío
tras el sauce.
Shiki

Se ignora quién compuso
este magistral
poema de primavera.
Shiki

Eco
“¡Eh... y!”, llama el hombre solo.
“¡Eh... y!”, responde la sola montaña.
Seisensui

Blancas manos,
todas de enfermos,
sobre el fuego de hojas caídas.
Hakyoo

Crece inclinándose
al cielo inmenso,
árbol de invierno.
Kyoshi

Viento otoñal;
¡cuántos montes, cuántos ríos,
en lo más íntimo de mí!
Kyoshi

Plenilunio de otoño;
paseo en torno al estanque
toda la noche.
Bashoo

Primer amor:
junto a la linterna se aproximan
las dos caras.
Taigi

En la niebla,
fundidos en la tristeza y el corazón
caminan los dos juntos.
Issoo

Ante las lluvias de primavera
bostezo largamente
la bella mujer.
Issa

La voz del remo batiendo la ola,
y la noche que hiela las entrañas;
lágrimas.
Bashoo

No lo dudes;
también la marea tiene flores
primavera de la bahía.
Bashoo

El cuervo, tan horrible
de ordinario, ¡también
sobre la nieve esta mañana!
Bashoo

Fábulas

El burro flautista

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar,
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló, que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla
el dicho animal,
y dio un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

"¡Oh!, dijo el borrico,
¡qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
la música asnal?"

Sin reglas del arte
borriquitos hay
que una vez aciertan
Por casualidad.

Tomás de Iriarte

La Zorra y la Cigüeña

Una Zorra se empeña
en dar una comida a una cigüeña;
la convidó con tales expresiones,
que anunciaban sin duda provisiones
de lo más excelente y exquisito.
Acepta alegre, va con apetito;
pero encontró en la mesa solamente
jigote claro sobre chata fuente.
En vano a la comida picoteaba,
pues era, para el guiso que miraba,
inútil tenedor su largo pico.
La Zorra con la lengua y el hocico
limpió también su fuente, que pudiera
servir de fregatriz si a Holanda fuera.
Mas de allí a poco tiempo, convidada
de la cigüeña, halla preparada
una redoma de jigote llena;
allí fue su aflicción, allí su pena;
el hocico goloso al punto asoma
al cuello de la hidrópica redoma,
mas en vano, pues era tan estrecho,
cual si por la Cigüeña fuese hecho.
Envidiosa de ver que a conveniencia
chupaba la del pico a su presencia,
vuelve, tiente, discurre,
huele, se desatina, en fin se aburre;
marchó rabo entre las piernas, tan corrida,]
que ni aun tuvo siquiera la salida
de decir: "Están verdes", como antaño.
También hay para pícaros engaño.

Félix María Samaniego

Las moscas

A un panal de rica miel
dos mil Moscas acudieron,
que por golosas murieron,
presas de patas en él.
Otra dentro de un pastel
enterró su golosina.
Así si bien se examina
los humanos corazones
perecen en las prisiones
del vicio que los domina.

Félix María Samaniego

La Cigarra y la Hormiga

Cantando la cigarra
pasó el verano entero,
sin hacer provisiones
allá para el invierno;
los fríos la obligaron
a guardar el silencio
y a acogerse al abrigo
de su estrecho aposento.
Viose desproveída
del preciso sustento:
sin mosca, sin gusano,
sin trigo y sin centeno.
Habitaba la hormiga
allí tabique en medio,
y, con mil expresiones
de atención y respeto

le dijo: -- Doña Hormiga,
pues que en vuestro granero
sobran las provisiones
para vuestro alimento,
prestad alguna cosa
con que viva este invierno
esta triste Cigarra,
que, alegre en otro tiempo,
nunca conoció el daño,
nunca supo temerlo.
No dudéis en prestarme;
que fielmente prometo
pagaros con ganancias,
por el nombre que tengo.
La codiciosa Hormiga
respondió con denuedo,
ocultando a la espalda
las llaves del granero:
-- ¡Yo prestar lo que gano
con un trabajo inmenso!
Dime, pues, holgazana,
¿qué has hecho en el buen
tiempo?
-- Yo - dijo la Cigarra --
a todo pasajero
cantaba alegremente,
sin cesar ni un momento.
-- ¡Hola! ¿Conque cantabas
cuando yo andaba al remo?
*Pues ahora, que yo como,
Baila, pese a tu cuerpo.*

Félix María Samaniego

Poemas

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace el camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante no hay camino
sino estelas en la mar.

He andado muchos caminos,
he abierto muchas veredas;
he navegado en cien mares
y atracado en cien riberas.

En todas partes he visto
caravanas de tristeza,
soberbios y melancólicos
borrachos de sombra negra,

y pedantones al paño
que miran, callan y piensan
que saben, porque no beben
el vino de las tabernas.

Mala gente que camina
y va apestando la tierra...

Y en todas partes he visto
gentes que danzan o juegan,
cuando pueden y laboran
sus cuatro palmos de tierra.

Nunca, si llegan a un sitio,
preguntan adónde llegan.
Cuando caminan, cabalgan
a lomos de mula vieja,

y no conocen la prisa
ni aun en los días de fiesta.
Donde hay vino, beben vino;
donde no hay vino, agua fresca.

Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos
descansan bajo la tierra.

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas! ...
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

Antonio Machado

Poema 15

Me gustas cuando callas porque estás como ausente,
y me oyes desde lejos, y mi voz no te toca.
Parece que los ojos se te hubieran volado
y parece que un beso te cerrara la boca.

Como todas las cosas están llenas de mi alma
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma,
y te pareces a la palabra melancolía;

Me gustas cuando callas y estás como distante.
Y estás como quejándote, mariposa en arrullo.
Y me oyes desde lejos, y mi voz no te alcanza:
déjame que me calle con el silencio tuyo.

Déjame que te hable también con tu silencio
claro como una lámpara, simple como un anillo.
Eres como la noche, callada y constelada.
Tu silencio es de estrella, tan lejano y sencillo.

Me gustas cuando callas porque estás como ausente.
Distante y dolorosa como si hubieras muerto.
Una palabra entonces, una sonrisa bastan.
Y estoy alegre, alegre de que no sea cierto.

Pablo Neruda

Mis ojos, sin tus ojos, no son ojos,
que son dos hormigueros solitarios,
y son mis manos sin las tuyas varios
intratables espinos a manojos.

No me encuentro los labios sin tus rojos,
que me llenan de dulces campanarios,
sin ti mis pensamientos son calvarios
criando nardos y agostando hinojos.

No sé qué es de mi oreja sin tu acento,
ni hacia qué polo yerro sin tu estrella,
y mi voz sin tu trato se afemina.

Los olores persigo de tu viento
y la olvidada imagen de tu huella,
que en ti principia, amor, y en mí termina.

Gozar y no morir de contento,
sufrir, y no vencerse en el sollozo;
¡oh, qué ejemplar severidad del gozo
y qué serenidad del sufrimiento!

Dar a la sombra el estremecimiento,
si a la luz el brocal del alborozo,
y llorar tierra adentro como el pozo,
siendo al aire un sencillo monumento.

Anda que te andarás, ir por la pena,
pena adelante, a penas y alegrías
sin declarar fragilidad ni un tanto.

¡Esa tristeza de ojos qué serena!
¡qué agraciado en su centro encontrarías
el desgraciado límite del llanto!

Miguel Hernández

RIMA LXIII

Como enjambre de abejas irritadas,
de un oscuro rincón de la memoria
salen a perseguirme los recuerdos
de las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo
inútil!
Me rodean, me acosan,
y unos tras otros a clavarme vienen
el agudo agujijón que el alma encona.

RIMA LVI

Hoy como ayer, mañana como hoy,
¡y siempre igual!
Un cielo gris, un horizonte eterno
y andar... andar.

Moviéndose a compás, como una
estúpida
máquina, el corazón.
La torpe inteligencia del cerebro,
dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,
buscándole sin fe,
fatiga sin objeto, ola que rueda
ignorando por qué.

Voz que, incesante, con el mismo tono,
canta el mismo cantar,
gota de agua monótona que cae
y cae, sin cesar.

Así van deslizándose los días,
unos de otros en pos;
hoy lo mismo que ayer...; y todos ellos,
sin gozo ni dolor.

¡Ay, a veces me acuerdo suspirando
del antiguo sufrir!
Amargo es el dolor, ¡pero siquiera
padecer es vivir!

RIMA XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol,
hoy la he visto... La he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!

RIMA XXXVIII

Los suspiros son aire y van al aire.
Las lágrimas son agua y van al mar.
Dime, mujer, cuando el amor se olvida,
¿sabes tú adónde va?

G. A. Bécquer

Romance del Duero

Río Duero, río Duero,
nadie a acompañarte baja;
nadie se detiene a oír
tu eterna estrofa de agua.
Indiferente o cobarde,
la ciudad vuelve la espalda.
No quiere ver en tu espejo
su muralla desdentada.
Tú, viejo Duero, sonríes
entre tus barbas de plata,
moliendo con tus romances
las cosechas mal logradas.
Y entre los santos de piedra
y los álamos de magia
pasas llevando en tus ondas
palabras de amor, palabras.
Quién pudiera como tú,
a la vez quieto y en marcha,
cantar siempre el mismo verso
pero con distinta agua.
Río Duero, río Duero,
nadie a estar contigo baja,
ya nadie quiere atender
tu eterna estrofa olvidada,
sino los enamorados
que preguntan por sus almas
y siembran en tus espumas
palabras de amor, palabras.

Romance de la luna, luna

A Conchita García Lorca

La luna vino a la fragua
con su polisón de nardos.
El niño la mira mira.
El niño la está mirando.
En el aire conmovido
mueve la luna sus brazos
y enseña, lúbrica y pura,
sus senos de duro estaño.
Huye luna, luna, luna.
Si vinieran los gitanos,
harían con tu corazón
collares y anillos blancos.
Niño, déjame que baile.
Cuando vengan los gitanos,
te encontrarán sobre el yunque
con los ojillos cerrados.
Huye luna, luna, luna,
que ya siento sus caballos.
Niño, déjame, no pises
mi blancor almidonado.

El jinete se acercaba
tocando el tambor del llano.
Dentro de la fragua el niño,
tiene los ojos cerrados.

Por el olivar venían,
bronce y sueño, los gitanos.
Las cabezas levantadas
y los ojos entornados.
Cómo canta la zumalla,
¡ay cómo canta en el árbol!
Por el cielo va la luna
con un niño de la mano.

Dentro de la fragua lloran,
dando gritos, los gitanos.
El aire la vela vela.
El aire la está velando.

Federico García Lorca

